

**Raúl Antonio Cota**

# A TOQUE DE CAMPANAS

**Los cantos de la aridez**

**Archivo Histórico Pablo L. Martínez**



RAÚL ANTONIO COTA (La Paz, BCS, 15 de marzo de 1949). Es licenciado en educación media superior, con especialidad en español, posee el grado de Maestro en ciencias de la educación, con especialidad en Investigación Educativa.

Ha ejercido la docencia ampliamente en educación media superior, en licenciatura y en posgrado (Preparatorias, UABCS, Escuela Normal Superior, CUT y UNIPAZ). Es referencia obligada en la historiografía literaria de la segunda mitad del siglo veinte y, primera del veintiuno, en Sudcalifornia. Poeta por los dos costados, ha incursionado también en la crónica, el ensayo, la novela, la reseña y el cuento, además de su labor ininterrumpida como docente, escritor y promotor cultural.

La obra de Raúl Antonio Cota resulta prolífica, es autor de once libros de poemas, entre ellos: *De cetáceos y de bestias* (1981), *De los viajes en general* (1984), *Refugio de ballenas* (1985), *Del fuego y del cuerpo* (1985), *La Antigua California* (1986), *Para que la madrugada cante* (1990), *Temer al mar y otros poemas. Selección personal* (1992), *Antigua California. Antología* (1994), y *Los incendios*



RAÚL ANTONIO COTA

# A toque de campanas

*Los cantos de la aridez*

Novela historiográfica sudcaliforniana



Esta novela fue producida con el respaldo del Consejo Estatal  
para la Cultura y las Artes, en B.C.S., en el año de 1994.

## GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

Lic. Marcos Alberto Covarrubias Villaseñor  
*Gobernador del Estado de Baja California Sur*

Lic. Rafael Tovar y de Teresa  
*Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes*

Lic. Andrés Córdova Urrutia  
*Secretario General de Gobierno del Estado de Baja California Sur*

Lic. Christopher Alexter Amador Cervantes  
*Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

José Guadalupe Ojeda Aguilar  
*Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

M.C. Elizabeth Acosta Mendía  
*Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez*

Sandino Gámez Vázquez  
*Coordinador de Vinculación y Fomento Editorial  
del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

Foto de portada: *Misión de San Javier*. Harry Crosby/fototeca Archivo  
Histórico Pablo L. Martínez núm. inv. 9757. Año 1938.

Primera edición, marzo de 2000

Segunda edición, 11 de noviembre de 2014

D.R. ' 2000 Raúl Antonio Cota

D.R. ' 2014 Instituto Sudcaliforniano de Cultura  
Archivo Histórico Pablo L. Martínez  
Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,  
C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN 978-607-9314-50-7

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magneto-fónica, u otra, sin permiso escrito del Archivo Histórico Pablo L. Martínez y el autor.

Diseño y formación: Formas e Imágenes, S.A. de C.V. / Leticia Pérez Solís  
formaseimagenes@gmail.com letips.mx@gmail.com

Impreso y hecho en México

Para Ángeles, Grecia, Raúl y Braulio.

Para los amigos conferenciantes de  
las once semanas de información  
histórica.

La historia es una ciencia que se funda  
en la mala memoria.

MIROSLAV HOLUB



Qué diferencia hay entre recordar sue-  
ños y recordar el pasado?

J. L. BORGES



(...) no somos nunca verdaderos his-  
toriadores, somos siempre un poco  
poetas y nuestra emoción tal vez sólo  
traduzca la poseía perdida.

GASTÓN BACHELARD

# CONTENIDO

PRÓLOGO .....	9
CARTAS .....	11
Orden de viajar al reino de México .....	11
Viña del señor a través del océano .....	29
Dichosa lamentación .....	37
El padre Baegert hacia el paleolítico .....	39
Dios no creo California .....	52
INAUGURACIÓN DEL ASOMBRO .....	55
CHARCOS DE POLVO LUNAR .....	59
CASA Y TEMPLO EN LA CALIFORNIA .....	63
HIJOS DE LA TIERRA. POLVO NEGRO DE LA VOZ .....	73
OBRA DE GIGANTES .....	78
LA SEGUNDA COSECHA Y UN VIENTO PAREJITO .....	84
VIDA COTIDIANA EN LA MISIÓN .....	91
LA VISITA DEL PADRE CORONADO .....	97
CEMENTERIO MARINO .....	101
DESTERRADO DEL PALEOLÍTICO .....	106

## PRÓLOGO

Pocos acontecimientos históricos han fascinado tanto al hombre occidental como el del contacto que se produjo luego del violento arribo europeo a América, por el empeño de saber con claridad qué sucedió en el alma y en la cultura del ser humano que participó en ese encuentro de dos mundos desde finales del siglo XVI.

Raúl Antonio Cota vuelve en esta novela sobre dos de sus preocupaciones escriturales: la historia y la literatura. Y nos entrega, en productiva búsqueda fenomenológica de la cultura geográfica, una visión-poético-narrativa del "paleolítico fosilizado" (M. León-Portilla) al que se enfrentó un misionero jesuita de origen alemán, particularmente importante para la historiografía del noroeste de México: Johann Jakob Baegert, quien, "aunque desilusionado con el clima, el paisaje y los californios, inició una inmensa labor evangélica y constructiva en su misión." (W. M. Mathes)

El padre Juan Jacobo ha sido señalado como el responsable de la "leyenda negra de la California" (Pablo L. Martínez) por su visión pesimista, se dice, del universo peninsular. A despecho de ello, Raúl Antonio Cota intenta con fortuna el rescate del valor objetivo de la subjetividad de Baegert, nutrida en la estética del mar y del desierto.

Así, la novela se constituye en acercamiento preciso, minucioso a la vida cotidiana de los indígenas en la misión y en el vasto campo californiano, a través de un observador-participante sensible y lúcido.

Cinco cartas abren la novela; por ellas se toma el pulso al ánimo religioso y el tacto de la fe que poseía el sacerdote. Iremos luego al asombro inicial de la travesía por el mar de Cortés, sus primeras relaciones con los nativos, la construcción del templo, la consistencia de los hijos de la tierra, el polvo lunar, las pinturas rupestres, las costumbres, la alimentación, los rituales de la caza,

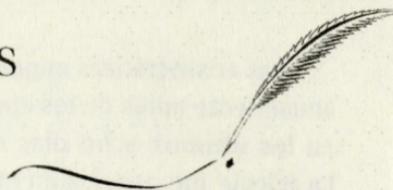
la medicina natural, el suceso diario en la misión, el cementerio marino...

La lectura de esta primavera novela de Raúl Antonio Cota proporcionará, seguramente, variados elementos de apoyo para comprender mejor nuestra cultura regional y, en algunos sentidos, para explicar el pensamiento y el actuar humanos en términos más amplios.

Si con Milán Kundera reflexionamos en que el novelista no es ni un historiador ni un profeta, sino un explorador de la existencia, el autor de la novela que hoy se integra con especial merecimiento a la bibliografía californiana está guiado, sin duda alguna, por un empeñoso afán de indagación que enriquecen su amenidad narrativa, videncia poética y ejercicio imaginístico que apreciará cabalmente el lector, con certeza.

Eligio Moisés Coronado

## CARTAS



### Orden de viajar al reino de México

Querido reverendo padre en Cristo y hermano en caridad:

Escribí una pequeña carta después de dos de nuestros pensamientos y esperanzas. No hay otra razón que la de mi arribo al centro de España, en el puerto de Santa María, llamado el puerto marítimo de la Santa Virgen, mucho más tarde de lo que esperaba, es decir el 10 de julio. Por otra parte todavía hay ruinas desconocidas para muchos padres misioneros como cualquiera de las provincias americanas y reinos, ellos podrán viajar hasta el 4 de este mes de agosto. Justamente ahora llegó una carta de Roma, de quien sabe que estoy ordenado a viajar al reino de México; podría no atrasarme en escribir con mi pluma. Que aunque su reverencia podría complacerse de oír, yo resumí en tres párrafos: en el primero usted podrá oír más de algunas curiosidades de genoese; en el segundo podrá oír acerca del viaje a este lugar, y en el tercer párrafo escribí acerca de mi estancia aquí y mis observaciones de las peculiaridades españolas.

No reporté nada en la otra carta acerca de la iglesia de nuestra casa profesional en Genoa, aunque entre otras ésta es la más valorada. Tiene una fachada bonita con un color mármol arriba de los arcos, y el piso está cubierto también con esto. La iglesia está equipada con cinco pequeños púlpitos a los lados y un púlpito largo principal. Donde el mármol termina, el oro y las ingeniosas pinturas empiezan, con las cuales el techo entero está espléndidamente decorado. En esta iglesia se pueden ver con gran placer las devociones de la nobleza genoese, las cuales tienen que ser alabadas grandemente. Es verdad lo que se oye acerca de la gente genoese, es decir, que la nobleza es muy piadosa, sin embargo no puedes encontrar ninguna devoción entre la gente común.

Las aristocráticas mujeres tienen una iglesia especial en la cual anualmente antes de los ejercicios de San Ignacio, en Pentecostés, en los últimos ocho días es dada devoción por nuestra orden. La iglesia fue especialmente construida por este propósito. Fue construida recientemente también una excelente y confortable casa para los hombres aristócratas, en donde ellos podían tener también sus ejercicios espirituales. En las tardes no se confesaba a nadie. Además no se confesaba a hombres en sus iglesias porque podían mezclarse en la línea con las mujeres enfrente del confesionario. Me gusta este extraordinario acuerdo. Tú ves todo esto alrededor del lugar. En cuanto oscurece es la señal para que todas las campanas toquen en todas las iglesias parisinas de la ciudad y se cierran las iglesias. A las nueve en punto de la noche, en todas las iglesias una señal es dada para el “de profundis” (un rezo por la muerte).

Esos a quienes les gusta estar en sus camas de plumas hasta un cuarto de hora en la tarde pueden todavía fácilmente oír uno o más Masses, no solamente en domingos y días festivos, también durante la semana. La ciudad está abarrotada más allá de su capacidad y las calles a cualquier hora están llenas de gente. Con la excepción de los carriles y las calles fuera del círculo de la ciudad—donde éstas están ligeramente anchas—tengo que apretar mi camino a través de las abarrotadas calles por un cuarto de hora en orden para visitar la iglesia de San Francisco. Mientras visité esta iglesia, vi el cuerpo de la “BLESSED CATHERINE OF GENOA”, la cual está todavía en el proceso de corrupción, porque su color es castaño. En el segundo día de pentecostés—en lunes—vi también la pintura de Nuestro Salvador, el cual se dice se tuvo que enviar a “KING ARABAGO” (esta tradición no ha sido identificada, ningún registro fue localizado en Genoa). También valiosas pinturas son vistas en los hospitales de Genoa; hay ocho de ellos. Las camas, todas hechas de fierro, están pulcramente puestas en largas filas, en cuartos extremadamente grandes. Unos han sido equipados para los hombres, y otros para las mujeres, otros para los niños, otros para los tísicos, otros para los locos. En cada uno de estos hospitales encuentras bellas capillas, bien equipadas farmacias, buena comi-

da para los pacientes, extraordinaria limpieza y más de 50 estatuas de mármol pintadas por benefactores.

De los claustros de las mujeres, en Genoa, tres especialmente podrían mencionarse: estos son los HEAVENLY ANNUNCIATION y también el llamado Monjas Azules. He estado en dos de ellos localizados muy juntos los dos. En uno de ellos vivió y murió la fundadora de estas monjas. Sus iglesias difieren de las otras en Genoa. Sus altares son de madera, sus candelabros y otros ornamentos de las iglesias son similares a los que están en Hagenaurer, como una iglesia de Capuchin.

Las casas de los genoeses, son tan glamurosas por fuera y por dentro, están equipadas con papel tapiz, oro, y otras cosas preciosas. He estado en una de estas casas. No fue la más distinguida de la nobleza. No obstante, estaba ricamente hecha y equipada como yo no había visto otra similar ni en el palacio residencial del príncipe en Mannheim. No obstante, en estas mismas casas, en el primer piso y en el recibidor, no cualquier cosa es la mejor, por lo cual los caballeros de Venecia no tienen particularmente una buena reputación. Algunas veces, después de las seis de la tarde, vi ir después de la escuela un gran número de estudiantes; entre ellos iban más clérigos, tonsurados y de menor orden que otros; como se puede ver además "hay que afilar en tiempo que quieras llegar a hacer una espina" (proverbio). Que es suficiente para Genoa.

Vengo al siguiente punto, a saber un reporte acerca de mi viaje de Genoa a aquí. Estuve en Genoa por 10 semanas y tiempo en que sostuve, mucho peso en mis manos. Después tuve un derrame de sangre y después mi estómago fue purgado, finalmente abordé un barco de carga inglés el 29 de mayo alrededor de las 6 de la tarde. No fue hasta las 11 y 12 de la noche que se levó anclas, se extendieron las velas y salimos del puerto.

El viaje no fue siempre maravilloso. Porque tuvimos un viento terrible, el cual nos mantuvo para el viaje rápido, así que no arribamos a Cádiz antes del 6 de julio. Gracias a Dios arribé fresco y saludable, como abordé la nave en Genoa.

Este viaje nos tomó 39 días. Normalmente puede ser hecho en ocho días, pero rara vez es más largo de un mes. Los misio-

neros quienes se fueron de Genoa antes que nosotros el 6 de abril llegaron a Cádiz después de veinticuatro días; los otros no obstante, con 14 días. La razón de que nuestro viaje tomara tanto tiempo fue que tuvimos un viento calmado y la nave estuvo en un lugar sin movimientos o tuvimos un viento adverso. Este viento el cual vino derecho hacia la parte de enfrente de la nave con una pequeña desviación es llamado en el océano un viento adverso. Cuando el viento viene del Sur o del Norte, no es contra la nave que se dirige a Este u Oeste; si el viento cambia un poco hacia el Oeste, es rápido y más favorable que el viento de Este; pero cuando el viento viene derecho a la parte de atrás de la nave, las velas pueden hincharse y entonces se tiene que encallar, y esto impide la velocidad. Esto no pasa cuando el viento se desvía hacia un lado del barco, que es, cuando se desvía al Noroeste. Entonces todas las velas pueden ser hinchadas. Si alguien me preguntara cuántas veces un barco podría tener el mejor viento dentro de una hora en el océano, podría responder que no más de cinco. Uno no podría tener fuerza y mejor viento que yendo a través del estrecho de Cádiz. La nave se conduce como una flecha y esto me pareció que hicimos como cuatro horas dentro de una. Podríamos estimar la velocidad con la ayuda de un reloj y observando las aldeas y montañas en la orilla. En sí, tan rápido podría un caballo o un vagón ir en tierra; ellos harían cinco horas en una, en la carretera. Nadie podría hablarme hasta que creyeran que un barco no podría ir más rápido, porque yo vi más de un barco "volando" hacia adelante con una gran velocidad. Esos quienes escriben o hablan acerca de esto en una manera diferente están cometiendo errores con las horas o las millas y deberían tener otra forma de pensar; esta es la opinión de nuestro capitán.

El buque en el cual yo vine aquí es un barco de carga de tamaño mediano. Era flexible, con 10 piezas de cañón de batalla y tres mástiles, como un gran barco debe tener. Dos de los mástiles eran altos como una casa de cuatro pisos con más de doscientas cuerdas. Estas cuerdas eran usadas particularmente para subir los mástiles, y parte de ellas se usaron en las vergas y velas. El barco medía 15 pies de ancho y como 8 o 9 pies fuera del agua. En el

barco había 16 marineros y 37 pasajeros, aproximadamente 19 de ellos misioneros; además 6 corderos, 200 gallinas, 7 perros, 2 gatos, y 2 pequeños botes. Los pequeños botes no eran del todo rápidos, como yo pensé, estaban atados a la popa del barco y eran arrastrados a lo largo del agua, donde eran mantenidos atrás del barco. La cabina del cuarto del barco tenía aproximadamente 12 pies de ancho y 16 de largo. Nueve de nuestros misioneros dormían ahí, los otros afuera, en un tipo de antecuarto. Odié esta cabina, dentro de ella, 41 días —que fue el tiempo que estuve en el barco— no estuve más de tres horas ahí, sólo el tiempo necesario para dormir. Algunas veces yo no estuve en el cuarto desde las cuatro de la mañana hasta las diez u once de la noche, por diferentes razones, tenía un olor horrible. Combinado con que yo no podía pararme cuando el barco se movía mucho, lo cual no pensé en cubierta, excepto cuando me despejaba y dormía. Por tanto, fui afortunado porque llovió solamente una vez por algunas horas durante nuestro viaje.

Con las ventanas abiertas, dormía siempre bien; había un sonido fastidioso del rugir del viento y olas atravesando, con las cuales el barco iba de un lado a otro; arriba y abajo. No me molestó el ruido de los marineros y contramaestres. Esto es asombroso también, de que no tuve mareos fastidiosos cuando el barco estaba en movimiento, del cual yo sufrí muchas veces antes. En lo contrario, siempre me sentí fresco y saludable y tuve buen apetito. Algunas veces en la mañana sentí náuseas y una indisposición en mi garganta y pecho el cual —sin duda— originado por el mal olor del aire en el sobremencionado cuarto que inhalé toda la noche. Algunos de los que viajaban por primera vez en el océano sufrieron de vómito y malestares estomacales. La causa fue el aire del mar o el olor del barco el cual resulta del alquitrán y resina, con el cual todas las velas del barco están manchadas. La razón es el pasmado y tambaleante movimiento del barco cuando los vientos son fuertes. Aun los silenciosos animales no están libres de náuseas marinas.

Nadie tuvo mareos antes del sexto día, cuando ya habíamos pasado Marsella. Hubo algunos en el barco a quienes Neptuno les volteó el estómago alrededor de 20, 30 o más veces, y algunos que no vomitaron. Esto me pasó a mí solamente una vez, en

el sexto día. Y no fue por causa del movimiento del barco —el cual estuvo calmado— sino porque el estómago se alteró por un inusual té para dormir.

Del 5 de julio en adelante no tuvimos almuerzo o comida más en el sobremencionado cuarto; comíamos en cubierta, algunas veces tuvimos que sostenernos con una mano para no caer, y con la otra mano podíamos comer. Si, algunas veces comimos al estilo persa, sentados en el piso. La comida, comparada con la de uno de nuestros colegios, era extraordinariamente mala y pobre. No pienso que tuvimos pollo todo los días, pero este platillo es importante como lo preparan. Carne como de ternera yo no había visto desde el 8 de junio, con la excepción de una vez cuando comimos algo similar. Y durante estas semanas, 9 misioneros no recibieron más que dos y medio cuartos de vino para la comida. El agua muy seguido estaba con mal olor y muy sucia, no por lo largo del viaje, sino porque todo tipo de perversos pandillas y pasajeros y marineros tiraron los platos sucios ahí. Finalmente ordené que el tanque del agua estuviera cerrado y asegurado. Siete y medio doblones españoles pagamos por cada uno de nosotros, por comida y pasaje.

Un barco con tres mástiles tiene por lo menos nueve velas, pero si un fuerte y desfavorable viento sopla, se necesita un equipo de quince velas. Si un desfavorable viento viene, las velas son volteadas de modo que la nave no se vaya hacia atrás; si un barco viaja hacia el Este, podría ser guiado durante un rato hacia el Sur. Usar la técnica de voltear las velas toma su lugar dentro de un minuto. Esto nos pasó una vez durante un viento adverso, pero durante 38 horas regresamos de nuevo el rumbo solamente dos horas.

Cuando el barco va recto avanzando hacia su destino y hay pocas grandes olas, difícilmente notas el movimiento. Puedes caminar alrededor del barco y tomar entre tus manos cualquier cosa que quieras. No obstante, cuando un viento adverso y violento está soplando, entonces el barco se mueve de un lado a otro de modo que no podrías sacar agua con la mano, sino inclinándote y zambullirte con la cubeta para tomar agua. En semejantes ocasiones es necesario sentarse en la cubierta o sostenerse con ambas

manos de algún lugar. El más horrible y molesto movimiento que hace la gente es vomitar, esto es cuando en completa calma el barco se sacude hacia atrás y hacia adelante porque el océano está dando vueltas y sale de lado, causado por un violento soplado de viento de algún lado. El color del agua en el Mediterráneo es azul; en el océano o gran mundo marino es verde-amarillo. Es inusual ver grandes pájaros volando a través del mar, aún si no se puede ver tierra continental por ningún lado. Vimos en brillante atardecer un búho de noche, pensamos que estábamos por lo menos a 6 horas del continente.

Ahora quiero hablarte, Reverendo, acerca de cada día de nuestro viaje y de las cosas peculiares que pasaron ya que me preguntaste esto.

En mayo 30 y 31, no tuvimos viento del todo. Esto fue porque –navegamos hacia el Sur– podíamos todavía ver Genoa. El 1 de junio vimos la plaza de San Remo así como los pueblos de Villafranca y Nice porque no estábamos lejos de la orilla. Después de la puesta del sol tuvimos un raro buen viento y salimos de las Islas Golden. En el segundo día un tipo de viento agradable sopló y vi muchos peces voladores. En el tercer día encontramos nosotros mismos el Golfo de Leones. Por un viento violento tuvimos que manejar hacia dentro, una hora, tres y media veces como rápido, como observamos en una cuerda, marcada con algunos signos.

Ahora –realmente la última noche– muchos pasajeros sintieron su estómago revuelto y, vomitaron su comida a través de la misma línea por la que ellos la tomaron.

En el día 4 tuvimos un viento favorable. En el día 2 –el que fue día de Corpus Christi– tuvimos alrededor de las siete en punto de la mañana un viento como tormenta, la cual pronto se retiró. Pero tuvimos que parar y guardar las velas. Le siguió una lluvia que me forzó –mucho traté de resistir– a irme bajo cubierta, dentro del despreciable cuarto. Pero pronto pude salir de ahí de nuevo a cubierta al aire fresco, porque la lluvia no fue muy larga. Después de esta hora ya no llovió más. El cielo fue agradable de día y de noche, aunque los vientos que vinieron por más tiempo eran del Oeste y eran más ligeros. Pensamos que podríamos llegar a las

Islas Balélicas el mismo día, pero a través de un viento difícil que vino del Sur, nosotros navegamos hacia la costa de Catalonia.

En el día 6, temprano en la mañana, un muy fuerte viento surgió del Noroeste, y vi por primera vez al océano bravo y furioso, a través de algo alto —incluso no más alto que una montaña— fui salpicado por las olas. Esto fue la primera vez que en el océano empecé a agarrar un resfriado de los vientos helados que soplaron a través de los dobleces de mi abrigo. Cubrí mi cara con un chal; la cabeza, no obstante, con un doble gorro. Pasando el mediodía me abrigué yo sólo en una cobija, la cual tomé prestada, porque mi abrigo de viaje no era de mano. Bajo estas frías circunstancias empecé a quejarme de nuestros pantalones para el viaje, hechos de lino, de los cuales recibimos dos pares en Genoa. Entre tanto busqué algo mejor; por suerte nunca sudé, pero algunas veces me congelé.

Justamente cuando el sol salía en la mañana vimos la isla de Mallorca y lejanamente después la isla de Minorca. Viajamos a través de ambas islas del Norte al Sur y entrando al puerto de Mahón. El capitán nos dijo que quería reparar el barco ahí porque se dañó el día en que penetró agua por un lado.

Todo el sábado dejamos el anchor, viendo la arenosa orilla y las cumbres no tan lejos en la ciudad. En el centro de la isla de Minorca está parada una sola montaña, especialmente no muy alta. Es lo contrario de la isla de Mallorca; está rodeada toda de altas montañas las cuales vi por primera vez por los Pyrenees.

En el octavo día dejamos el puerto temprano en la mañana con tan desfavorables vientos que en la tarde volvimos al mismo puerto. Por ocho días no vimos la isla de Mallorca porque tampoco flota mos de atrás hacia adelante a través de vientos adversos o duramente movidos de todos a través de una molesta calma.

En el día 13 nos atravesamos con un barco francés, más pequeño que el de nosotros. Venía cerca y más cerca, y todos gritamos y llamamos a nuestro capitán para que hiciera el cambio de nuestro curso y volteara las velas, todos empezamos a temblar y a rezar por ayuda a San Antonio de Padua, a quien festejamos (junio 13). Aunque estaba temeroso, y en orden escapé algo del peligro, sentí escalofríos, porque pensé que era un barco de piratas

bárbaros. Este navegó derecho hacia nosotros en completo silencio sin movimiento y con una sola vela, remando hacia nuestra popa con la punta y proa que ambos barcos hubieran quedado amarrados con mástiles y velas, hasta podrían ser separadas con tornos y poleas. Después doblamos las velas y cambiamos el curso, el otro barco navegó dos riscos hacia Mallorca. No encontramos la razón de este suceso.

En los días 14, 15 y 16, pasamos las islas de Minorca e Ibiza y no navegamos más lejos de Formentera. En el día 17 tuvimos un buen viento después de la puesta del sol y favorable para salir a Formentera y dejar a las islas Baleáricas detrás.

En el día 19, alrededor de la noche, nos encontramos en el Cabo de Cádiz, a un cuarto de hora de distancia de tierra. De ahí vimos una montaña no muy alta pero cubierta de nieve, a una distancia, como de seis horas de camino, la cual vimos durante los siguientes 13 días. Esto fue porque todo el tiempo tuvimos viento adverso y tuvimos que ir lentamente y calmados.

En el día 20 buscamos refugio en el pequeño puerto de Rocheta a causa de un fuerte viento y estuvimos ahí el día 22 a las 8 en punto de la mañana. Rocheta es un pequeño puerto con algunos soldados. A lo largo de la orilla vimos algunos de estos lugares construidos para protección contra los atracos de los Moros. A nosotros como pasajeros no nos permitieron desembarcar. El capitán compró, para estar seguro, agua fresca y pan, pero el comandante —que era de Catalonia— nos prohibió estrictamente que compráramos vino. Mientras tanto, compramos a los pescadores pescado fresco por un mero cuarto. Con los mismos hombres negociamos tabaco por pan del tipo que sólo se encuentra en el Sureste de España. Fue increíble como los pescadores tomaron el tabaco, y como nosotros tomamos el pan, porque no habíamos probado nada sólido durante 3 semanas, el cual probamos aquí y estaba mohoso.

No muy lejos de este lugar vimos a nuestra derecha la ciudad de Almería.

En el día 22 después de elevar el ancla a las 8 de la mañana, fuimos acompañados por un buen viento durante 4 horas. Pero

más tarde tuvimos que tener paciencia de nuevo con un viento calmado y navegamos muy lentamente, pasando la fortaleza de Ferro cerca de Almería a los pies de un estrecho risco fuera del océano. Todas las orillas españolas estaban provistas con este tipo de fortalezas, lejos como las podíamos ver. En la tarde antes del día de San Juan Bautista (junio 24), vimos una torre y una casa junto a ella con luz.

En el día 25, muy temprano, vimos la aldea de Motril, localizada muy cerca del bajo de Granada. Y siguiendo con esto vimos la sobremencionada nieve cubriendo la montaña (Cerro de Malneden), la cual tiene una altura como la de la montaña de San Odilien. Esto fue este día, alrededor de las seis de la tarde, que un obstinado viento del Oeste vino, el cual, como reporté antes, fue problema para nosotros durante 36 horas.

Después este arreció de nuevo contra nosotros por media hora y se fue poniendo peor y peor; de repente, un ejército de peces, cerca de tres pies de largo, atacó nuestro barco. 20 o 30 de ellos saltaron fuera del océano como una yarda, todos al mismo tiempo, seguidos por otro grupo y otro más, deleitándonos por un cuarto de hora. El viento fuerte fue seguido por un viento calmado, durando del 25 de junio al 1 de julio. En este tiempo el océano cambió de su color azul a un negro oscuro y nos preocupó bastante, como sobremencioné, por un molesto y desfavorable movimiento causado por violentos soplidos del viento en otra área.

El 1 de julio tuvimos un buen viento tanto que dejamos la sobremencionada nieve cubriendo la montaña detrás de nosotros y pasamos Málaga en la tarde. Inmediatamente teníamos de nuevo calma. Debido a que carecíamos de vino; bajamos el ancla el 2 de julio en Fuengirola; es un pequeño puerto parecido a Roquetas de Mar. Aquí compramos de los pescadores un pesado pescado de 40 libras, por tres oros, también una langosta y una tortuga por medio oro. El pan blanco fresco lo pagamos con tabaco. Muchos españoles fuman este en una envoltura adentro de un largo papel, lo encienden, lo ponen en sus labios, inhalan el humo, y soplan para afuera a través de las narices como a través de dos chimeneas.

Había un hombre joven embarcado quien tenía una espada en su costado y parecía ser noble. Él me sirve ahora en el altar y no me pide nada sólo tabaco, el cual no tengo.

El 3 de julio todos nosotros, excepto 2, fuimos a tierra. Después de que algunos dijimos misa en la capilla de Fuengirola, cenamos en la casa del comandante.

Aquí nos pasó esto, compramos un barril de vino, el cual estaba cuidado por un horrible guardia de la tienda, además tuvimos que mandar una barrica de noche a Marbella en orden por comprar vino de la administración local, o mejor, en orden de mantener el otro vino. Pero no pedimos permiso para hacerlo y perdimos ambos, el dinero y el vino.

El 4 de julio dejamos Fuengirola con un viento favorable. A las 2 de la tarde, después de que el viento se calmó y bajó de nuevo, estuvimos solamente en unas pocas horas de distancia de los denominados Pilares de Hércules, localizados a nuestra derecha. A las 9 de la noche llegamos a estas columnas. No tienen nada sólo son unas simples rocas las cuales –vistas desde lejos– parecen estar divididas. Me dije a mí mismo, podrá no importarme pasar el estrecho de Cádiz esta noche sin tener que ver el Fuerte Africano de Ceuta y otros localizados en la costa de África. Pero esto fue diferente para mi suerte y provecho, por la medianoche un mal viento vino, revolviéndonos por varias horas hacia el Mediterráneo, y no paró hasta el 5 de julio a la 1 de la tarde que empezamos a navegar otra vez, y para ser seguro, muy cerca a Ceuta. Ceuta es una gran ciudad localizada en una llanura que está dividida en 2 partes, las cuales –parecida a la de nosotros– están conectadas por un glorioso palacio. De esta ciudad estábamos difícilmente a tres cuartos de hora de distancia; sin embargo de la costa africana a no más de un tiro de piedra. En este lugar me gustaría haber tenido calma; yo confieso, si nosotros hubiéramos tenido permiso de ir a la orilla. La montaña africana situada a lo largo del estrecho está cubierta bellamente con césped y hierbas, mientras que en el otro lado, a lo largo de la costa española, nada podría ser más infértil, desolado y con rocas sólidas. La entrada para estos estrechos de las sobremencionadas columnas no puede ser más amplia que tres horas de distancia como yo imaginé o menos.

Alrededor de las 4 cuando el viento arreció, el cual reporté antes, todavía antes de la puesta del sol, manejamos fuera de los estrechos hacia el océano en el largo mundo marino. Esto es porque bajando ahora vimos la ciudad de Cádiz y entrando hacia el largo deseado puerto alrededor de las 11 de la noche. Justamente cuando quise ir a dormir, nuestro barco, adentró en un extenso aire, podría tener aplastado de nuevo el Cabo de Trafalgar. No obstante, un pasajero, quien estaba familiarizado con la localidad, notó el peligro a tiempo. Las velas se bajaron y el arco de nuestro barco fue dirigido hacia el Oeste por un momento.

Inmediatamente después bajamos el ancla en este puerto, los oficiales se pararon en el borde y miraron todo. Uno de los oficiales del barco les presentó el libro de diario de a bordo, también un certificado de salud, el cual compramos en Genoa. No obstante de esto, nos pusimos en cuarentena por seis días, pero esto se removió y nos quedamos dos días menos.

El puerto de Cádiz está realmente no más grande que una bahía consistente en una parte de océano entre la isla de Cádiz y el continente, con una longitud de tres horas y un ancho de una y media hora de distancia. En este puerto nos encontramos entre Cádiz y el puerto de Santa María, el cual está en medio de ciudades españolas, no más pequeñas y ni tan grandes como Cádiz, pero algo más pequeñas que Schlettstadt.

Nada más problemático y molesto pasó durante la entera jornada que nos quedamos en estos 4 horribles días de cuarentena. Un muy fuerte viento voló del Suroeste de día y de noche, sin cesar que no pudimos ningún día estar en cubierta.

Esto fue el 10 de julio, temprano en la mañana, que pudimos desembarcar por medio de un pequeño bote e ir al puerto de Santa María, el cual está construido en sólida arena en la orilla siguiente a un pequeño río. Tú encontrarás en este puerto numerosos monasterios y muchas casas, construidas en una forma moderna pero no a la forma española. Estas formas, carecen de algunos pequeños balcones los cuales uno encuentra en España, la mayoría con una ventana. También vimos la casa, la cual fue construida unos años atrás por los misioneros que se quedaron mientras

aguardaban pasaje. En nuestro colegio hay ocho personas que todavía están esperando.

El calor en esta área es inmenso, aunque es más moderado a través del océano, del riachuelo que fluye por aquí, y de los largos vientos, navegamos sin interrupción. La gente todavía está vistiendo ropa de invierno, la cual ellos compraron en el puerto. Los españoles visten sacos hechos de lana, algunos más ligeros que nuestra ropa de invierno, pero ésta no puede ser comparada con nuestra ropa usual de verano. Uno trata de combatir el calor con unos amplios y abiertos collares y con el pelo corto. Pero esto no aminoró el calor; el mayor desde que no tenemos un jardín. El vino es mantenido en una recámara. El depósito de agua está constantemente expuesto al sol y se ingiere el agua en vasos, lejos del depósito.

El refectorio tiene como 50 pies de largo, pero tan estrecho que 2 no podrían rezar uno al lado del otro con los brazos abiertos, y no tiene más de 2 pequeñas ventanas. El techo o el piso superior es no más que 2 pies de largo del muro y llenado con ladrillos, cubierto con un papel tapiz con telarañas, las cuales finalmente quité. Durante la noche en la cena dos linternos eran colgados abajo, cada uno tenía cuatro mechas y candiles. Tú encuentras este tipo de sostenedores de lámparas en las sinagogas de Jewish. Mientras hablo del refectorio yo también quise describirte la comida y costumbres de los españoles. El primer platillo es siempre dentro de cordero, como de los pulmones, hígado, etc. Pero ésta es regla sin excepción. El segundo platillo es un término medio de una gran taza de té llena de azafrán, amarillo y sopa con carne. El tercer platillo es un guisado hecho de calabaza, pepino y coliflor con una pieza de carne de cordero, semejante al pulmón, hígado que tu no puedes ni con un microscopio o con un magnífico vidrio, ver algo más flaco o aun carne. La carne de cordero está siempre bien cocida que no necesitas un cuchillo.

Con estos guisos no puedes tomar espárragos, porque están mezclados con grandes piezas de calabaza. Los primeros días el postre para el desayuno y la comida consistió en delgadas ci-ruelas, de las cuales tres son como de otros lugares. En lugar de

éstas, uno podía tomar aceitunas. Aunque me gustan mucho las ciruelas, no las tomé en cuenta porque tenían gusanos. Ahora ya no nos dan, sólo aceitunas, las cuales son servidas al final de cada comida. Cerca de una vez por semana ellos servían uvas o higos para el desayuno. Las uvas eran vendidas muy baratas aquí por libras, tenían un sabor dulce, como se encontraban en algunos lugares de Alsace. La recolección de estas es a mediados de julio. Ya al final de la comida ellos te dan medio litro de nieve de agua de las montañas de Granada.

En la tarde como a las 8 hacen una ensalada similar a nuestras espinacas, cocidas y freídas junto con algunas piezas de cordero y aceitunas. Algunas veces servían el caldo con algunas piezas de esto. Con lo que uno tenía finalmente una sopa. Algunas veces tienes al principio, en lugar de guisado, algunas uvas. Pero otras veces son como te las describo. El mismo menú tuvimos el día festivo de San Ignacio (31 de julio), con la excepción de que sirvieron un cordero rostizado. Comí de todas formas, solamente una pequeña pieza de esto porque tenía lamentablemente mucha pimienta. El vino es auténtico brandy, solamente que éste tiene menos graduación de alcohol. En Baviera bebí el peor kirsch wasser. Los platos eran hechos de arcilla y silicato, también los tenedores para vinagre y aceite de oliva, pero estos están menos limpios.

No se puede ni tirar un piedra hacia dentro de las ventanas de mi cuarto. En el techo no hay vigas ni delgados ladrillos como en los otros cuartos. Vivo en el cuarto piso, debajo de la azotea, en el cual el sol es brillante todo el largo día y entra por mi ventana. Uno puede imaginar cómo en invierno el frío de los cuartos debe ser. Usualmente duermo con la puerta y la ventana abiertas, atento a la entrada y salida de gatos, murciélagos, aun de iguanas y arañas. Pero de la rejilla que tengo no se ve nada de lejos. En la noche me cubro solamente con una simple cobija de lino. Unas noches no cerré un ojo debido a que estaba como papito piernas largas. Ahora yo tengo una gran cobija tanto que puedo cubrirme a mí mismo y dormir con la paz mientras los zancudos están volando y zumbando alrededor. Esto significa que uno encuentra mitad de India alrededor de Europa.

Desde la festividad de San Ignacio visto un viejo saco español de camelot y pedí permiso al padre superior para poder usar uno más delgado. Este era tan ancho que dos de nosotros podían caber en él.

Nuestra Casa no tenía fondos, pagábamos por nuestra comida, la cual es diariamente de seis oros o 24 soles. El desayuno consistía en una taza de chocolate.

Esta es una inmensa diferencia entre la amabilidad, bondad, y cortesía de nuestra gente y estos del meridional del Sur y naciones españolas.

Al tiempo que salimos de Casa, las mujeres vestían completamente de negro, cubiertas con un velo, incluso las niñas de tres años. En la noche, sin embargo, entre las 10 y las 11, cuando ellas pasan por nuestra casa, la cual estaba frente al océano, las mujeres visten de blanco, y con velos. Cuando no visten trajes de gala; la apariencia de los hombres, se reducía a la de un niño en sábado y días festivos, justo como en fines de semana cuando se va a caminar. En sus completamente afeitadas cabezas visten un desarreglado sombrero blanco, una camisola blanca y un largo saco negro o café hecho de tela o camelot. Pero cuando vestían para un evento especial, vestían una espada, una peluca, un sombrero, un saco, etc.

En frente de sus carrozas tienen solamente mulas. En una de ellas se sienta un cochero, manejando entre gravilla paso a paso. Entre los soldados españoles y franceses no hay diferencia. Muchos caballeros viven aquí. Cuando ellos van a montar a caballo visten desarreglados sombreros, un saco rojo para vientos, el cual va sobre un pantalón negro.

En la elevación durante la semana santa, en las mujeres se ve claramente el movimiento de sus pechos. Como no hay sillas en las iglesias, las mujeres se arrodillan juntas en el piso, como los turcos hacen en sus mezquitas y ellas visten en satín negro con sombreros blancos grandes, los cuales siempre se les vuelan. Estos empiezan a dar vueltas lentamente. Las mujeres siempre traen su rosario con ellas.

Una obligatoria burla acerca de la vestidura de los sacerdotes, es que estas son muy largas y negras, donde se abren están como

estrechas como si fuera un saco. La vestimenta es un chal largo envuelto alrededor de los brazos. La patena, la cual pertenecía al cáliz de las misas, es una simple concavidad. El cáliz es como una cuchara con una cinta para el purificador, también hay un sostenedor para la toalla, en el lavabo, el cual está recargado a los candelabros. En el altar hay solamente la imagen de san Juan y una cruz de madera sin la figura de Cristo. Uno solamente no encuentra ningún reclinatorio en el altar, solamente el piso. Sin embargo uno puede ahora y entonces disolverse en lo dulce, ellos abren las ventanas de ambos lados.

En estas y similares ocasiones pensé en las tonterías de los españoles.

Hacia las 5 de la tarde los sacerdotes van en pareja a dar una larga caminata. Solamente un cuarto de hora por la calle, donde todo tipo de hombres y mujeres caminan alrededor, los sacerdotes toman un baño. Yo nunca podría haber creído esto, si no lo hubiera visto, miembros de diferentes clases en la orden saliendo de nuestra casa a tomar un baño. Como generalmente debían de bañarse en medio de la gente profana, ambos sexos; así que ellos pueden enfriarse, pero con esta diferencia: las mujeres se bañan de noche. Los médicos son lentos para prescribir a sus pacientes para que tomen un baño para curarse en julio.

Los días festivos aquí son acordes con aquellos del obispado de Basle. Después del domingo de Pentecostés aquí no es día de descanso; después de Semana Santa, no obstante, solamente un día. Cada sábado se come carne, en el último local del obispado. Toda la carne está permitida, algunos critican a los que hacen esto.

En España la arquitectura de sus iglesias es delicada y con ornamentas, no puede ser comparada con la de Italia. También las casas son usualmente construidas diferente que en otros lugares. Estas son solamente de una fachada larga y tienen en la entrada, un ancho arco. Siguiendo uno de estos uno encuentra en lugar de ventanas, 2, 3 o 4 agujeros cuadrados, yendo del piso. Por fuera las casas están provistas con arcos de acero, adentro con contraventanas de madera. El mencionado arco está en un pequeño patio seguido de otro arco; seguido de éste, uno encuentra usualmente

un pequeño y placentero jardín con algunos árboles. Y derecho, las recámaras y cuartos, la mayoría en la forma Carthusian monástico.

Parece como si los españoles sobrepasaran con su piedad muchas otras naciones. Durante mi estancia aquí estuve en la iglesia y vi a muchos oficiales arrodillados rezando el rosario. Y durante la Semana Santa las mujeres mueven sus senos con llamativos susurros. También noté que ni en Italia ni en España un promedio de gente joven tan juguetona y desenfadada como yo vi en Alemania.

La mujer española no conoce nada acerca de la moda francesa. La esposa del gobernador de Fuengirola tenía su cabello estilo del mundo clérigo. Cuando ella vino a hacernos una visita en el barco, después de la comida, ella tenía alfileres atrás, con un doblado peine, y no tenía nada que cubriera su cabeza.

Yo vi con admiración los más bellos sembradíos de uvas, cerca de la ciudad. Estas crecían en un soleado, sobre el cual, asombra de cerca y de lejos, no podías ver crecer hierba verde o césped. Cualquier cosa es muy cara aquí, tal vez por la abundancia de dinero. Aquí hay muchos moros, hombres y mujeres, quienes todos visten ropa española. Por el gran calor, por el sol, los viajes eran hechos de noche, incluyendo los de nuestra gente.

47 misioneros de nuestras provincias de Alemania estudiaban teología aquí o en los colegios. En esta casa tu encontrarás alemanes, gente de Sardinia, y España. Dos meses después 39 –todos ellos españoles– dejaron por la provincia de Quito. Muchos de estos se quedaron conmigo mientras iban a México, muchos al Viceroyalty de Perú, algunos a las Islas Filipinas y las llamadas Terram Firman.

Todos los misioneros de otras provincias de Alemania estaban muy bien equipados con todo lo necesario antes de su partida. Esto fue evidente especialmente con los padres de Austria. Por los dos lados 150 oros de dinero para el viaje y la ropa usual, ellos recibieron una noche 2 capas de algodón y dos de lino, 2 bufandas, 6 blancas y 6 de colores, pañuelos, utensilios de escritura, plumas, cuchillos, cucharas, tenedores, una cobija, una gran almohada, un ajedrez de viaje, un forro para cubrirse durante el calor de verano. También 3 pares de calcetines de lana y 4 de lino, 12 pares de

calcetas, dos toallas de mano, 8 camisas, 2 pares de pantalones de lino, guantes, un cinto, un espejo, un cepillo para ropa, un cepillo para zapatos, botas, etc. Y puedes creerme, quien tiene la experiencia que todo fue muy bueno y muy sensible. Tú, Reverendo, sabes suficientemente como yo fui equipado para mi viaje el cual se pone en un claro contraste al mencionado.

Compré los libros en la sucesión de Cristo, uno del padre De la Puente y algunos otros, no tenía nada para leer, otro del grande de san Antonio el ermitaño. Si yo no hubiera comprado en Genoa algo de lino y otro equipo, pude no secar mis manos y mi cara después de lavarme en la mañana o enjuagarme mi boca después de tomar comida y beber durante el viaje entero. Y también podría no haber tenido una cuchara para las comidas, si yo no hubiera comprado una en Ausburgo. No pude ser asombrado suficiente y agradecido a nuestro señor que yo siempre me sentí bien ahora y gocé de buena salud especialmente como este o el otro del fuerte uno se siente enfermo del mar, en el barco y aquí. Me pesó por el que se enfermó durante un viaje en el océano, porque él no encontró ninguna medicina.

Estoy completamente contento con mi misión y espero impacientemente por el día y hora en los cuales podamos destinarnos a dejar España y parte de América. En presentes circunstancias y semejantes problemas de viaje con aflicciones, miseria y angustias de estar afuera, me conforté y reforcé cuando pensé en el infierno; la eternidad, el ejemplo de los sufrimientos de Cristo, y la indudable seguridad que mi llamada a las misiones de América de Dios. Yo estoy preparado y satisfecho por y con todos los misioneros y áreas, estoy agradecido y me destinaron a la misión mexicana. Me gustó ésta particularmente porque pertenece a algunos cálidos países, como California, Nuevo México, y otros, y particularmente porque es más fácil que dos de nosotros estén en contacto y tener un intercambio de cartas, como aquí hay barcos más seguido zarpando de España a México.

Tengo solamente un deseo, y es la única cosa que me preocupa, como a san Paul le preocupó acerca de la selección del barco, llamado: Ne Lum Aliis Praedicavero, podría alabar con otros. Que

es porque pregunto por todos mis hermanos y hermanas, a quienes cordialmente saludo, incluyéndome en el sacrificio de Semana Santa y el entusiasmo de los oradores.

Quedando a tus órdenes, regocijándome en Dios en el Puerto de Santa María, 12 de agosto de 1749. Padre y servidor en Cristo. J.B. MISIONERO.

## Viña del señor a través del océano

Querido padre:

El contrato con el capitán del barco, quien nos llevará de Europa a América, está arreglado.

La salida ha sido designada para el próximo febrero. Quiero tu reverencia para saber acerca de esto, de tal manera que puedas hacer arreglos sobre tus cartas que me mandes durante mi estancia local. Aprecio y amo mi misión y trabajo apostólico en la viña de nuestro señor a través del océano. Aun sin la orden de mis superiores, no quisiera cambiarlo a ninguna hora por nada de este mundo. Para mi conocimiento humano estoy también completamente seguro de que esta misión me ha sido mandada por Dios.

Además voy a platicarte acerca de unas noticias de los españoles las cuales pude observar; pero antes quiero reportar algo que he escuchado de China. Cartas que recibimos del Imperio Chino reportan que la religión cristiana se ve muy mal; el emperador fue secuestrado con violencia, cerca de su esposa y de su primer príncipe, porque estaba a favor de la religión cristiana.

Le habían expulsado de su imperio a otros misioneros u oradores, con la excepción de algunos sacerdotes que él aún tolera por algún tiempo.

Estas acciones también como su conducta tiránica en otra manera causó disturbios en diferentes provincias.

Sin duda mucha más justicia y lealtad se les hizo a los gitanos, viviendo por todo el reino de España. Por muchos años vivieron entre los españoles, en todas las provincias del reino, en el pueblo

y en las ciudades. Eran dueños de estados, estaban muy bien, católicos y muy considerados. No había diferencia entre ellos y los españoles. En agosto del año pasado, todos, sin soñar nada malo, fueron capturados y encarcelados el mismo día, después de que la orden había sido dada en todas partes. Sanos, fueron puestos en prisión, como siempre, separados, pero aquí los hombres, allá las mujeres, y en otro lugar los niños. Un gran número de los hombres había sido traído a Cádiz por la caballería española. Habían dicho que el número de mujeres era de ochenta mil. No sé la razón de esta acción. El rey mantiene sus intenciones muy en secreto.

Algo extraño es que los españoles no creen contra su dignidad para reírse de un extranjero tan pronto como ponga un pie en el suelo español, si no habla su idioma, perfectamente y bonito.

Pero los españoles, por otra parte, tienen miedo y cuidado de no hablar latín, aunque han enseñado este idioma en sus escuelas por algún tiempo.

Hasta ahora la comida, como te lo describí en mi otra carta, no es un poco mejor. Aquí encuentras creciendo montones de especies de pumpkin a las que los españoles les llaman calabazas.

Las mezclan con todos los platos, más seguido con bastante pimienta española. La razón por la cual estoy no obstante tan saludable –inclusive más saludable que en otros lugares– entre otras circunstancias, es que como y tomo ahora menos de lo que acostumbraba. Por la noche como una pequeña pieza de cordero, y en la comida un poco de todo. Hago esto también en días festivos, tan alto y distinguido como deben ser. Sin embargo, me levanto satisfecho de la mesa, listo para trabajar y más capaz para hacer algo de manera diferente. Además, uno puede notar que aquí el cordero es incomparablemente mejor y más sabroso que en otros países. Uno aprende a usar itodo!, qué tan sabrosa es una pieza de cordero si no tienes nada más; qué tan bueno un vaso de agua clara, inclusive en las comidas fuertes si solamente la nieve de granada no fuera tan cara, por libra cuesta cerca de seis soles. ¿Qué tan saludable es esto después de decir sagrada misa con el estómago vacío? Apuesto, si no estuviera satisfecho con mi porción

de cordero, podría soportar los garbanzos cocinados junto con pepinos e imaginar que son tan buenos como la coliflor y manzana.

Recuerdo que te dije en mi última carta que existe una gran diferencia en amabilidad y cortesía entre nuestra gente y los españoles y las naciones italianas. Estoy más y más convencido de esto. Los misioneros que mandan ellos de provincias extranjeras para servir a sus americanos no son considerados como invitados y extranjeros con ninguna compasión para vivir; los tratan como si fueran de su posesión. Hacer esto es sólo un poco amable y arrogante, manera de la cual uno sólo puede estar asombrado.

El siguiente ejemplo te mostrará esto.

Ayer el padre procurador español de la provincia mexicana, un hermano lego, me dio un escrito por la única razón de que le presté a un padre, quien fue mandado a otra provincia, el abrigo que me habían dado en México. También ellos no querían acceder con la petición de hacer los cuellos mas altos y mas reducidos en esos terribles abrigos los cuales eran nuevos, hechos para nosotros y los cuales reporté, y se ponen furiosos cuando se les dice de nuevo.

¿Cómo puede uno sorprenderse de que las mujeres en este país aparecen con un escote completamente abierto y en todas ocasiones?, ¿cuándo los jesuitas andan con los cuellos desnudos?

Los padres andan todos en ropa muy distinguida y atractiva, aparte de sus sotanas y abrigos, ambos hechos de seda. No salen a las calles como en Italia.

En nuestra casa, las mangas de los abrigos son muy anchas y largas así que barren el piso. El cuello en la parte de atraso sin embargo, es como una capucha. Después de que terminan el período de noviciado y filosofia, los jóvenes jesuitas inmediatamente empiezan a estudiar teología. Después de eso, ya siendo sacerdotes, empiezan a enseñar gramática.

Los lentes no se usan mucho. Pero aquí tenemos dos misioneros de Cerdeña quienes hablan español, como todos los habitantes de esa isla.

Ellos corren y caminan con lentes sobre su nariz no solamente en la casa pero también en el campo. Y algunos de nuestros

teólogos en Córdoba han aprovechado tanto a través de los lentes que allá están exentos de los problemas para escribir. Ellos fingían que su vista había sido debilitada por usar los lentes.

Uno de los profesores de teología no les dictó nada más a los estudiantes. Esto también pasa en otros cursos. Lo que los estudiantes no escriben en las lecturas públicas, lo aprenden en casa, sin embargo, en la escuela primaria inclusive no les dejan tarea a los alumnos; no tienen nada que estudiar o aprender en casa. Esto es el porqué todo trabajo es terminado tan pronto como salen de la escuela.

La ropa de nuestros novicios y de los padres de tercer año es exactamente del mismo color de los capuchinos con la excepción de los abrigo. Dicen que es por la memoria de nuestro santo fundador quien vestía con sólo un abrigo en su tumba. No solamente eso, pero todos se han rasurado la cabeza como un hermano dominicano con la excepción de que dejan tres mechones, dos a ambos lados y uno en la frente como tupé.

La siguiente orden me parece extraña e incorrecta: Nuestros coadjutores también como los escolásticos, hasta que son sacerdotes, son llamados hermanos; y esto no es solamente por los sacerdotes profanos pero también por nuestros sacerdotes.

Algunos sacerdotes alemanes quienes llegaron poco antes que yo a Génova, predicaron en español durante el octavo de San Javier. Son debidamente preferidos los sacerdotes nacidos en España.

Por lo menos en la provincia de Boetischen la letanía usual es dada por nuestro sacerdote enfrente del santo sacramento a las ocho de la mañana. Pero cuando caminan por los campos en invierno, no usan abrigo pero si una capa o un traje de casa, para quitarse el frío —como dicen. Pero el frío existe sólo en su imaginación, y realmente no hay.

Cuando un sacerdote de la orden muere, todos los otros sacerdotes van con el cadáver.

Pero cuando un capuchino o jesuita es enterrado, los jesuitas se unen a los capuchinos y de esta manera, juntos acompañan el cadáver, como pasó el otro día en Cádiz.

Hay una gran falta de artesanos. Cuando uno camina por la ciudad, uno no ve talleres. Y si hay algunos, todo lo que hacen

es muy tosco y no cualificado. Las contraventanas de mi habitación están clavadas con ciento cuatro clavos, de esa gran cantidad usados para la entrada a la ciudad. Mis contraventanas, sin embargo, no miden más de tres pies. Una llanta en un carro será tan pesada como ambas llantas en un carro, en cualquier otro lugar.

Los libros aquí son muy caros y raros. Son todos destinados en pergaminos. En el país que rodea nuestra ciudad, no he visto árboles frutales, los cuales uno encuentra en otros lugares. Solamente hay higo, olivo, limón, naranjas ácidas y granadas.

Con todo esto es asombroso que no tenemos suficientes cítricos para nuestras comidas.

Las cercas alrededor de los jardines consisten en su mayoría de plantas de aloe, sus grandes ramas y brazos tienen la forma de un sable. Son tan anchas y fuertes que puedo pararme en ellas sin peligro de que se quiebren. La mayoría de las veces las uvas están maduras a fines de julio. Uno no las cosecha, sin embargo, antes de que empiece octubre. No hay peligro de que se pudran por la escasez de lluvia. La parra es muy pequeña; las uvas que cuelgan de la parra, no obstante, son mucho más grandes que en otros lugares. Hay varias que son más grandes que las más grandes que he visto. Pero éstas en el Colegio de Santa Hermenegilda, en Sevilla, son tan grandes como un dedo gordo y, de acuerdo a su largo, proporcionalmente grande. En el mismo lugar donde vi los limones tan grandes como una mano.

Este es un lugar de peregrinación para la santa Virgen María de quien esta ciudad tiene su nombre. En el festejo de cumpleaños de María, ves muchos extranjeros, también hombres y sus esposas, sentados aficionadamente, juntos en un burro.

Recientemente Roma mandó una indulgencia, la cual permite a los sacerdotes decir tres misas en la fiesta del día de muertos, y esto hasta las dos, en la tarde. Pero cada padre es fuertemente obligado a decir la segunda y tercer misa por los difuntos cristianos de la comunidad. En su servicio, usando las mismas palabras, uno tiene que voltear con todos los presentes y preguntarles cómo están de salud.

En la iglesia, justo como en sus casas, se sientan en el piso, por lo menos la gente común.

Pero también observé que la gente de clases más altas se sientan en el piso. Los niños no llaman a sus padres papá y mamá; usan sus nombres y los llaman señor y señora. Las señoras visten casi al modo alemán y también usan el velo cuando van a la iglesia en carroza. Con el hombre, el vestirse de sombreros blancos y zapatos está muy de moda. Todos los seguidores de la tercer orden, de ambos sexos, visten colores cenizos con un cinto alrededor de la cintura.

En este pueblo, con excepción de algunas casas e iglesia, no hay nada bonito, nada frágil o raro. Las líneas y las calles tampoco lo son o muy malas o pavimentadas solamente la mitad; también de seguido están sucias.

Los españoles ofrecen a sus visitantes una crema preparada con especias, la cual uno come con cuchara.

En la iglesia, cuando hay una misa suprema, el diácono canta el evangelio, no en el altar, sino en el púlpito. Los músicos, sin embargo, por lo menos en la parroquia local, tienen su lugar en el centro de la iglesia, en un tipo de púlpito, establecido en una columna.

Los vientos que vienen del Norte y del Este son insoportablemente calientes durante el verano. Aquí no se sabe del invierno, como lo teníamos en la Alsacia a principios de octubre. El clima por navidad es tan agradable como en Alsacia en tiempo de pascuas. Es por eso que las mujeres no dejan de usar rebozos y no se los quitan en todo el año.

También dejé de estar tan sorprendido como lo estaba en un principio de que no hay ventanas y cocinas en las casas.

Las seis monedas, todavía son hechas de plata. Todo es muy caro en este país, lo cual se puede ver en este ejemplo: una simple hoja de papel cuesta doce monedas como en Alemania.

Las mujeres aquí, nunca trabajan fuera de la casa. Esta es la razón por la cual solamente se ven hombres en el mercado, quienes también hacen el trabajo de jardinería todo el año. No solamente las mujeres de este mundo, como lo mencioné, pero también las mujeres del convento se sientan en el piso cuando uno las visita.

Es muy común que esos que sirven al sacerdote en el altar durante la misa visten con una espada a su lado y cargan su sombrero debajo del brazo. El otro día estaba contento viendo a un oficial militar, un capitán de caballería, cargando una bandera de la sagrada virgen en una procesión. Sus banderas tienen dos alas señaladas hechas de seda, preciosamente bordadas y adornadas con plata. El asta de la bandera, sin embargo, tiene solamente ocho pies de largo. Hombres y mujeres nunca se ven juntos en una procesión. Muy seguido tienen procesiones de noche.

En la noche antes de la fiesta de Concepción de María (diciembre 8), nuestro pueblo, también como Cádiz y otros, fue hermosamente iluminado.

Esos entre los clérigos quienes tienen un grado de doctor, como los signos de realización, una pequeña mata de pelo colgando de la parte más baja de la barbilla.

Los españoles usualmente no tienen reloj. Son demasiado flojos para cargarlos. Todo el día son perezosos o van a caminar por las calles con el sombrero puesto.

En tiempo de frío, cuando los días son más cortos, aquí los días son un poquito más de una hora y media más largos que en Alsacia; son mucho más cortos en verano.

En los campos, encontramos esas hierbas las cuales se encuentran también en los jardines, como la salvia, romero, mejorana y otras.

En España no existen aldeas. Encontrarás casas aquí y allá dispersadas en el campo. Pienso que esto es inusual y extraño y supuestamente de aquí se originó el refrán: "Estas son las aldeas españolas" (expresa algo extraño, algo que uno no entiende).

En la tarde antes de navidad, después de una gran fiesta, se nos sirvió una colación de cuaresma, algo mejor y más que usual, en forma de celebración.

De esta manera obtuvimos nabos blancos y amarillos. La comida es siempre completamente mala —como lo mencioné antes.

Nos agradaría que cuidadosamente, cada tanto tiempo pusieran en la mesa palillos de dientes. Son hechos de una planta la cual tiene un tallo fuera del hinojo. Con esto uno puede pasar el rato, si al servir la comida no es suficiente.

Así que no dejes pasar algo que me parece extraño y español; quiero que sepas algo más: si alguien quiere algo en este país, por ejemplo, tener sus zapatos ennegrecidos y habla al zapatero en un idioma desconocido, le dan un tintero.

Por cierto, lo que he escrito desde tan lejos y lo que escribiré en el futuro, de miseria, problemas, lo desagradable, y enfermedades por lo cual tengo experiencia, de costumbres de gente diferente, es hecho solamente con el propósito de dejar saber a su reverencia y a quien lea estas cartas, lo que está pasando en el mundo, y con qué clase de gente uno tiene que vivir y tratar. Especialmente escribo sobre esto, de tal manera que pida a Dios en sus oraciones –en quien el poder y efecto yo percibo– para darme la paciencia necesaria. Estos problemas y dificultades no cesarán, pero con la ayuda de Dios los soportaré y podré vencerlos más fácilmente con el tiempo. Pero esto no sólo significa que no vivo consolado y satisfecho. Por el contrario, le aseguro a su Reverencia que ahora estoy más deleitado, alegre y feliz de lo que he estado en todos los días de mi vida.

El próximo viaje de Europa a América será probablemente más molesto y peligroso que el de Génova, el cual soportamos. Pero no le tengo más miedo que si cruzara un río o que si viajara de un colegio a otro. Se nos dijo que nuestra partida será a mediados de febrero. Seremos más de 40, todos jesuitas, destinados a la provincia mexicana.

Con esto espero, su reverencia, buena suerte. Por favor, recuérdeme en la sagrada misa. Me protegerá nuestra Virgen María en Neunkirchen.

Mis saludos a nuestra querida madre, hermanas, hermanos y parientes.

Regocijo en el señor, en el puerto de Santa María,  
 enero 12 de 1750

Reverencio y sirvo a Cristo.  
 Padre Jacob Baegert. S.J., Misionero

## Dichosa lamentación

Querida Mamá:

Recibí 2 cartas de mi hermano, el padre Jorge, y entiendo que tú y mis queridos hermanas y hermanos están bien. Estoy encantado de escribirte, por lo lejos que viajo de ti.

También tengo esperanzas de que Dios te protegerá por lo menos hasta que te pueda dar noticias de mi llegada a América.

En lo que se refiere a mí, te habrás enterado por las cartas que le mandé al padre Jorge, y con ésta lo confirmo, que he estado bien desde mi partida de Schlettstadt, a pesar de grandes cambios. Yo mismo y otros no esperábamos esto. Dios lo permita y además me cubra con su gracia y me mantenga con buena salud. También me conceda un feliz viaje de regreso en febrero o marzo. No estoy ni un poco asustado por eso, inclusive si debiera morir, no importaría si fuera sepultado en el océano o bajo la tierra de Europa. Pero para hacerla, para cumplir con mi deber, te pido, como a mis hermanas y hermanos, que constantemente me incluyan en sus oraciones, aunque sé que no lo olvidarán aun sin mi petición.

Querida madre, si debes abandonar este mundo antes que yo, te reconocerás en el paraíso mucho más claramente de lo que yo pueda describírtelo, y cuánto necesitaré de tu mediación ahí. Digo enfáticamente que te reconocerás en el cielo porque he notado varias veces tu gran temor de que no irás allá y que, sin ninguna razón, tienes muy poca esperanza. Aparte de la infinita misericordia de Dios, la que es conocida por ti, también deberías saber esto: uno no puede ser muy feliz aquí y en la eternidad de igual manera; uno no puede ser torturado por Dios en este mundo y en la otra vida, especialmente si uno cansa la paciencia del cristiano con todo lo que fue desagradable. Como Jesucristo dice: "Dichosos son quienes se lamentan y lloran en esta vida porque serán consolados en la otra". Ahora, tú, y yo sabemos suficientemente que Dios, el señor, especialmente desde la muerte de nuestro padre, no te proveyó con la carga de una sola cruz; todavía lo hace diariamente. Otras personas no hubieran podido soportarlo.

No hablo de las cruces íntimas que son únicamente conocidas por ti, y las cuales son usualmente más molestas que las cruces visibles.

Otra conclusión podría ser que Dios te ha guardado en el cielo una gloria y felicidad, como recompensa por las cruces que has cargado en la tierra. Leí hace tiempo que no hay entre las pruebas de la Gracia de Dios nada tan seguro y cierto de la Gracia como las cruces que manda al hombre. Y has tenido varias de ellas, las que deberían ser soportadas con paciencia, pues no hay nada como las cruces: nos hacen cristianos, todos semejantes, ya que tienen que ser iguales los escogidos por Dios, sin mencionar el frecuente disfrute del Sagrado Sacramento, oraciones a la Sagrada Virgen, buenos actos para las pobres almas del purgatorio, todas pruebas de la Gracia de Dios.

Todo esto debería, sin embargo, no socorrerte de tu gran temor; no hay mejor consejo que hacer como el Sagrado Eremita. Debes haber escuchado que fue provocado por el demonio, como si él perteneciera a los condenados. Para librarse de esta tentación le contestó al demonio lo siguiente: ¿Será que pertenezco a los demonios? Si es así, no puedo amar a Dios y servirle en el otro mundo, como es esperado. De tal manera, lo haré mejor en este mundo, y lo haré considerándolo como entre los grandes anhelos que se han perdido.

Créeme, querida mamá nada molesta más a Satanás como estos pensamientos y resoluciones, de tal manera que se mantiene quieto de hoy en adelante.

Debería sobrevivirte —aunque aprendería mucho más tarde de tu partida de este mundo. No tienes que preocuparte por mi respeto filial, digo ocho sagradas misas cada mes por los difuntos y confío en mis oraciones para la Virgen María, en caso de que mi propia familia ya no necesite una ayuda especial.

Me despido, querida mamá, y permitámonos orar fervientemente los unos por los otros, de tal manera que podamos encontrarnos de nuevo en la eternidad, y que sea pronto. Que Dios te proteja, y a mí, y a todos.

Jacobo Baegert, S.J., Misionero.

## El Padre Baegert hacia el paleolítico

Reverendo en Cristo, querido padre, hermano:

Recibí una misión mucho antes de lo que yo esperaba de mi reverendo padre provincial. Padre Johan Balthasar, quien nació en Lucerna. Encontró que el resultado es mucho más agradable para mí que para su reverencia. No me hubiera importado continuar en la escuela, como todos los sacerdotes, quiénes acaban de llegar de Europa y reman en la misma galera. Pero tenía más miedo de que me estancara en el Colegio de San Gregorio, donde se me ordenó que viviera en mi llegada a México y donde uno tiene que hablar con los indios nativos en el lenguaje mexicano o en el colegio, aun no terminado de San Javier, en Puebla de los Ángeles. Especialmente me desagradaba esta idea por mi prejuicio de andar a caballo. También se requiere andar a caballo en el Colegio de San Gregorio, tanto como en el pueblo, que es más bien grande, y en los alrededores, inclusive se anda más a caballo en Puebla, donde cada cuatro años, doce padres, por quienes fue donado el Colegio, tienen que encargarse del trabajo misionero exclusivamente en beneficio de los indios.

Pero cuando asignaron las misiones, a los 27 días de mi estancia aquí, se me asignó contra mis propias y otras suposiciones, y sin decirle una sola palabra al reverendo padre provincial —excepto las palabras de saludo—, se me asignó la bendita California. Digo California, la cual hubiera escogido si hubiera podido hacerla. De todas las misiones de la provincia mexicana, es la que se me viene a la imaginación para una misión en el extranjero, y lo que yo esperaba cuando dejé Europa. Ruega que Dios me proteja en esta misión.

Ahora tengo que cruzar un océano por tercera vez, y acabo de dar gracias. Mi corazón cruzó Vera Cruz, por lo que pensé que era mi último viaje, no mucho, por los sufrimientos que dejé atrás, pero por el temor a los problemas y peligros en esta travesía. Pero este tercer viaje sería corto. Puedo estar orgulloso de haber cruzado todos los océanos hacia el ocaso. Porque después de hacer esto, cruzar el Mediterráneo y el Océano Atlántico, sólo queda el

tan llamado del Sur u Océano Pacífico, en el Oeste. También espero que el que me mandó tan lejos, feliz y sin enfermedad desde Lorraine hasta aquí, también me guiará feliz y saludable a California aunque no lo merezca.

Para organizar mi carta, que acabo de empezar, escribiré sobre lo que pasó en España; acerca del viaje de Cádiz a Veracruz; de la ciudad, pueblo y la provincia jesuítica en México, y finalmente sobre lo que sé de California. Acerca de España escribiré hasta el final porque fácilmente dejaría muchas cosas si no tengo más espacio en el papel.

Mi escritura será chica como usualmente lo hago. Puedes adivinar la razón. Pero entonces, ¿qué no es posible leer con lentes españoles?

Estuvimos en España casi un año pero tuvimos un tiempo fatal. El Hospicio de las Indias o la casa construida para indios misioneros es una residencia en donde no encuentras biblioteca, no hay jardín ni juegos, etc... La partida fue propuesta mes a mes, debo admitir que con buena razón, especialmente por el temor a los moros, quienes capturaron varios barcos en el mar.

Finalmente en junio 16, con la ayuda del Señor, zarpé después de haber abordado el barco, un día antes. Llegó ese día y había anclado fuera del puerto de Cádiz. Fui el primero que entró al bote, el cual se suponía que nos llevaría de la tierra a la embarcación. Me dolió tan poco dejar Europa.

De todos los peligros que pasamos durante el viaje, el más duro ocurrió en el puerto, mientras nos transportaban a la embarcación. Justo cuando el bote partió, los otros barcos de nuestra escolta, todos juntos, 18 o 20, zarparon al mar. Entre ellos había 2 barcos que se suponía que nos iban a acompañar por un rato, para seguridad. Porque el viento no era favorable, nuestro barco tuvo que cruzar de un lado a otro para agarrar viento. Uno de los barcos antes mencionados, el llamado Loreto, con 60 misioneros franciscanos a bordo y hacia las Filipinas, salió gravemente del Norte al Sur. El capitán de nuestro barco, tanto como nosotros, pensó que navegaríamos guiados por la proa de este barco. Sin embargo de repente nos acercamos unos a otros, que ni nosotros

ni ellos pudimos dar vuelta, y al pasar pude ver lo blanco del ojo del león en la figura del galeón, en la proa del barco y pude haber tocado con mis manos los bigotes del león.

Cuando un barco como éste va corriendo, tanto la proa como la popa van hacia arriba y hacia abajo. Y cuando estás muy cerca se ve fantasmal por las figuras tan grandes en las proas, las cuales están talladas y pintadas y suben y bajan dentro del agua. Sólo a un paso o a un empujón de ese barco y el león nos hubiera chocado y el gran barco hubiera despedazado nuestro pobre barco en mil pedazos y nos hubiera enviado al abismo.

El barco que me trajo a América se llama el Gran Conde. Fue construido en San Malo, en Francia. Navega bajo la bandera española por comerciantes franceses que comercian con México. Puede ser equipado con 60 artillerías, pero tenía sólo 28. Son tan grandes como aquellos que he visto en las paredes de Schlettstadt. Nuestro barco era el más grande de la flota, después de dos barcos de guerra que nos acompañaron. Tiene 77 yardas de largo, 21 de ancho y alta, hasta la cubierta donde almacenan la carga y provisiones.

En la cubierta había un cuarto grande en el cual dormíamos 55 personas. Tenía 5 ventanas grandes que no abarcaban lo ancho del frente y 2 al lado. Arriba de este cuarto había otro para otros viajeros y cuatro más chicos con galería. Y si caminábamos 10 pasos más arriba, estaban las aves y muchos de los marineros tenían sus guaridas. Si miraba hacia abajo era como si estuviera en el cuarto piso de una casa.

El mástil más alto, que está en el centro, era comparable en la altura con la cima más alta de la iglesia del pueblo en Alsacia.

Había 49 jesuitas en el barco, de todas las provincias alemanas, de Cerdeña y España. Entre ellos había 22 sacerdotes y cuatro escolásticos. Los otros eran hermanas y novicias españolas.

Aparte de los jesuitas teníamos 140 marinos y oficiales del barco; todos juntos, incluyendo a los pasajeros, éramos más de 300 personas.

Para nuestro sustento llevábamos en el barco como 28 bueyes medianos, como 1,000 pollos y otras aves y 28 puercos grandes, que duran bastante, así que llegamos a Veracruz con algunos puercos y

algunos pollos. Además de la gente, el ganado, artillería y provisiones, el barco, como dije, había cargado 30,000 cetner (cetner = 100 libras).

En general el viaje fue bastante afortunado, como yo lo esperaba. Requerimos solamente 70 días. Tuvimos solamente 24 horas de vientos contra nosotros y en las Islas Dominicanas no tuvimos calma. De tal manera que pudimos navegar 50 días hacia nuestra meta en total calma.

El capitán sabía cómo sortear los acantilados y los bancos de arena. No tuvimos que sufrir el mal olor en nuestro cuarto porque estaba abierto a las cuatro direcciones de los vientos. La cómoda era, para ser un viaje tan largo, incomparable y muy diferente a aquella de España, así como el blanco es diferente del negro.

Diario horneaban pan para 60 personas. No lo podía creer hasta que lo vi. Con ambas comidas servían agua y vino, tanto como uno quería. Para el desayuno tomábamos chocolate y brandy; por las tardes, un vaso grande de agua como un trago para dormir. Cinco misas teníamos a diario, 3 en nuestro cuarto y dos en el de arriba.

El capitán era muy amable y la tripulación no era antipática. La zona tropical era muy notable. En efecto, el agua era tan mala algunas veces que inclusive la mezcla con la mitad de vino español no le podía quitar el veneno. Pero quitaba la sed de todas maneras. Cuando uno se paraba contra el viento se refrescaba uno mismo, y el océano era lo suficientemente profundo como para ahogar a los roedores que eran una verdadera plaga.

A las 9 en punto era el desayuno, a las 5 de la tarde, la comida. La tripulación comía 3 veces al día; también alguno de nosotros que nos gustaba tomar un bisquet con chocolate. Al atardecer rezábamos el rosario y otros cerrábamos las devociones cantando el Salve Regina.

De nuevo me sentaba en el escritorio desde muy temprano, en el atardecer, hasta las 11:00 horas o inclusive hasta media noche. No podía hacer más, porque la mañana, hasta la primera comida estaba ocupado con asuntos religiosos; después de la comida uno no podía hacer nada por el calor. A esa hora, como a las 12:00

horas, me sentaba a la sombra y dormía en una silla, tanto como pudiera, si no, nomás sudaba.

El día 16 de junio, como a las 4 de la mañana, zarpamos, dejando velas al viento y después de unas horas, perdimos de vista a Cádiz y tierra. Un barco de guerra, el cual tomó la delantera, estaba frente al convoy y a ninguno se le permitía pasarlo, el segundo era el último y no dejó a nadie atrás de él.

Aquellos que hablaban español tenían una misión los primeros días, los cuales terminaron en la fiesta de san Pedro y san Pablo (junio 29). En este día todos comulgaron. Por la tarde se dieron unos cañonazos, mientras cantábamos un himno.

Nuestro barco era francés, Gran Conde. Zarpamos el día de un santo francés, san Francisco Regis; el día de otro santo francés, llamado Divino Luis, llegamos a Veracruz. Ese día, unas horas antes de llegar al puerto, tuvimos que anclar debido al anochecer.

Al principio nos dirigimos al Oeste para alejarnos de la orilla africana, al mar abierto. El día 17 vimos la punta de Portugal, San Vicente, al lado derecho.

Pronto viramos al Suroeste. El día 21 a las 6:00 de la tarde, el señor De la Cerda pensó que estábamos a salvo de los moros y regresó con sus 2 barcos de guerra. Sus tripulantes se subieron a los mástiles y gritaban una y otra vez "Viva el rey".

El día 25, como a las 6:00 de la tarde, vagamente vimos Monte Pico, en la isla de Tenerife. Al siguiente día, temprano en la mañana, lo pasamos con buen viento durante dos horas.

A la izquierda teníamos la isla Canaria, la vi muy bien y no entiendo por qué se supone que es la montaña más alta del mundo. No me pareció más alta que San Odilón, una montaña de Alsacia. Pronto nos acercamos al ecuador y lo seguimos. Pero no sé si lo cruzamos o sólo tuvimos el sol sobre nosotros. El 5 de julio, los marineros nos anunciaron que cruzaríamos el ecuador; aquí me quité la camiseta porque el sol comenzó a calentar mi espalda.

El día 15, temprano, como a las 3:00 de la mañana, el padre Francis Paul de Weber, de Austria, murió de una enfermedad que duró pocos días. Tuve varias discusiones con él acerca de la moral, y como mi opinión le pareció muy dura, me llamó jansenista. Pero

éramos buenos amigos. Descanse en paz. Después de la misa, le pusieron peso con piedras y fierros y mientras quemaban la cuerda, todos gritaron "buen viaje" y cayó el cuerpo al mar.

El día 18 vimos los primeros pájaros, pero teníamos 7 días de camino y que cubrir cientos de horas para poder llegar a tierra. ¡Dios mío!, dime ¿Cómo es posible que estos pájaros, los cuales no comen pescado, puedan permanecer por tanto tiempo en el océano, especialmente cuando no hay buen clima? ¿Cómo son para vivir en tierra, cómo pueden aguantar un vuelo tan largo y de regreso sin pararse en tierra, especialmente como no los vimos abastecerse?

Después de darnos la bienvenida, aves grandes y chicas, de las cuales agarramos varias de ellas el día 28, después de las 3:00 vimos tierra americana, islas. No era Puerto Rico, como pensamos, pero al siguiente día, descubrimos que era Santo Domingo, como dijo el capitán. El clima nebuloso había ocultado a nuestros ojos Puerto Rico. La tierra divisada frente a la proa del barco era la bahía de Samana. En esta área comenzó a llover muy fuerte. Por las tardes, diario teníamos tormentas. Algunas muy fuertes.

El día 2 de agosto, a las 4:00, hubo tres horribles truenos y rayos, los que debieron haber sido muy cerca de nosotros.

Pasamos la isla de Santo Domingo, rápidamente, aproximadamente a 1 hora de la orilla, así que pude admirar la montaña. El 30 de julio estábamos a un lado de la isla de Tortuga. El 31 había calma y lluvia. Vimos 2 barcos franceses que venían del Oeste.

La siguiente noche, cuando llegó un viento favorable, pasamos entre Cuba y Santo Domingo, así que temprano, por la mañana, a corta distancia pude ver las montañas, a mi derecha. En los siguientes 5 días tuvimos poco viento, casi nada. El 4 de agosto llegamos a la bahía de Santiago de Cuba. Queríamos llenar nuestros tanques con agua fresca; esto fue como a la 1. La bahía es 2 veces lo ancho de lo que nuestro barco es largo. En ambos lados se pueden ver montañas verdes con árboles.

En ambos lados hay torres. Entrar a la bahía no toma más de 2 horas. Al final está la ciudad de Santiago.

Aparte del agua, también cargamos 9 reses porque las que traíamos de Cádiz, se habían acabado. Mucha azúcar, piñas, plátanos y cocos también. Bajé a tierra y caminé por un rato entre 2 pequeñas montañas en perpetua memoria de Cuba.

El día 8 continuamos el viaje. El día 10 pasamos Santa Cruz y perdimos de vista a Cuba. En la tarde, a nuestra izquierda vimos 2 pequeñas islas no habitadas. El día 12 tuvimos buen viento, pero como a las 5 de la tarde, uno de los pasajeros se tiró al océano. Estaba loco, como notamos unas semanas antes, pero dudamos que perdiera la cabeza.

Inmediatamente la tripulación disminuyó la velocidad del barco más chico y lo subieron a bordo. Claro que un buen nadador bajó por él, pero todo fue en vano. El de hecho se fue a un "buen viaje", pero no con sus plegarias por la pérdida de su alma. Estas empezaron al día siguiente con una sagrada misa. Descanse en paz.

El día 15 divisamos a nuestra derecha la isla de Pinos, cubierta con enormes árboles. El 16, por la noche, dejamos atrás cabo Corrientes, y nos encontramos en el llamado Sonda, porque uno encuentra muchos bajos. Los barcos deben tener mucho cuidado y estar atentos al sonido. Moderamos de 80 a 20 brazas. También la pesca era buena en ese lugar. Atrapamos pescados de todos tipos, entre ellos había algunos que medían 6 pies, y todos pesaban más de 100 libras. El día 21 ya no había bajos. Después de dejar Cuba atrás, nuestra dirección fue hacia la izquierda, entre islas, como siempre no nos dimos cuenta.

El día 24, por la mañana, vimos hacia la izquierda: Gracias a Dios, la tierra del Nuevo Mundo y el virreinato de México. Era la sierra de San Martín. Poco después vimos la sierra de Orizaba. Varias veces la vi en tierra y pensé que estaba como a 8 horas lejos del mar, pero desde el océano puede verse a una distancia de 30 horas. A las 3 de la tarde descubrí con los binoculares la ciudad de Vera Cruz. El 25 de agosto, como a las 10 horas entramos a la costa, con gran participación de la población. Tronaron cañones; tan pronto como anclamos empezamos a cantar el "Te Deum Laudamus". Inmediatamente los padres de nuestro Colegio vinieron a bordo y nos acompañaron a casa. Su amabilidad hacia nosotros

durante nuestra estadía en Vera Cruz deberá ser digna de alabanza. Todos eran criollos. Son nacidos en este país y son mucho más afables que sus hermanastros en España.

Todos estábamos saludables; no se veía en nuestras caras el viaje tan largo, en el cual otros sufrieron gravemente, bueno excepto por nuestros rostros quemados por el sol. No todos, pero yo sí, especialmente.

Vera Cruz es más chico que Molsheim y se ve como un pueblo quemado. Está a la orilla del mar. Del otro lado, como a una hora, hay una fortaleza, sobre una roca, la cual está enteramente bajo el agua. Tiene que proteger y salvar a todo México, con sus minas de oro y plata para la corona de España. Entre la torre y el pueblo está el puerto o más bien el canal, de 500 metros de ancho. La ciudad no es, como yo pensé, quemada y seca, pero sí fértil y siempre verde.

Viajamos a la ciudad de México cruzando hermosas praderas y verdes bosques. Era a finales de octubre y todavía había mucha hierba y flores bonitas que admirar.

Los mexicanos son cobrizos con ojos y pelo negro. Los hombres usan el pelo muy corto. Aquellos que no andan desnudos usan truzas y un pedazo de tela enrollado en el estómago.

Su pan es pastel hecho con maíz, el cual crece 8 pies de alto. Prefieren algo como una bebida blanca sin aloe, la cual compran con sus sueldos para emborracharse. Por eso no tienen mucho. Sus cabañas son hechas de juncos y son débiles, porque no les preocupan mucho los vientos del Norte. En la región más alta, a 15 horas, cubren sus chozas con una capa de barro; las construyen sin camas, mesas, sillas, etc... Vera Cruz y toda la planicie es muy calurosa; pude soportarlo, porque durante mi estancia estuvo lloviendo.

El 31 de agosto partimos de ahí, en 3 partes; una a caballo, otra en mulas, llevando con nosotros algo de comida y nuestras camas. Un día, en esta jornada, fue más molesto que todo el viaje de Cádiz a Vera Cruz, y esto por la siguiente razón: los problemas para montar a caballo y mulas, los estribos de la silla eran una tortura, muchas veces no podíamos evitar tropezar con piedras que

obstruían nuestro paso; era un problema porque estaba forzado a tener mi pie derecho levantado tan pronto como desmontara.

No era el único que sufría por esto. Nuestro padre superior, quien ya había montado en España, admitía su debilidad y siempre ponía los 2 pies en el cuello del caballo.

Con esta cabalgada hicimos 8 a 10 horas diarias. No cruzamos muchos puentes, pero sí muchos riachuelos, y la orden era: "sigue adelante, cuñado". Los caminos, no sólo aquellos corriendo entre dos rocas, eran muy estrechos y no había manera para la mula y nuestros pies y la orden era, de nuevo "Haut le pie" (levanten los pies).

La primera noche dormí sobre mi abrigo afuera de la cabaña, a donde llegamos a las 8 de la noche. La segunda noche dormí adentro en mi colchón, porque hacía frío, por la mañana vi la razón del frío. Estábamos a unas cuantas horas de la montaña de Orizaba, cubierta de nieve.

Más tarde, nos alojamos en nuestros ranchos, estábamos relajados. Los indios levantaron para nosotros arcos del triunfo. También bailaron en la iglesia acompañados por un arpa, en honor a nosotros, pero no había nada especial en el baile. El día 7 de septiembre, cerca de Puebla, alcanzamos un estado que pertenecía a uno de los colegios cardenales. De aquí fuimos recogidos en carrozas al día siguiente.

Con la excepción de iglesias y monasterios, Puebla puede compararse con Karlsruhe por sus calles derechas, el tamaño puede compararse con Strasbourg.

En la catedral hay una lámpara plateada, la cual seguramente es de 6 pies de alta y 5 de diámetro.

El día 14 continuamos y llegamos el día 16 al rancho del Colegio de México. Aquí también nos recogieron al día siguiente en carrozas. Después de 6 horas llegamos a la ciudad de México, la cual años históricos antes fue comparada con otras 9 bien conocidas ciudades, la más sobresaliente en Italia.

Pero aquellos que no están ciegos deben confesar que estaban lamentablemente equivocados, justo como aquel mexicano arrogante, que estuvo con nosotros en el Conde, que viajó por Francia,

Holanda, e Italia y se atrevió a darle a México la preferencia sobre todas las ciudades europeas.

México está rodeado de montañas; con una hora de distancia hay algo más. Toda el área es también arena por el lago que hubo una vez aquí. En este lago estuvo la pagana ciudad de México como Venecia en el mar Adriático. Ahora uno no encuentra nada de este lago, ni siquiera afuera de la ciudad.

En la ciudad no encuentro nada en especial excepto esas calles derechas como una sogá, pero en estos días ya no es nuevo.

No hay duda de que no había visto tantas carrozas en este lado. Cuando vas por una caminata, tienes que poner atención dónde pisas, pero lo que es peor es que es una lástima.

Un canal corre por la ciudad por el cual muchos productos alimenticios son transportados. Las iglesias son numerosas; con excepción de la catedral y las iglesias de las órdenes religiosas, todas las iglesias son construidas pobremente; aquí no saben de mármol.

Es cierto que uno encuentra en este país, en todas las iglesias y monasterios tanto como en las sacristías, muchas pinturas, que no son menos bonitas que aquellas francesas o italianas.

El agua para tomar la traen a la ciudad de dos lugares, por acueductos, aproximadamente a una hora de ahí. Esto ya había sido construido por Moctezuma, el último emperador.

Algunos sabrán que hay cerca de 500,000 habitantes, la mayoría son españoles o sus descendientes que viven como lo hacen en su país nativo.

Dios perdone a los españoles, no dejaron nada de la antigüedad, ni siquiera un monumento, ni en la ciudad, ni en ningún lugar donde yo viajé. Y en este lugar, como leí en la Historia de México, había 8 templos enormes de piedra y frente a ellos 2,000 más chicos, antes que invadieran la ciudad. También varios palacios de Moctezuma que pondrían en vergüenza los edificios de ahora.

El clima de este país se entiende por su altura, México se sitúa en la segunda región del aire (zona ecuatorial del trópico de Cáncer).

De otra manera no habría hielo y nieve en invierno, y el calor en verano no sería más variable que en Andalucía. Pienso que el

clima es similar al de Alsacia. Sí reconozco que en septiembre hace más frío aquí que allá, en parte gracias a las dos montañas nevadas que están cerca, pero cuando el sol sale detrás de las nubes quema más que en Alsacia. Por las tardes como ahora, tenemos tormentas de rayos, pero sin efecto.

La fruta europea, como manzanas, peras, duraznos, uvas, que encuentras aquí, no son tan buenas como allá. Pasando los campos, vimos frijol y chícharo floreciente y trigo medio maduro. Los tomates son chicos y comunes y los encuentras en grandes cantidades.

Toda la semana uno no come otra cosa que cordero, todo está hecho sin imaginación. Sus sopas no significan nada, y están horriblemente llenas de pimienta española, la cual con cuidado se la quito a la comida. Dicen que lo hacen para que el estómago no pierda calor por falta de vino.

Todas las telas, ropa, lino, papel y vino son importados de Europa, excepto la ropa de los indios que es muy translúcida. Pero aquí producen el algodón.

Los libros son muy caros. Ahora nos brincamos al mar a California, la encontramos en el mapa, a la izquierda de México. El calor es más grande que en aquellas ciudades opuestas en la misma zona ambiental. Por eso, como escuché, los misioneros, cuando tienen casa, duermen abajo en casa de campaña. La llaman el horno caliente.

El padre Fernando (Consag), quien actualmente visitó las orillas, desde los 28 grados, hizo un mapa de la ahora conocida California en 1746. Ahora se ha descubierto que es sólo una península. Está tan despoblada, yo creo que es por el suelo tan árido; a los misioneros les tenían que traer la comida de otra parte, pero el vino lo producen aquí. Actualmente hay 13 misioneros en California; cada uno de ellos tiene que preocuparse por 1,000 almas. Por ello es una pequeña misión, pero una gran familia.

El país no tiene gobernador. Tampoco encuentras españoles, ni criollos, con la excepción de los soldados que son apoyados por el rey para proteger a los misioneros. Esto para mí es un gran consuelo y mejor que saber que ahí producen vino.

Empezaré ahí con otros dos padres a mediados de noviembre, la jornada es cruzar el país hacia Sinaloa, desde ahí, con buen viento puedes cruzar en barco a la misión de Loreto en un día. Con la ayuda del Señor, este viaje no será para mí tan duro como el de Vera Cruz a México. Nos dan suficiente dinero para prevenirnos de muchos problemas.

Casi olvido mencionar que nuestra gente de esta provincia, son fuertes fumadores, no de pipa, pero sí enrollan hojas secas y las hacen pequeños tallos. Las mujeres, inclusive aquellas que quieren ser alguien especial, hacen lo mismo y no les da pena.

Se me dijo que es prohibido, bajo excomuni3n, mantener en las misiones el sagrado Sacramento o llevarlo lejos a un enfermo. Esto es por el peligro que puede traer si cae en manos de los enemigos de esta religi3n. Si es posible deben traer al enfermo a comulgar a la iglesia.

Ahora algo de Espa1a. Es cierto que la gente tiene 6 a 10 p1jaros en jaulas para las festividades en las iglesias. Tal vez las mujeres no charlan lo suficiente en las iglesias. Hombres y mujeres comulgan dos veces a la semana, de todas maneras abandonan el templo antes de que el padre abandone el altar. Pueden ver, Espa1a es el mundo fuerte, pero no hay regla sin excepci3n.

Los padres no son franciscanos, que si estuvieran ah3 podr3an poner en alto a las charlas de las golondrinas.

La procesi3n de la fiesta de Corpus Chiristi le parecer1 rid3cula a un extranjero. La procesi3n comienza con cuatro jinetes de la guarnici3n, son seguidos por una carreta con la Herej3a simbolizada en forma de tortuga o hidra —la vi a una peque1a distancia—; el hombre que gesticulaba parec3a un mono de papel mach3; junto a 3l se ve3an diferentes caricaturas que usaban m1scaras, cada uno representado por dos hombres. Uno era cargado por otro escondido bajo una tela. Seguidos por varias estatuas plateadas y alrededor de ellas muchos ni1os bailaban a gaitas y flautas. Luego ven3an el clero y los sacerdocios que podr3an aprender mucho de los padres capuchinos en Alsacia, cuando aparecen en estas ocasiones. Frente a ellos marchaban los representantes del Estado y hombres cargando antorchas. La custodia, llevada en un Adral

acompañado de un Dosel. El final de la procesión estaba formado por las trompetas y los timbales junto con el resto de la caballería.

El Viernes Santo empezaban al amanecer, hasta muy tarde en la noche; los penitentes participaban con medio cuerpo desnudo, y otros que arrastraban cadenas en los pies. En este día también puedes ver en la ciudad ancianos vestidos como monjes que colectan almas.

Durante toda la cuaresma, con la excepción del Miércoles de Ceniza y la Semana Santa, rezaba sólo una misa oficial, pueden ver cuántas fiestas tenían. Muchas veces no cenaba, mi estómago no recibía nada caliente, sólo chocolate caliente, porque la comida estaba muy mal preparada. Debido a estas circunstancias cambié mis principios.

En España, en primavera uno va a los bares a tomar leche, como otros van a las casas a tomar cerveza y vino. También encuentras, por supuesto, uno religioso, vi entre ellos el "Blanco y Negro".

Aquí terminé mi tercer año de prueba después de repetir tres veces los ejercicios por diez días.

Si alguien piensa en mandar donaciones a las misiones de aquí, mejor olvídenlo; aquí no se necesita, hay cosas más útiles como unos libros como *La vida de Marguerite Marie Alacoque* y *Theología Moralis* por el padre Antonio, *Vita Abscondita cum Jesu in deo* o *Le vie caché ave Jesu en dieu*.

Por favor inclúyeme en tu Sagrada Misa diaria. Saludos a todos, de corazón. Dales mi amor a todos.

Tu Reverendo Servidor en Christo,  
Jacobo Baegert, S. J. Misionero.

P.S. Pasado mañana, si Dios quiere, empezaré mi jornada en California. Mi mula es un hermoso animal. Somos nueve, entre ellos un español y 8 alemanes, pero tres están destinados a California. La jornada durará 500 horas, por eso llevamos tres grandes tiendas de campaña, tú puedes incluir el resto. Hoy vi en el *Gran Diccionario Geográfico* de Martinieri, la descripción de California;

como es, me asombró mucho. La aridez en su mayor parte se origina por el suelo pedregoso y la falta de lluvia y riachuelos.

En nuestra jornada de Vera Cruz el padre Ripol de Cerdeña, murió. Aquí obtuve la *Teología moral* del padre Antonio, y ayer el padre López, profesor de primaria de Teología, me regaló los cuatro volúmenes de los *Sermones del padre Colmbiere*.

## Dios no creo California

Querido Padre, Reverendo en Cristo y hermano en caridad:

Desde mi arribo a California a mediados de mayo de 1751, he recibido tu segunda carta, reverendo. La primera la recibí en abril de 1752, la otra, el pasado julio. No te debo nada, tomé mi pluma y escribí en septiembre de 1752 y te envié la carta desde aquí. El contenido era acerca de mi viaje de México a Hiagin atravesando el país entre los 27 y 28 grados Norte, y mi viaje de allí a través del mar de California. Más adelante escribí casi todo lo que podía decir y que podría ser de interés acerca de la gente y las misiones de California.

A través de la última carta, reverendo, te podrás dar cuenta de la triste y miserable condición de este país y de la miseria de la población, las cuales exceden toda imaginación. Yo siempre tuve curiosidad de aprender acerca de gente, países y mapas, pero me pregunto si hay debajo del sol, país más miserable, y en este globo gente más pobre que ésta. Dudo fuertemente esto. Mientras tanto parece ser cierto que en el principio Dios no creó California, tampoco vino del gran diluvio. Lo primero puede ser comprobado por lo siguiente: hay rocas y colinas, también partes de tierra en las llanuras y valles. Las cuales estaban petrificadas, o conchas como piedras y "pequeñas casas" dispersas alrededor. Algunas todavía parecen estar en su condición natural. Una de estas colinas, donde recogí limas doradas está a solamente a dos tiros de mi misión. También encontré varias pequeñas y largas piezas de madera petrificadas o incrustadas en el medio de una piedra. Pero yo llamo

a esto madera, porque no podría ser viable producir un diseño de madera mejor o más natural que este. También guardo en mi cabina dos puños gruesos de concha y casas de caracol, tengo unas mil de ellas juntas. Algunas solamente son agujas gruesas, pirámides detenidas con un material que no conozco, pero están todavía como de colores cafés, azules y rojos, yo siempre he visto de estas en la orilla del océano, encontré estas piezas como a una hora hacia el Norte y seleccioné éstas de muchas otras del mismo tipo. Por tanto, donde la tierra está nueva, hubo una vez mar, y donde la escamosa víbora se arrastra, hay ciudades que fueron ruinas en agua salada.

Mi suposición es que California surgió mucho después del gran diluvio por la salada agua del océano y a través de la fuerza de un fuego debajo de la tierra. La razón de esta suposición está particularmente dada por un autor español quien saca a relucir la pregunta de cómo América pudo ser poblada. Tu encontrarás las sobremencionadas rocas o colinas o piezas de tierra de los valles en el medio del país. Por su gran número están conectadas unas con otras por muchas millas. En la otra parte hay cientos y cientos de otras colinas y rocas, algunas de ellas notablemente más altas que el Vogoesus, corriendo hacia ambos océanos. Esto significa que ni el gran diluvio o mucho menos pequeños maremotos pudieron traer al país estas conchas a las rocas. Esto es ciertamente que California es una pura coagulación de miles de cosas y materiales de las cuales la minoría es tierra y la mayoría es agua.

Por muchas millas el país es como de arena natural, mezclada con millones de grandes y pequeños guijarros. Donde estuve dirigiendo la fundación de mi iglesia al pie de una montaña, como Finkenberga de Molsen, la tierra es pura corteza, que no es suelo ni piedra. Esto está interrumpido por una gruesa columna, hay un puño espeso con guijarros con arena encimados.

Además hay tres volcanes no muy lejos de San Ignacio, el segundo está en la última misión hacia el Norte. La tierra está llena de nitrium o sales de la montaña. Si todo es correcto, entonces realmente sé dónde está California, junto al continente en el Noroeste.

Esto es lamentable ya que no hay crónicas acerca de los indios californios u otros indios, ni el más mínimo escrito acerca de sus lugares u otras curiosidades. Si ellos pudieran tener carreteras aquí u otras dos horas de ruta o una posada, uno podría encontrar muchas cosas en pocos días. Sin embargo, el país está hecho de esta forma, desde la última misión necesitas un mes o más para explorar cosas, las cuales podrían comúnmente hacerse en 20 o 30 horas.

Una exploración lleva incomparables problemas, trabajo y padecimientos tanto para el hombre como para el animal. Tú puedes caminar un día o dos en una buena casa rodante con un camino limpio de escombros sin encontrar agua potable. Estas y otras circunstancias evitan más exploraciones al país.

Regocijo en el Señor, California, 4 de octubre de 1754.

Reverencio y sirvo a Cristo.

Padre Jacob Baegert, S.J. misionero.

## INAUGURACIÓN DEL ASOMBRO



Entre el mar y el azar el viento bramaba amasando las terribles olas, las azules olas que se elevaban y descendían con una rapidez de pánico, jugando con la canoa hecha de un tronco vaciado. En esa canoa de aproximadamente tres varas de largo y una y media de ancho, viajaban, muertos de miedo, el padre Juan Jacobo Baegert y dos sacerdotes más. Habían salido el día 7 de mayo de 1751 de las misiones del Yaqui y se dirigían a la California.

Las poderosas aguas parecían contener iluminaciones interiores de tal suerte que esas enormes montañas líquidas movedizas y cambiantes construían y destruían un paisaje inédito de joyería marina en donde los cantos ancestrales de ballenas y sirenas se mezclaban con el fragor nervioso de los remos y los rezos de los jesuitas. Por las noches sentían cerca, muy cerca el vaho salino de la ballena y el brillo de sus lomos era el faro: la esperanza y el pavor para los misioneros.

El padre Baegert se sentía molesto por la canoa en la que los habían enviado. Sin embargo, cuando se lo hicieron saber de parte del padre visitador, con buen celo y valor aceptó embarcarse. El día 9 por la tarde arribaron a Loreto y fueron recibidos con un disparo de saludo.

Con las velas semidestruidas y el cansancio dibujado en rostros y cuerpos se acercaron a la orilla en donde fueron recibidos por los soldados del presidio y por un religioso que se hizo acompañar de varios indios de la misión.

El padre Baegert es robusto, de estatura mediana, vivo, alegre con un rostro enérgico, de profundas líneas expresivas. Sus ojos muestran a través de un brillo ágil una predisposición al humor y al ingenio. Ojos grandes, nariz recta, labios regulares y el inferior ligeramente saliente. Brazos y hombros recios, muñecas vigorosas. impuestas al trabajo rudo. Poseedor del espíritu de un niño se

alegra como las aves cuando llega el día, feliz por el sólo hecho de pertenecer a la creación.

El día 22 de diciembre de 1717 nació en Schlestadt. Bajo Rhin. Sus padres fueron el afanoso labrador Miguel Juan Baegert y María Magdalena Scheideckt. En 1736 ingresa al noviciado en la provincia del Rhin Superior. En 1738 lo encontramos como estudiante de filosofía y en 1740 es profesor de humanidades en Munheim. Años después estudia teología en Molsheim. Hace brevemente la tercera probación en México para luego ser designado misionero en Baja California.

Un hombre predispuesto constantemente a la reflexión como era el padre Baegert, profundamente sensitivo e imaginativo no dejaba de experimentar, desde un principio una profunda deconstrucción de sus impresiones vivenciales anteriores. Ese heroísmo desatendido y casi efímero de ser misionero en una tierra tan extraña, tan grave y anónima como la California, le concedía a su existencia, ahora ante el desierto, una posibilidad imaginica de amplísimos registros.

Desde el primer amanecer ante el desierto desmontó geométricamente el horizonte: el sol en espléndidos trozos; los cortes del cerro y del mar en líneas irregulares: los muebles de la luz; el laberinto de colores del aire. Todo era vértigo, resurrección de formas, colores, imágenes. Los ojos del padre Baegert se bebieron ese escenario inaugural de la California.

El padre Baegert penetró a través de un enorme hueco rectangular suspendido en el espacio. Se veía a través de él que todo era invadido por una violentísima luz rojiza y ambarina que permitía apreciar en sus márgenes líneas negras y blancas: luz llamada, amanecer incendiario. La puerta sugería o invitaba, seducía poderosamente. Umbral del desierto, entrada a un mundo pétreo, en donde la carne es ritmo tenso, los cuerpos siluetas de roja consistencia mineral, cuerpos sin brazos ni piernas: visiones aéreas, delgadas en la base, anchas en su continente central y de nuevo angostas en la parte superior como caprichosas complicidades de conos unidos por la base. Otras visiones corporales danzarinas y aéreas eran los esbeltos cuerpos de un sólo color,

púrpureo, delgadísimos de cintura y anchos en sus extremos superior e inferior como encuentros estalactíticos independientes – unión de lo que gotea hacia arriba, reclamando agua, y, donativo airoso del cielo. Todo esto sucedía a la intemperie, bajo la enorme cueva del cielo: cuerpos caprichosos que flotan entre las líneas caloríficas del sol, detrás de las gigantescas piedras o junto a ellas, integrándose a ellas, saliendo de ellas.

El misionero salivaba continuamente. El deseo se desplazaba con energía de los ojos a la boca, reinstalando su equilibrio vital entre ese mundo exterior y el suyo personal. En ese paraíso de reflejos de roca y arena nace el espejismo: juego continuo de imágenes, triunfo de los ojos sobre el tacto, o, mejor aún: los ojos son los cinco sentidos en ese juego de formas visibles e intocables.

El espacio se rehace constantemente. Todas las rocas se desintegran y se reintegran en mil formas caprichosas. Realidad de realidades, contemplación y reflejo: la sabiduría de la mirada.

El jesuita sostiene cuidadosamente entre sus manos una pitahaya del tamaño de una naranja. Aún poblaban su esfera purpúrea las incontables y agudísimas espinas. Las acaricia con cautela, casi con temor y luego la guarda en el enorme bolsillo de la sotana.

Cada vivencia en California instalaba al padre jesuita en el reino de lo inédito, en medio de esa lucha de virtudes que es la catástrofe, en los dominios del portento, del prodigio; de un nuevo milagro. Hasta el más sencillo de sus actos estaba cifrado por una nueva dimensión. Hay en esa vida primitiva, ante esos montes y desiertos, algo que lo posee y lo aprisiona. No puede y no quiere decir qué es. Si lo supiera, difícilmente lo diría, debido a su profesión de fe. Pero allí estaba eso más tangible que los hombres, más grande que la religión. No la divinidad pánica que veneraban los antiguos, sino una fuente poderosísima que convierte lo salvaje lo vegetal, lo animal, las nubes, los techos del cielo, el sol mismo, en presencias.

Baegert se planteaba cotidianamente el drama de fundirse con la naturaleza y ser con ella de una manera total, plena y ser, a un tiempo, distinto a ella. Despersonalizarse (sin nombre ni posesiones), pero sin dejar de pertenecer a la civilización de las identidades para el anonimato y la crueldad.

¿Qué producía esa paradoja y ese asombro? ¿El mundo californico solamente? ¿O la California enriquecía el sueño jesuítico por un universalismo cristiano que uniera a todas las culturas y a todas las sociedades?

El padre Baegert, poseedor de una alta sensibilidad estética como todo jesuita, manifestaba una gran fidelidad a lo extraño, lo singular. Al contacto con América se sentía extraño. Recibía una atmósfera irrespirablemente bella. Al extrañarse de California, se extrañaba de sí mismo.

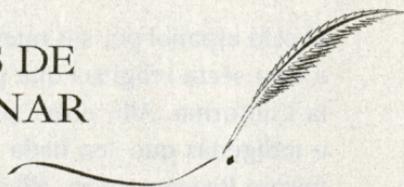
Los aportes fundamentales de los grandes espacios abiertos de la California y de toda América, son la reconquista de la libertad del cuerpo y el regreso extraordinario a una espiritualidad ilimitada.

Entre dos rigores se debatía el padre Baegert, alentado por la cultura geográfica peninsular: la razón y la fe católica. Estas nuevas condiciones ambientales eran propicias para sentirlo todo nuevamente, para sumir los sentidos de una manera más plena. Esto no se presentaba en nada favorable a esa moral represiva, autoritaria, sádica incluso, que nos llegaba de Europa.

Hondas y prolongadas meditaciones que no tenían cesura fatigaban no sin placer al padre Baegert.

Incontables mareas nocturnas, escarpados farallones recorría en su desvelo, con un celo que no venía tanto de lo jesuítico como de su condición profundamente humana.

## CHARCOS DE POLVO LUNAR



Oscurece temprano en San Luis Gonzaga. El padre Baegert, después de rezar el alabado, se refugia en su choza. Bajo la tibieza parejita de su casa, que en realidad es una isla anclada en el calor salino del desierto, las jornadas del sol han enladrillado la altura. Poco a poco se va acostumbrando a los grandes espacios abiertos; a esperar los regalos del aire. Desde su cama puede apreciar el gran libro del cielo, el continente inacabable de lámparas celestes, habitado por movimientos regulares y desplazamientos familiares que asombran y fascinan con temor a la patética especie de los hombres.

El esqueleto de Juan Jacobo Baegert se estremece bajo su carne piadosa. Su piel consume ansiosamente cientos, miles de centímetros sobre el rústico lecho confeccionado con madera de mezquite y tiras de cuero de res. Los goznes de sus huesos crujen dulcemente acunados por las mareas cálidas del sueño.

La sotana se levanta y sale al plenilunio del monte. Baila alrededor de los cactus. Un polvillo ambarino agita en su levitación. La sotana rodea a la dormida mujer pericú que funde su desnudez con la atmósfera lunar que el monte viste. La áspera manga roza con lascivia clerical las opulentas nalgas, corre su tacto por la pierna y, antes de llegar al pie, vuela, jalándose bruscamente, como arrepentida.

Se detiene la sotana en los charcos de polvo creados por la luna. Charcos de polvo lunar. Se lava en ellos a sí misma y no emerge con la engañosa limpidez del agua sino con la soberana vestidura del desierto. Todo lo transfigura o desnuda la luna. La verdadera esencia del agua es sólo luz; polvo que hace tiempo fue tímida luz. Agua que se eterniza con astucia.

Baegert es otro jesuita alemán —el tercero— a quien los jesuitas españoles envían, como al destierro, a la misión de San Luis Gonzaga.

El celo español por sus nuevas posesiones en América no era ajeno a esta secta religiosa que pretendía instaurar el reino de Dios en la California. Allí, entre polvo, choyas, cerros pelones, piedras e indígenas que “en nada se distinguen de las bestias”, como el mismo Baegert decía, allí mismo, enfrentaría el inédito asombro del desierto. Destierro en el desierto.

Los bosques, la abundante vegetación de la Alsacia natal, impresos en su alma, ciertamente que entrarían en conflicto con el árido sitio en que ejercería de forma muy peculiar, su profesión de fe.

Los indios peninsulares no pueden tener más autoridad ni policía ni leyes. Juntos no poseen otra cosa que su cuerpo, su alma, su piel morena. El suelo viene a ser su mesa, su cocina, su comedor; los desiertos, serranías y peñascos, sus cortinas y tapicerías; los zarzales y espinares, sus parques y vergeles; los charcos de agua, siempre estancada, les dan espejos y salones enteros de cristal.

La inmensidad, los espacios abiertos, llevan a Baegert, constantemente, a leer la casa de la California. Las espinas las vive gozosamente, en maridaje con sus símbolos religiosos. Las asume como categorías existenciales a niveles de minuciosidad.

“En cuanto a las espinas de California, su cantidad resulta asombrosa y hay muchas de terrible aspecto. Parece que la maldición que Dios fulminó sobre la tierra, después del pecado del primer hombre, haya recaído de una manera especial sobre California; hasta podría dudarse que en las dos terceras partes de Europa haya tantas púas y espinas como en California sola. Cierta vez me hice el propósito de contar las espinas que había en un pedazo de mata espinosa. No conté menos de mil seiscientos ochenta. De modo que resulta, después de hacer la cuenta, que en una sola mata se encuentran más de un millón de espinas”.

Para el padre jesuita, el minucioso conteo de la penuria vegetal es también delicada habitación de sus bosques de la infancia. El desierto de California y el bosque de su natal Alsacia pierden sus antagonismos en la extensión del Alma.

“El ‘paloblanco’, el ‘uña gato’, el ‘palofierro’, etc... sentirían vergüenza al presentarse frente a un encino o nogal europeo. Sus hojitas son casi las mismas que las del mezquite”.

Una escasa tarde de nubes, mientras Baegert busca una vaquilla que sospecha ha sido robada por los guaycuras, al doblar una roca gigantesca, en la cima de un enorme cerro, se topa, a escasos metros, con un gigantesco venado. Por eternos instantes se quedan viendo fijamente bestia y hombre a los ojos. En los espejos negros del venado, Baegert pudo apreciar las imágenes de montes ancestrales, de frescos y lejanos manantiales, de extenuantes huidas, de persecuciones fatigosas, infinitas, carniceras. El astado, de doce puntas, saltó hacia atrás y sus ancas vigorosas como espléndidas grupas de muchacha, se alejaron entre las líneas movedizas del monté de vegetación chaparra, alterado ahora por una tenue nube de polvillo rojo. Una lluvia inusitada lo sorprendió arriba del cerro, mientras bajaba una penosa y angosta vereda, sembrada de piedras de distintos tamaños, matices y texturas. Tiembla la carne rígida de las piedras, mientras recibe su abrupta piel el agua de los cielos; sus formas juegan, se cincelan alegres; beben su propia sombra; son trasunto de espacio, falso tiempo. Recuerda el misionero las creencias de los guaycuras en el sentido de provenir de una piedra, según manifestaban algunos; otros, de un ave.

La sotana del padre se iba tornando a cada paso, más y más pesada; lo jalaba hacia el suelo, con insistencia. El padre terminaba fusionándose a la savia lodosa del monte. Savia que no tardaría mucho en volver a ser tepetate: sugerencia natural de la metamorfosis permanente de todo.

El aroma del barro, reseco hasta hacía unos instantes, se aliaba ahora con la fragancia suave y balsámica del romerío, al picante y amargo vaho de la goma de los mezquites y al dulce, sugestivo obsequio olfativo de la damiana. La visita de la lluvia abría los montes a una sinfonía de olores y fulgores.

El jesuita bajó corriendo los últimos metros que lo separaban de su choza, mientras a lo lejos veía a los indígenas que corrían y jugaban alegremente bajo la lluvia, entre el aura lumínica que sus cuerpos emitían.

Fue entonces cuando Baegert pudo ver con claridad que él era guaycura. Que el temor por él experimentado ante ese mundo nuevo lo disimulaba muy bien en el asombro y sus vaivenes expresivos,

entre la crítica implacablemente religiosa y el regodeo imaginico de tonalidades poéticas. Que su estatura intelectual y su vanidad europea le habían impedido verse reflejado en los modelos indígenas: corría también descalzo entre los cerros, comía una hierba aquí y otra más allá, no podía armar un breve discurso, era ágrafo, estaba lleno de temores a los caballos y a los rifles de los soldados del presidio, era mentiroso, piojoso, desentendido de sus hijos, polígamo, etc... ¡Qué espejo tan primitivo y tan moderno!

Todo sucedía en las primeras luces de su memoria con pasmosa identidad. Su respuesta ante la implacable limpidez de ese mundo primitivo y salvaje, que subrayaba el desierto, había sido la crítica de tonalidades evangélicas. Todo un caos solemne se le agitaba en el cráneo. Algo más lúcido que las ideas pugnaba por salir y ayudarle a comprender la inobjetable elocuencia del desierto.

## CASA Y TEMPLO EN LA CALIFORNIA



—Si, padre, es horrible. Murió desnudo, azotado, con flechas en el pecho, un crucifijo entre sus brazos y la cabeza le fue arrancada del tronco. El padre Lorenzo Carranco es un mártir más de nuestra Compañía, vaya usted a saber, padre Baegert, si antes de incinerarlo junto con sus pertenencias y las imágenes religiosas no sufrió otros vejámenes. Era ministro de la misión de Santiago, cuando en octubre de 1734 se manifestó la rebelión pericú.

El padre Lambert Hostell, originario de la provincia del Bajo Rhin continuó su relato al recién llegado. Relato que le había sido contado por el padre Clemente Guillén de Castro, quien de 1714 a 1719 fue misionero en San Juan Bautista Malibat-Ligüí, y a quien de 1734 a 1737 le había tocado la rebelión del Sur, como integrante de la “frontera” entre los insurrectos y los establecimientos misionales del Norte de la península.

—También vaqueros, militares y colaboradores de la misión fueron sacrificados; así como otros misioneros como el padre Nicolás Tamaral, encargado de la misión de San José del Cabo; destruyeron los sagrados utensilios de la iglesia indios como Gerónimo, Juan Andrés y Pedro, según consta en los reportes enviados a la capital de Nueva España. Todo rastro de la misión fue destruido.

—Pero, dígame, padre Hostell, qué pretendían los sublevados.

—Se diría que estaban poseídos por el mismísimo Demonio. No se resignaban al cambio de costumbres que la civilización les traía; a dejar sus costumbres paganas y su promiscuidad.

—¿Se extendió mucho la rebelión, padre Hostell?

—No mucho. Se localizó más bien al Sur de la misión de Nuestra Señora del Pilar. Y su actividad fue efímera. Líderes como Domingo Salvador Cunuam, alias Botón y Chicorí tuvieron una influencia

momentánea en sus comunidades respectivas. La pérdida de almas sería innumerable sin la presencia continua de los soldados y de sus recorridos por las ranherías. Ha sido valioso también el apoyo de los indios flecheros traídos de Sonora.

Los padres de la Compañía no imaginaban siquiera el profundo shock cultural que provocaba su presencia y que se manifestaba más abiertamente entre los peninsulares del Sur, los más inquietos y reacios al proceso de aculturación. La cultura venida de ultramar representaba para los aborígenes un proceso radical de destrucción.

El padre Hostell era sumamente amistoso con el padre Baegert y cariñoso con los indios. El padre Baegert recibiría de él las enseñanzas de la región y el aprendizaje de la lengua guaycura y era obsequiado constantemente con higos, uvas o frutas de la región.

Hostell, del mismo origen cultural que Baegert estableció con él grandes y duraderos vínculos que le permitieron a éste una rápida asimilación y comprensión de los nuevos rasgos culturales.

A su llegada a San Luis Gonzaga que se localiza a treinta y seis horas a caballo al Sur de Loreto, se encontró una pequeña iglesia destruida por una tormenta y una casa sin piso y a medio techar con paja, dos puertas, sin ventanas.

En una carta le informa a su hermano que reside en Alsacia:

La casa era un verdadero hoyo, sin más luz que la que entra por la puerta. La cubrí con loza que aquí se quema, instalé dos ventanas y la pinté de blanco, pero primeramente le puse cal, porque la hay muy cercana. Y por ello tengo una morada aceptable. También pinté el dormitorio de blanco y lo revestí con lozas que se encuentran aquí y allá. Entonces planté una pequeña huerta donde cultivo frijol, nabo, col, etc. y especialmente una cantidad de sandía y otros melones. En un pequeño terreno crece la caña de azúcar... También hay que saber que tengo en California, en mi misión, aparte de un rebaño de cuatrocientas cabras y ovejas, más de setecientas vacas, toros, bueyes, caballos y potros, corriendo por todas partes.

La misión de San Luis Gonzaga contaba con una nómina de 360 catecúmenos o neófitos, incluyendo las ranherías cercanas que estaban bajo su tutela, llamadas visitas.

Francisco Conuam, guaycuro originario de Los Dolores, quien había servido eficientemente al padre Hostell, se había convertido ahora en el brazo derecho del padre Baegert. Alto, fornido, con una mirada infantil y enérgica al mismo tiempo parecía adivinar los deseos del jesuita, constantemente.

Un albañil español venido de la misión de Los Dolores, auxiliado por Francisco Conuam, un par de guaycuros de San Luis y, de cuando en cuando, por el padre Baegert, se dieron a la tarea de corregir y reforzar los cimientos de la casa y de las adiciones que el padre deseaba se construyeran. Después de rezar el alabado y cerner algunos alimentos, se llevaban tres burros y traían piedra de los cerros cercanos.

Trabajaban parejo, sudando barro y polvo bajo un sol espléndido y calcinante. Una extraña energía los conminaba a trabajar alegremente, levantando poco a poco las paredes de esos recintos misionales.

El cuerpo del misionero se expresaba vivamente debajo de la sotana. Espalda y cadera calientes, vientre agitado, como los esbeltos miedos de los venados al bajar a beber en los arroyos. Un cuerpo ardiente y vigoroso ignorante deliberado de su propia savia.

Ese cuerpo entra al universo dominado por la luz. Llena el ambiente un sonido metálico claro y resonante, como un gong de plata que desplaza esa luz hasta los confines del día.

—Francisco, acuérdate de que las ventanas estarán bajas y angostas, ya que no hay madera para contraventanas y balastradas aquí, como te expliqué —decía el padre Baegert mientras le alcanzaba unos dibujos rudimentarios hechos en papeles, a manera de planos.

—Ni hay manera de pensar en ventanas de cristal en este país, Francisco.

—No, padre.

Pequeñas, robustas y firmes edificaciones veían su forma cada día más completa. Por las noches, sentados alrededor de una fogata platicaban interminablemente Francisco y el albañil español de apellido Cota, acompañados por otros catecúmenos

y por la persona del padre, no tan platicadora como ellos. Desde allí podían extasiarse ante el espléndido mapa celeste y contar las limpias monedas de las estrellas.

Tres años más tarde, durante una comilona para la que sacrificó tres bueyes e invitó a su gente, le contaba al padre Hostell, quien fue a visitarlo:

—El 10 de febrero de este año de 1757 empezamos a edificar la iglesia para lo cual trajimos piedras labradas desde cuatro horas de lejos, en mis propias mulas. La iglesia tendrá dos varas y media de altura por todos lados y otra cuarta vara de bóveda. Será construida enteramente de ladrillo, el cual hemos aprendido a quemar bastante bien. Y un medio círculo llegará desde la puerta hasta el coro en dos arcos de piedra labrada, muy parecidos a los arcos de un acueducto. No se puede negar, como comenta su Reverencia, que semejante iglesia, por lo largo y lo ancho tiene malas proporciones. Sin embargo, no se debe olvidar que en otra ocasión expresé que los artistas y artesanos de este país son como del primer año en que Dios creó a la California. Más de una puerta no es necesaria. No sé todavía donde obtendré madera y a un carpintero de talento.

Entre la indigencia vegetal de California, el grave templo se levanta frente al sol. El padre Hostell a invitación del padre Baegert, cantó la primera Santa misa el 23 de diciembre de 1758. Una nueva austeridad creció en el desierto adusto. Una borrosa acuarela se deja apreciar en el pequeño valle, entre cerros pelones. Un firme baluarte de la fe. Muros, torres, atrios, cúpulas, ábsides y gárgolas, son partícipes, son testigos del afanoso jesuita, de laboriosos indios californios. Elementos arquitectónicos casi rudimentarios, pero bellos que revisten y alzan dignidades supremas, más allá de la fe, más acá del hombre y sus palabras.

En el seno del templo, entre graves silencios y fervores excelsos, sobrecoge a quien entre un halo poderoso, ajeno al imperioso gesto de los dioses. Algo más allá de lo sagrado y mágico contiene la iglesia entre sus gruesos muros de piedras obsesivas. Ajena a muertes, persecuciones, lamentos y disposiciones; ajena al murmullo revuelto de los californios, al inconforme combate de sus carnes, al caos solemne que se agitó en sus cráneos.

En esta vasta soledad los sonidos de campanas penetran los tibios recintos de la arena, viajan hasta los lechos marinos; los altares crecen hasta alcanzar los cerros. Reza toda la tristeza vegetal, toda la penuria silvestre se une al vocerío de las plegarias indígenas, almas que susurran entre cactus, ascienden hacia las piedras altivas, conforman una sola, enorme, cruz en llamas.

La nave eclesiástica, el barco de la iglesia misional va a la deriva entre el polvo solar, crece por el infinito desierto. Sus velas baten luz. La majestad del desierto se impone y hasta la contundente luz no es más que un artificio de la aridez, la miseria geográfica tiene sus galas. Confirma la dignidad del paraíso.

Al otro día, a la orilla del ojo de agua, se encontraban instalados bajo una sombra el padre Hostell y el padre Baegert, y, mientras, contemplaban el asombro renovado del desierto, el alsaciano comentó:

—Este mundo de soledad, reverendo padre, me invita a la plegaria, a una extraña simbiosis con una música inédita.

—Sí, estoy de acuerdo. A mí me sucede, me ha sucedido desde que llegué a la California. Me parece que el cielo es la biografía de la luz.

—Hermano padre Hostell, me parece que soy la memoria anticipada de la piedra y del cielo. Pero esto también me lleva a temer un destino miserable para la Compañía de Jesús y para estos pobres indios.

—No diga eso, padre Baegert. Nuestra Compañía está constantemente convocada por las fuerzas de la fe. Y ella es invencible. California encierra una paradoja enorme. Su nombre sugiere bonanza, vegetación, paraíso terrenal. Y mire. Pero ¿no es esto un aviso, un mensaje cifrado del Señor?

—Tiene razón, padre Hostell, perdone mi imaginación desbordada. Pero me sucede algo extraño. Extraño y próximo. He descubierto en mí cierta temerosa superioridad en el trato que tengo con estas críticas. Nunca como ahora en que me he ocupado de la construcción de nuestro templo, había estado durante tantos días, observando y meditando frente a la inmensidad, frente a los grandes espacios.

—De joven navegué un tiempo por el Mediterráneo. El ras del agua hacía crecer los arrecifes, entre pájaros atónitos. De noche, el brillo de los filos salientes y el rumor nocturno de las olas me sobrecogían. De esa manera me siento ahora ante los territorios matinales de la California. Hay en este doloroso amor, un espíritu indomable por la vida, por sus potencias secretas, por sus potencias selectas, ancestrales, arcanas.

—Cuando regresaba a la vieja casa alsaciana, solía tomar una oscura y húmeda vereda que me conducía hacia una calle llena de gente y mercancías; bullicio de hombres que disputaban por mujeres, entre el olor a pescado y a humo de recientes guisos. Mientras más tarde era en la noche, más infame y miserable era el ambiente. Pero ahí sentía purificar mis sentimientos y mis ideas aclararse. Mar, mesón, casa, cantina y burdel formaban una rara sinfonía vivencial.

—Yo sabía, padre Hostell que en Europa la interpretación de estos mundos, aún antes de ser descubiertos, ya había fructificado. Pero ahora lo encaraba. Encaraba al otro yo. El otro yo que se erguía frente al ego occidental. Al ver los ojos de los californios; recibir sus miradas de ferocidad indecisa, entendía que el otro yo que representaban ya estaba instalado en el espíritu universal, pero los orgullosos europeos se empeñaban en negarlo.

El padre Hostell bajó la cabeza y un denso silencio se dejó sentir.

—Bueno, padre Baegert, lo dejo. El camino es largo y usted seguramente desea iniciar el reacomodo de sus pertenencias, y terminar de instalar la iglesia y hacer la verificación de su inventario.

—Espero que eso no nos lleve mucho tiempo, padre Hostell, ya que Francisco Conuam, Matheo de la Pasión y Juana, su mujer, me ayudarán. Dios lo acompañe, padre. Espero que pronto podamos ir a visitarlo.

Empezaron por cargar la bolsa de los libros para acomodarlos en el librero hecho con madera de choyas. Su biblioteca constaba de pocos pero indispensables libros: Teología moral del padre Antonio y los 4 volúmenes de los sermones del padre Colombiere, La Biblia Sacra, Vidas de Santos, de Fiamma, Historia de jesuitas.

Gramática española de Faustino, Historia poética de Gautruche, Teología escolástica de Boydin, Vida de San Luis Gonzaga, Elucidario poético, La apología de la Compañía, un manual para administrar sacramentos, varios cuadernos de sermones, panegíricos y cartas pastorales. Algunos de estos textos los traía el padre Baegert desde Lyon.

Juana se hizo cargo de verificar la lista de las vestiduras y demás utensilios de la sacristía, así como dejar debidamente ordenado y acomodado todo, listo para ser utilizado en su oportunidad:

Un frontal nuevo, de terciopelo negro, con punta de oro, ancho; otro, de persiana verde con flores de seda y oro, con galón de oro fino. Una casulla aviada con todos sus necesarios de manipulo, estola, paño de cáliz y bolsa de corporales de persiana verde, con flores y galón de oro fino; otra de tisú, muy clásica, con galón de oro fino. Una capa de coro, blanca, ya usada, con flores de plata y seda y punta de oro; otra nueva. Tres paliás de tisú con flores de oro y plata, con punta de oro, anchas, guarnecidas. Dos camiseta y capilo para los bautismos, de Bretaña, con su encaje y una toalla ya servida para el mismo, y dos paños de cotense para las manos. Tres estolas para administrar; una azul y las otras dos de dos caras: blanco y morado y blanco y negro.

Dos cálices: uno labrado y sobredorado de plata con su cucharita y paterna de los mismos, y el otro pequeño, también con su cucharita y paterna. Un par de vinajeras de plata con su plato. Una custodia de plata, sobredorada, de dos tercias de alto. Dos capones: uno grande de plata, sobredorada por dentro, con un capillo de tela y fleco de plata y otro más pequeño para llevar el viático. Una vara de cruz de plata para el guión. Un acetre para el agua bendita con su hisopo, todo de plata. Un incensario con su naveta y cuchara, todo plata. Un hostiario y una concha para bautizar, de plata. Una lámpara mediana. Tres misal es. Una palangana de cobre para lavarse las manos. Tres hierros para hacer hostias. Dos cajoncitos de madera con tres redomitas de cristal cada uno, para traer los Santos Oleos. Seis blandoncillos y nueve candeleros de cobre. Un vaso grande de cristal, para el comulgatorio. Un armario grande, con cinco cajones para guardar los ornamentos todo de

madera. Dos aras consagradas. Un sobrealtar de cotense forrado de manta. Una cortina de raso de china, ya maltratada, para cubrir el altar (Semana Santa). Dos ruedas de campanilla y dos de mano para el altar. Cuatro arandelas de madera con sus cubitos para poner luces en la iglesia. Dos atriles para el altar, uno de madera y otro de carey. Tres sillas viejas, de espaldar y una casi nueva con sus rejillas para confesionario. Dos campanas, ya instaladas, una grande u otra chica. Una arroba y media de cera de Castilla, labrada y nueve libras por labrar. Dos onzas de seda, dos onzas de punta de plata, fina ancha, tres onzas y media de galón de oro fino, dos onzas de torzal y viso y relumbrón de oro fino, dos onzas de encaje angosto. Cuatro relicarios grandes, falsos y medio descompuestos. Una porción de cuentas grandes de rosario, benditas. Una plancha de hierro. Una cruz grande, de hierro.

El padre Baegert terminó de ojear La apología de la Compañía, volteó a ver con cierto detenimiento a Francisco y a Matheo, luego procedió, junto con ellos a verificar la existencia y el orden de los utensilios de la casa del padre que ahora contaba con un amplio corredor de palma a cuyo cobijo disfrutaba de la lectura vespertina.

Tres lienzos de pinturas con advocaciones de santos. Tres sillas. Dos mesas de madera. Un reloj de ruedas de metal. Un relojito de arena. Una cama de lías de res, la que utiliza el padre Baegert y tres catres más que se encuentran doblados y recostados sobre la pared. Un caldero para el agua. Cuatro chacuales para beber agua. Cinco cucharas, tres tenedores, tres cuchillos de metal. Cinco platos planos y tres hondos, de metal también. Una mesa escribanía de madera con dos cajones. Un calentador o jarro de cobre estañado. Una bacinica de metal. Algunas ollas, cazuelas y cajetes hechos en la misión. Tres pares de zapatos bajos y dos abotinados. Un cajoncito con varios medicamentos, purgas, aceites y yerbas medicinales. Un camal de hierro y un asador. Una batea grande de madera. Cuatro sartenes. Seis metates. Dos descarnadores. Dos balanzas. Dos petacas mexicanas. Cuatro ollas de cobre, grandes. Dos cucharones grandes, de metal.

Más que por verificar la existencia de los pocos objetos con que contaba la misión, deseaban saber el sitio exacto en donde

se encontraban las cosas, ya que habían sido recogidas y puestas todas juntas en una de las habitaciones con motivo de la encalada que se le dio a toda la casa días antes de la primera misa.

Se trasladaron a una pequeña construcción aldeaña, hecha de tabique cocido al sol, que servía como granero y cuarto de herramientas, para acomodar y establecer los lugares precisos de las cosas, tal y como le gustaba al meticuloso padre Baegert.

Dos lunetas de hierro para coger ganado cimarrón. Seis martillitos para labrar pedernales. Doce machetes. Cinco hoces de segar. Seis pares de espuelas. Seis ternos de hierro de silla vaquera. Seis pares de estriberas de hierro. Dos barrotes de caldereros. Diez hachas. Doce azadones. Cuatro palas. Seis picos. Veinticinco escardillos y diez coas. Setenta clavos grandes. Dos coyote ras de hierro. Tres fuelles de mano. Un yunque y una bigamia. Un tornillo de herrería. Doce limas de metal, de distintos tamaños. Diez punzones. Ocho cinceles. Un taladro. Tres tenazas, dos cortas y una larga. Dos rollitos de alambre. Cuatro asierras, dos grandes y dos chicas, braceras y de mano. Cuatro garlopas, tres junteras, siete cepillos, dos compases. Treinta escoplos y gurbias. Niveles, mazos, escuadras, serruchos, cartabones, rayadores, dos de cada uno. Para albañilería, tres de cada una: cucharas, picaderas, escuadras, niveles, plomadas, varas de medir. De las cosas de arriería: catorce aparejos con atarrias, cinchas y sobrenjalmas de ixtle. Doce sobrenjalmas de ixtle, de reserva, y ocho mantas de ixtle también. Un hierro de herrar ganado. Dos artesas grandes de madera. Una prensa para hacer quesos. Un tarro de madera para ordeñar. Tres tinajas aguadoras para la leche de que se hacen quesos.

Con estas cosas que se habían ido acumulando poco a poco se enfrentaba el quehacer cotidiano en el microcosmos del padre Baegert. Cada objeto que tocaba le proporcionaba un nuevo pulso del mundo, un ritmo diferente de la vida, pero cuando él vivía más intensamente esas sensaciones era cuando estaba dentro del templo. Todos los objetos cobraban para él nueva dimensión, cada uno de ellos tenía una personalidad.

Ni siquiera su capa blanca de persiana con galón de oro ni la más gastada de tafetán las sentía de la misma manera. Su alba de

Cambray, bordada, sus corporales sencillos y los cíngulos de tela de plata y de seda, sin bordar, los pañitos de bretaña para el sudor, los blancos para secar las manos, su misal de terciopelo con chapa y cantoneras de plata. Todo cobraba vida. Sus propias huellas estaban impresas tibiamente en su ropa de liturgia, en los libros. vinajeras, en los hierros para hacer hostias, en los cajoncitos de madera donde las guardaba, en los candeleros, en las campanitas de altar, en el único vasito de cristal para purificar los dedos, en el bautisterio, en la copa de plata para los comulgantes, en fin, todo aquello en que sus manos se posaran frecuentemente, poseía ya, como objeto propio, las huellas del misionero.

Huellas que ahora se levantaban y danzaban frente a él, se le untaban al cuerpo, se posaban frente a sus ojos. Luego, toda la ropa de la liturgia y los utensilios salía al monte. Se instalaba en el cerro haciendo un nuevo paraíso para el canto, su sotana iniciaba con ellos largos diálogos, largas representaciones del drama y la pasión, del asombro y el descubrimiento. Esa sotana, desgastada por el sol del desierto, la preferida por el padre Baegert, era la más audaz, la que se atrevía a desafiarlo y a enfrentarlo a sí mismo. La sotana que vagaba sola por los montes, mientras el jesuita descansaba, la que gustaba de ir a visitar las pinturas rupestres, la que armaba los remolinos silenciosos en el seno del templo, entre las rústicas bancas de mezquite, la que gustaba de hacer arder pequeñas hogueras en el fondo lejano de los montes, era más carne que su propia carne, sería tal vez su mortaja.

En el corazón rojo de la pitahaya que guardara el padre Baegert encontró un cajoncito de carey, con un niño muy pequeño en su interior, quebrado en cuatro pedazos. Su mente quedó en blanco. Este cajoncito lo cuidaba celosamente, junto con una urnita de cristal en la que guardaba reliquias. ¿Cómo había llegado al corazón de esa fruta silvestre? ¿cifra de qué mundo había en ello?

## HIJOS DE LA TIERRA. POLVO NEGRO DE LA VOZ



Leer y escribir diariamente le permiten mantenerse en contacto con su cultura original. Sus cartas, informes y registros de vida cotidiana. Era parte esencial de su profesión de fe. Los libros le auxiliaban para responder a muchas dudas y a reiniciar sus cuestionamientos, sus enigmas. La lectura le reordena el ritmo de su respiración, equilibra nuevamente sus latidos, le da capacidad para encarar con todos los poros de su cuerpo a ese sol de hormigas, a ese universo reseco de tanto amor.

El misionero, por las tardes, después de la siesta, suele registrar en un grueso mazo de papel, sus observaciones sobre la vida en California.

“El desierto en sustancias se repite, como la arena, en infinito pulso. El polvo, otra forma del canto, otro callado y numeroso pulso de la memoria inútil, enfático reflejo de la materia efímera del hombre”.

Las dinámicas márgenes del desierto le sugieren un mundo nuevo. La escritura tiene límites que son metáforas que dan luz a nuevas comprensiones, límites que se deshacen y rehacen continuamente.

En aquellas vastas soledades, la mano del jesuita recobraba el poderío magnético que existe entre los dedos y la palma de la mano. Presente, pasado y futuro: danza del tiempo y el espacio; diálogo de los tiempos; gesto, caricia, movimiento, profecía, anunciación, renovación, vitalidad corporal a través del batallar reflexivo de la mano.

Una mano transparente escribe. La mano poseída por el espíritu de las cosas atraviesa la mesa, baja y palpa todos los latidos del mundo, encarna las doctrinas secretas del cosmos. Corre la

escritura del padre Baegert en su sueño lúcido y trascendental: toca sombras rojas, recorre siluetas negras; asume luego ambos colores y brilla mientras recorre el espíritu que la domina. Escribe:

“Los hijos de los californios tan pronto pueden caminar son dejados que vaguen semanas enteras por donde y con quien quieren, sin ver la cara de sus padres por muchos días, y sin que estos se preocupen ni pregunten por ellos.”

¿Abandonan a sus hijos?

No, no los abandonan. Los entregan a la tierra, a los cactus, al monte. Como ellos, son hijos de la tierra; hijos de los hijos de la tierra. No está abandonado quien no es más importante que la plena soledad de las piedras, la infinita libertad de las altas nubes.

El polvo negro de la voz del guaycura no expresa palabra ni canto articulado: es el vaho vital del desierto, pero que cada ser lo manifiesta en tonalidad distinta: el terco verdor de las cactáceas, la bruñida plata de las lagartijas; el paciente ocre de las piedras, el inobjetable azul del cielo, las sábanas volantes de la arena. Más allá de las inútiles explicaciones eruditas, están las lecciones de la sabiduría de la vida. Se imponía en los californios el idioma de los cuerpos, la sintaxis de la imagen, los recursos expresivos del sueño, la lengua en los reflejos, la salada elocuencia del sudor y del llanto, el dulce obsequio de la saliva, el grito mineral de la sangre y sus deguellos. ¿Qué se dirían entre sí los espléndidos desnudos de los guaycuras, al amparo del intensísimo color negro de sus largas cabelleras?, si estaban ahí como la fruta. ¿Cómo hablar con la lluvia y decirle más que los regocijos del baño pleno y los relámpagos que los cuerpos desnudos emitían? ¿Qué se dialoga con la sagrada majestad de las montañas, con esa autoridad natural, que no viene del mando?

Poseía el guaycura un limitadísimo aparato verbal porque conversaba más plenamente con su piel, con el sudor de su espalda hacía diálogo con el desierto, con los ojos conversaba, con sus movimientos, con la risa amaba y vivía intensamente todo lo que le rodeaba.

La mejor respuesta a los mensajes del sol, de la arena, de las espinas, era el calor de sus vísceras, sus pulmones porosos, vibrantes, jadeantes, rojos, la carne alucinada, el intenso brillo de sus ojos, el desesperado sudor de sus sexos. Un diálogo biológico que no requiere de expresiones categóricas, frases, disimulos de sabiduría. El cosmos se expresaba en los dialectos corporales. La abrumadora eficacia de este lenguaje hacía elemental la palabra, diminuto y ridículo el discurso, absurda la razón, mudo el axioma y el aforismo estéril.

Los animales escuchan, las piedras oyen, las plantas reaccionan a los sonidos; todo percibe la sabia naturaleza para responder con todo el cuerpo.

Había amor hasta en esa tierna carne del niño guaycura que, como muchos otros, moría "solo" en el monte: había amor en el instante mismo en que esa carne era desgarrada por los coyotes: el agradecimiento por la satisfacción de lo que la materia viva siente, y conocemos como apetito. Carne que se alimenta a sí misma, tierna, dulcemente; aún en la violencia del desgarramiento, de la herida y de la sangre sobre el suelo candente, como la ofrenda rojo violáceo del corazón vegetal de las pitahayas.

Liberados de los daños de la cultura verbal, de la cultura de la razón razonante, los guaycuras no creían porque ni siquiera tenían que pensarlo, en el mito de la bastardía o en el opuesto complementario: de la "legitimidad": dos concepciones de la propiedad sobre los cuerpos y sobre las almas; una de las primeras aberraciones de la cultura que venía de Europa.

¿Quién es el hijo natural del mar? ¿De quién es hijo "legítimo" el gato montés? ¿Quién es el padre "legítimo" —gran señor creador— del guaycura?

¿Qué cifra cultural había en la imagen de los guaycuras, con los enormes falos erectos, bailando bajo la lluvia, y al dejar de llover, los brillos de esos penes, que permanecían erguidos un tiempo inusitado, alternaban con los brillos de los cardones?

A este asombro unía el padre Baegert la visión de las mujeres guaycuras, muchas mujeres jóvenes, de 14 o 15 años, desnudas, preñadas todas, bajo el sol crepitante; sol que brillaba alegremente en sus pubis negrísimos.

El californio estaba hecho, como en toda autenticidad originaria, de una materia extraña; en ella se aliaban la sombra y la energía. Estaban hechos de noche y luz solar. Por ello su familiar deambular en el implacable desierto y en la sinuosa noche, no expresaba padecimiento ni desconcierto alguno, sino una sabia constitución, pues un sabio discurso contenía la ancestral memoria de su sangre.

A través de sus cráneos cristalinos no se veía el torpe batallar de las ideas, sino las escenas y los escenarios del desierto, los secretos y espléndidos lugares de la noche, los abiertos e inenarrables encuentros de los cuerpos desnudos a la orilla del monte o entre la maraña espinosa de los cactus. Podían verse en sus cráneos los peces de los abismos californicos, los lienzos interminables del aire; se veían los falos que se transforman de lagartijas a serpientes y exploraban los cielos interiores de los cuerpos morenos de las indias, y, al extraerlos, como de sus naturales fundas, millares de estrellas ascendían a la noche, salían con gran velocidad de tan dulce agujero negro del universo carnal.

Eran hombres-sol. Hombres con cabeza de sol. Figuras puro cuerpo, pura silueta encendida en su propio sol. Máscara de polvo, máscara de niebla, máscara de lluvia, de cristal, máscara. Máscara de espinas, máscara de máscaras.

“Por ello y a pesar de su incapacidad y poca inteligencia, son muy ladinos, y con mucha frecuencia dan pruebas de una astucia perfecta: vender al misionero sus gallinas cuando empiezan a sentirse enfermos y luego no querer comer otra cosa más que gallinas, mientras le queda una al misionero en su gallinero; fingirse el prisionero moribundo y pedir los santos viáticos, para que, de mera compasión, se le quiten los grillos y poder escapar; robar de mil maneras al misionero y querer confesarse para que la sospecha no caiga en él, por haber dejado abierto el armario, y para que, durante su confesión, el compañero del ladrón tenga tiempo de cerrar la puerta; inventar una falsedad y producirla muy en serio ante el misionero, para hacer fracasar un matrimonio y poder pasar la novia a otro; estas y otras cien son bribonadas que efectivamente me sucedieron y que comprueban que los californios

no son bestias y que, si su egoísmo y las circunstancias lo piden, pueden también raciocinar cuerdamente”.

Así se expresa también el batallar de nuestras culturas, la resistencia al cambio y el apropiarse de los recursos del otro para trascender las limitaciones del momento e incluso obtener ventaja de ello.

A veces me siento un intruso, que observa a estas criaturas con suficiencia temerosa, con superioridad insegura y que nuestra idea de cultura que les tratamos de imponer generará efectos desastrosos. Hoy que me ocupo de esta tarea misional en este alejado rincón del mundo, en un tiempo fuera de mi tiempo, en un tiempo prehistórico he tenido que reflexionar como nunca en mi yo y en el del otro. Esto me ha conmovido profundamente. Me siento distinto, aunque muchas veces no lo acepte.

## OBRA DE GIGANTES



Al salir del mar ocupaba todo el paisaje como un ave lenta. Sus hombros firmes ascendían: después, sus brillantes senos, su cintura increíblemente breve, y, finalmente, las columnas poderosas, guerreras: y, altiva, magnética la triangular mata de pelo plateado, fulgurante, desafiante, presidiendo las piernas.

—Debemos apurarnos a llegar a San Ignacio Kadaakaaman. Mateo de la Pasión.

—Sí, padre Juan.

—¿Qué ocupa tu atención al grado de hacerte de tan lento avanzar? Los caballos y las mulas necesitan un poco de reposo. Empieza a oscurecer.

—Recordaba el día que conocí a Juanita en las playas cercanas a San Ignacio, padre.

—Ya llevamos quince días fuera de la Misión de San Luis Gonzaga. Espero que Francisco sepa resolver todos los asuntos que se le presenten. Confío en ello.

—No sabía que fueras un buzo tan capaz, querido Mateo.

—Sí, padre, recuerde que de eso vivía cuando conocí a Juanita.

—Sacaste varias conchas con perlas al bucear en isla del Carmen. Recibe mi bendición por donarlas para el altar de la Virgen, hijo. Sólo he conocido otro buzo tan bueno como tú para el oficio y que me viene ahora a la memoria. Un andaluz de origen, de profesión herrero, y soldado de California después. Aprendió a bucear de los indios y con ello se enriqueció, después de 30 años. Pero no te supera en generosidad este llamado Manuel de Ocio, quien era conocido más que por su carnicería, comercio y minas, por su increíble tacañería. Es el único que vende a sus compañeros y a los trabajadores de ellos, no sólo la carne sino todas las telas y mantas y tabacos y trapos viejos con que se visten ellos y sus familiares, y con que pagan a sus peones. Este herrero, soldado, buzo y ahora minero,

ganadero y comerciante, junto con 4 o 6 gambusinos, soldados jubilados o antiguos vaqueros, se fueron a diversos puntos de Santa Ana y San Antonio a buscar plata. En Santa Ana se accidentó el padre Nápoli, quien se mudó de allí a fundar la misión de Santiago.

—Nunca había estado antes en esa isla, padre. Se me hizo un lugar como de sueño. Su extensa planicie de sal frente al mar parece una prolongación del brillo marino. Blanca, hermosa, limpia y pura, y cómo brilla. No deja que uno se acerque a cortar un trozo; a menos que sea muy temprano, o ya cuando el sol se acerca al ocaso.

—Sí, hijo, esta salina es un obsequio de Dios. Una riqueza que pocos disfrutan.

—Pero lo que me llenó de sorpresa y de gratitud con el Supremo Creador es ese extraño y fascinante pez que encontramos muerto a la orilla del mar con esas dos protuberancias en el pecho, como si se tratara de una mujer, de una sirena o de un “pez-mujer”. Ya el padre Ignacio Tirsch me había platicado que unos buzos extrajeron accidentalmente un pez, si no igual, parecido o semejante, al que él bautizó como “pez-mulier”.

—¿No será ese pez el que provocó la leyenda de las sirenas, padre?

—No sé, hijo. Lo que sí te puedo afirmar es que es muy grande la obra del Señor.

—Padre, padre, me pareció ver entre aquellos cardonales, un grupo de sahuaros.

—¿Dónde, Mateo? No veo a nadie. ¿Sahuaros, dices?

—Sí padre, ¿No tiene noticias de ellos?

—No.

—Son grupos nómadas del desierto, es muy frecuente verlos por esta zona de San Ignacio. Se comunican con silbidos, ademanes, muecas, o mueven los pies marcando líneas en la caliente arena. Algunos viven en las faldas del volcán de las Vírgenes, donde se localiza la cueva de las manos del fuego rojo. Tienen varias mujeres y más que eso: no vacilan en preñar hijas y nietas.

—¡Dios! No digas más. Parece que no se trata de ellos ni de nadie. No quisiera encontrármelos en este momento. Allá se ve ya la misión de San Ignacio Kadaakaamán, bendito Dios.

–Mire, padre, viene a nuestro encuentro el padre Joseph.

–Si hijo, ya lo vi: no grites. Se un poco más prudente.

–Como puede apreciar usted, padre Juan, este esqueleto humano es extraordinario.

–Increíblemente extraordinario. ¡Alabado sea Dios! Debe medir entre 4 o 5 varas, aproximadamente.

–Un catecúmeno, como de 30 años de edad, lo descubrió al adentrarse en este paraje durante la persecución de un venado. Como ve, le faltan algunos pedazos del cráneo y las costillas, así como de una pierna, pero aún así puede apreciarse su estatura.

–El padre Francisco Escalante, misionero de Santa Rosalía, dice que entre sus catecúmenos es voz común de los ancianos conservar, generación tras generación, la noticia de gigantes que vinieron de la parte del Norte, los cuales pintaron en cuevas del territorio de la misión referida. Algunas de las pinturas de esas, cuevas son tan grandes que pueden medir hasta quince varas de largo, ocho o más de ancho y estar instaladas a diez de alto, como “La cueva pintada” que le llaman los naturales, y que usted ya conoce.

–Padre Joseph, estoy realmente conmovido por ese portento que pudimos apreciar hace algunos días, al visitar parte de la sierra de San Francisco. ¡Cómo le agradezco su hospitalidad y guía por estos parajes de Dios! Al observar, maravillado de la grandeza del Señor, la monumental y espectacular pintura de aquella enorme cueva, en las alturas de la sierra, me inclino a considerar que es obra de gigantes, no digamos que únicamente por la estatura física de sus creadores, sino por la dimensión humana, increíble en seres de tan antiguo origen.

–Sí, reverendo hermano, “Cueva pintada” le llaman sus catecúmenos a esta portentosa galería alargada y angosta, de más de 200 varas de longitud y que corona el cañón de Santa Teresa. Cientos de figuras componen ese gran mural. Como varias de ellas están pintadas a una altura que desde el piso de la cueva alcanza las diez varas, esto ha hecho escuchar la versión de los gigantes. ¡Qué gran espíritu de libertad y comunión con Dios se percibe allá arriba!, al borde del acantilado de caída vertical y que permite ver el fondo de la cañada, allá. sesenta y cinco varas abajo. De pie, a la entrada

de la cueva, levanta uno la cara y se abre ante nuestros ojos un horizonte de cerros, nubes, palmeras y filos de luz del agua de los arroyos.

Desde gran distancia puede contemplarse ese gigantesco trabajo pictórico, cuando se aproxima el andante a través de la cañada: imágenes humanas de grandes proporciones, algunas de más de cinco varas, otras de menos de una; seres con los brazos en alto, en colores negro, rojo, amarillo y encarnado, parecen darnos la bienvenida junto con figuras de venado de gran dinamismo.

—Así es, padre Baegert. Veo con satisfacción que usted es un gran observador y que apreció con atención y cuidado estos tesoros naturales. Es indudable que estas imágenes poseen una gran carga religiosa, desde luego, sentida a la manera de estos primitivos pobladores. Estará de acuerdo conmigo, una vez que visite La cueva de la Serpiente, en el arroyo del Parral. Permítame anticiparle que, doce varas por encima del arroyo, se encuentra esa cueva que contiene una pintura de once varas de largo: enorme serpiente con cabeza de venado.

—¿Serpiente con cabeza de venado? Es de sueño, ¿no?

—Sí, padre. El cuerpo de la serpiente está coloreado con rojo y delineado con negro. Este largo y sinuoso cuerpo se encuentra rodeado por un sinnúmero de figuras humanas, como en actitud de caza, así como imágenes de algunos animales marinos.

—Seguramente que los colores que vi y los que usted menciona se obtienen de materias minerales, volcánicas, que se encuentran en esta región. El rojo y el negro, según tengo noticia han sido utilizados para ritos paganos por los pueblos de distintas regiones del mundo.

—El catecúmeno a quien usted bondadosamente le pidió que nos sirviera de guía, con su sabiduría de la región y su disposición de servicio nos fue imprescindible para que Mateo de la Pasión y yo pudiéramos adentrarnos en la sierra de San Francisco. Nos prestó mulas y burros descansados, nobles criaturas del Señor que nos llevaron en paz a través de este país pedregoso y extenuante.

—Bien, hermano Baegert, pero estará de acuerdo conmigo que la sierra de San Francisco es realmente una fortaleza natural:

formaciones volcánicas al centro de una serie de planicies, como explanadas que conducen a un gran templo. Del centro de esa gran materia volcánica salen varias cañadas hondas, que, al mismo tiempo son accesos a la sierra.

—Pareciera, hermano Joseph, que la mano de Dios hizo la colección más increíble de murales pintados por la mano de los primeros pobladores y luego decidió, en su infinita sabiduría, resguardarlos en esa fortaleza recia y majestuosa. Uno estos sentimientos a los que experimenté al visitar, siendo joven, las cuevas pintadas de Francia y España. Pero estas son muy distintas. De esto no se sabe en Europa. Cuando se enteren los estudiosos, seguramente que dará esta visión para hondas y complejas meditaciones sobre el arte antiguo.

Pintura rupestre de un tiempo en que nadie entendió ni su hábito era comprender sino asombrarse. Un tiempo que nadie entendió como tal sino que registró deseos, corporales, apetitos, propósitos, pero ante todo, una profunda corporeidad de piedra, su fusión visceral a la roca y a su prestigio cálido, a lo rudo, a lo áspero resistente al sol y a la noche. Registraron deseos ancestral es de ser testigos del mar, cómplices del viento, compañeros del sol; registraron goces epidérmicos del brillo lunar; pintura de un tiempo que a nadie preocupaba contar. Millones de huellas se plasmaron sin pintarse en sus rocas. A la pintura se aliaron los alientos, hombres de brazos y piernas abiertas, como lagartijas, el calor de los cuerpos, los sudores; los ojos quedaron en lo profundo del color, en la esencia del calor de las palmas de las manos; el rayo que rajaba las rocas, el temor majestuoso de los cerros, la sangre caliente de bestias y hombres, el grito vegetal, la orgullosa presencia del venado, los ojos de agua, el oro, la plata de las vetas, el olor de mujer, el vuelo de las aves, el eterno desplazamiento de las serpientes, el asombro ancestral del fuego, la fusión de crepúsculos y amaneceres, el humor del macho, los espasmos del grito, el dolor del parto, el bultoso desplazamiento nocturno de las ballenas, los vértigos del coito, el mágico proyecto futurista del desierto, el temor al mar, la tortuga milenaria: la memoria involuntaria de las

pinturas de los cerros. Memoria para exaltar la dura majestad de la piedra; para revitalizar el fuego, lo humano.

Los esqueletos de estos palacios llenos de pájaros son rebel-  
día de la luz fósil, grito por no ser sólo trama aleatoria de un cuer-  
po pétreo, sanguíneo sino vitalidad telúrica, danza y celo en  
crescendo, palabra en acción rítmica hacia el cosmos. Los palacios  
de la pintura en las rocas traman una arquitectura de la eternidad.  
Nuestra morada perfecta.

## LA SEGUNDA COSECHA Y UN VIENTO PAREJITO



—Hermano Juan Jacobo, antes de que regresen usted y Mateo de la Pasión a San Luis Gonzaga, quisiera que intercambiáramos información acerca de algunos árboles, arbustos y yerbas, así como de sus propiedades medicinales.

—Pues aquí le traigo unas semillas de “Palo fierro”, que bien se pueden utilizar en lugar del café, más con el propósito de que las siembre. Florecen por mayo y junio. Es un árbol chaparro con ramas de espinas largas. Su madera es muy dura.

—“Agigandú” le llaman los cochimíes a este árbol ¿verdad? “Palo chino” le nombramos nosotros.

—Sí, padre. En estas laderas del arroyo se dan con mayor abundancia. No son muy altos, como puede apreciar. Dos o tres varas de alto. Se pueden encontrar algunos hasta de cinco varas de altura. Echan unas vainas de dos o tres dedos de largo, delgadas. Contienen las semillas, muy parecidas a las del trigo, quizá un poco más gruesas. Por abril o mayo se pueden ya cosechar y con estas semillas se puede obtener una harina comestible. Lo mismo que las vainas del mezquite; las hojas de este árbol sirven de alimento al ganado.

—Y esta hierba, parecida al mezquite, llamada “Mezquitillo” ¿Sabía usted que sus raíces sirven para teñir las gamuzas de las pieles de venado? Les dan un color acaramelado. Y esta planta, más chaparra aún, casi pegada al suelo, los naturales llaman “Verdolaga”. Nace por dondequiera, después de las lluvias de otoño. Apigalaa, como le llaman los guaycuras a esta época. Es comestible. He visto a algunos indios comerla en cuatro patas, como las bestias. Si se cuece adquiere un sabor muy parecido a la acelga.

Este arbusto, “Cabello de ángel”, sus hojas y toda la planta sirven como forraje, lo mismo que este árbol llamado “palo verde”,

por el color de su tronco. De éste sirven para el mismo fin, hojas, semillas, yemas o retoños, sobre todo durante marzo y abril.

La cholla, tan abundante aquí, cuyos frutos, pulpas y yemas son comestibles para los humanos y para el ganado, florece en abril y mayo.

—El “Lomboy”, padre Baegert, este árbol de tronco y ramas blandas da un jugo lechoso que es medicinal. Cura el mal de ojos y sirve como cicatrizante.

Este “Cardón barbón” con su savia tiene un principio activísimo de cicatrización. Monos y muñecos hacen los californios con la pulpa henchida y generosa de los cactus.

—Padre Joseph, esta planta, tan parecida al maguey que trajimos de Europa es Aloe o Mezcal, como lo llaman los mexicanos. Es comestible, muy sabroso y se aprovecha todo el año. He visto que lo preparan los indios quitándole todas las pencas, y luego, los cogollos tienen que estarse asando algunas horas: enseguida, los californios los entierran doce o veinte juntos, en un agujero muy hondo, y allí los cubren con cenizas y piedras calientes y tierra. Al día siguiente, quince horas después, sacan el entierro. Ahora las cabezas, antes blancas, han adquirido un color oro y han quedado muy tiernas. Se puede disfrutar incluso como postre. A quienes no están acostumbrados a ingerirlo, puede causarles diarrea.

Con la pitahaya dulce, con su fruto, se puede hacer una bebida muy similar al vino, además de ser un postre excelente. En el mes de junio es común disfrutar de un paisaje alegrado con verdaderos gritos vegetales. Una gran exaltación de la intemperie. Y durante julio y agosto, en majiben (soles plenos) se puede cosechar la pitahaya agria, igualmente rica.

—Sí, padre Juan Jacobo, buen vino. Como ese otro que se hace de mosto hervido en un caldero y reposado por un año o más en botella que adquiere un sabor a los buenos vinos europeos.

—Volviendo a las pitahayas, padre Joseph quisiera relatarle algo que vi entre los indios de la misión de San Luis Gonzaga, durante los primeros meses de mi llegada, pido permiso y perdón por lo que vaya relatarle, ya que es verdaderamente atroz y asqueroso. Lo hago porque es la mejor evidencia de la voracidad

y miseria en que viven los californios y de cómo necesitan la bendición de Dios.

Las pitahayas, como usted sabe, contienen una gran cantidad de semillitas, como granos de pólvora que el estómago no digiere y que evacúa intactas. Para aprovechar estos granitos, ellos juntan en las épocas de las pitahayas todos los excrementos, y recogen de ellos la mencionada semilla, tostándola sobre piedras calientes y moliéndola luego para comérsela, entre bromas y risas. A esto llaman los españoles la segunda-cosecha. Todavía ahora, después de vanos años de frecuentar la misión, los indios no pueden apartarse de esta costumbre.

—Padre Baegert, yo he sido testigo de algo igualmente increíble, en la misión de San Ignacio y otras que se localizan más al Norte, hay gente que se traga doce o más veces el mismo trozo de carne, amarrado con un hilo, y doce veces lo vuelve a sacar, jalando del hilo, como se jala un pescado, para saborear la carne mejor y por más tiempo.

—¡Alabado sea Dios! Comen raíces y hierbas, hojas de nopales, cierta clase de maderas tiernas, como el “Palo blanco” durante marzo y mayo, cuero curtido y sin curtir, correas viejas, huesos de pájaros, ovejas, chivos. A veces hasta zapatos viejos machacados entre dos piedras. Lo que sea con tal de vencer el hambre negra.

—Bendito sea el Señor, hermano. Pero continuemos con nuestro paseo y comentarios sobre las plantas. La hierba “Inciense” ¿se da por San Luis?

—Sí, padre Joseph. Además de ser aromática y útil en la iglesia, es medicinal; la hoja es muy buena para los dolores de cabeza y musculares, si uno la ha puesto a fermentar en alcohol. También el árbol llamado copal tiene incienso. Es muy semejante al ciruelo.

De la Biznaga, que además de ser comestible como el pan, después de un proceso de cocción, sirve como postre y sus espinas las utilizamos como agujas para coser. La hierba el “Quelite” es comestible también y forrajera, pero debe ingerirse con precaución ya que puede inflamar el estómago.

—Cuando se escasean las velas, la corteza del árbol “Palo Adán” nos sirve para confeccionar nuestras velas y veladoras.

Árbol muy común este Palo Adán. Permanece desnudo de follaje la mayor parte del año. De ahí su nombre; excepto en temporada de lluvia. De su corteza podemos hacer jabones ya que contiene saponia. Quita las manchas de cualquier tipo.

En algunas misiones es sabido que forman a los indios para extraerles el cerumen de los oídos. Así se proveen de material para las velas. Las misiones cercanas al mar Pacífico reciben grasa de ballena para tal fin. Son infinitos los caminos del Señor.

El Ciruelo es un árbol parecido al Copal, abunda entre los guaycuras y más al Sur. La corteza del tronco y ramas es blanca. Cada hoja se divide en pequeñas hojitas, como el Fresno. Su fruta o ciruela es agradable, pero lo más apreciable es la pepita o almendra que tiene dentro del hueso.

El "Palo de arco", abunda al Sur de la California. Da bellas ramas, de flores amarillas que coronan a sus tallos largos, rectos: se usan en los altares. Los tallos los utilizamos para hacer cercas para casas, para empalizar corrales y para hacer cacaxtles.

—Padre Joseph, por aquí no he visto "Damiana". Crece en forma de arbusto llega a crecer hasta tres varas de alto, con abundantes tallos delgados, cubiertos de pequeñas hojas olorosas. Maceradas son utilizadas para hacer té. También se hace una bebida dulce con ella, a manera de licor.

Hay también una planta muy abundante al Sur de la California, que no he visto por aquí y que cuando el ganado la consume queda tullido o paralizado. Se llama "Cacachila".

—Querido hermano Juan Jacobo la "Jojoba" nace en las laderas secas de cerros y sierras. Es tan pequeña como ésta que tenemos aquí, no llega a medir más de cuatro o cinco palmas de alto; sus hojas son grandes, lisas, sin punta, forman una pequeña pala, como el mangle. Sólo da frutos cuando en invierno ha llovido bien. Su fruto es del tamaño de un limón o poco más grande, de color verde pardoso.

Son muy buenos sus frutos para el mal de orina. Se hace un té con ellos, y se bebe con precaución cuatro o cinco veces. También sirve para curar heridas si se aplica como pasta molida sobre la parte dañada; para facilitar el parto, se dan seis u ocho porciones

en caldo, cuando llegue el momento. Para calenturas y hasta para detener el cáncer.

Un arbusto de difícil identificación es el que los indios cochimíes utilizan para hacer platos, bateas; lo llaman "Addá" y los pericúes, "Coras". Tuestan y machacan las ramitas y luego en forma de correas tejen sus utensilios, que resultan impermeables.

—Sí, padre Baegert, es una planta muy parecida al Nombó.

Esa tarde, el padre Baegert dejó súbitamente de escribir y le dijo a Mateo de la Pasión: "Hijo, acércate. Trae tu machete y esas varas, para que continúes haciendo las flechas, mientras me repites lo que te dijo el Wama Venado cuando lo encontraste".

—Sí, padre. Como usted sabe, habíamos salido de cacería tres guaycuras y yo. El más bajito de ellos y el mejor flechador llevaba también la piel con la cabeza de venado para ponérsela en cuanto viéramos una presa. Estaba soplando un viento parejito. No nos dividimos hasta que vimos unas grandes pisadas, como de burro. Puse delicadamente las yemas de mis dedos en el lecho de las huellas y las palpé tibias, vimos unas ramas rotas todavía frescas y unos excrementos todavía sin secarse y dijimos: "Hace muy poco que pasó por aquí".

Me trepé a un árbol cercano y les dije que se encontraba cerca, pues alcancé a ver una cornamenta como de doce puntas, allá abajo en la planicie.

Me adelanté dando un rodeo por la derecha y llevando dos lanzas en las manos, para tiros más cortos y contundentes mientras que otro guaycura se iba por la izquierda también con dos lanzas.

El chaparrito se colocó la piel con la cabeza de venado y se fue por el centro, a favor del viento, con el objeto de que lo oliera el animal y se le acercara. Él le dispararía una o más flechas. Si el animal huía, nosotros podíamos cortarle la retirada con las lanzas y el otro guaycura auxiliaba al flechero de la piel de venado.

Todo fue muy rápido: en cuanto el venado se acercó un poco, el flechador le disparó al cuello, pegándole de rozón, pero el otro guaycura que venía detrás de su compañero disparó otra flecha casi al mismo tiempo y ésta si dio en el blanco.

El venado saltó y corrió hacia mí, no obstante que traía la flecha incrustada en el cuello. De inmediato le aventé mi lanza, le pegué en un cuadril y el gran venado se derrumbó un poco más allá de mí.

Los guaycuras empezaron a gritar y brincar de alegría.

Nos acercábamos al animal cuando escuchamos un fuerte rumor de ramas que se quiebran, volteamos sobresaltados y lo vimos. Ahí estaba de pie, con los brazos en alto y aullando frente a nosotros. Los tres guaycuras corrieron asustados y yo me quedé frente al Wama.

Traía la mitad de la cara pintada de rojo, lo mismo brazo y pierna derechos; la otra mitad del cuerpo, pintada de negro. Sangre de pitahaya y hollín de la hoguera habían sido sus pinturas.

En la cabeza traía la parte superior de una cabeza de venado, con sus cuernos, seis puntas.

Medía poco más de dos varas de estatura; era de huesos fuertes, robusto y patizambo, camina erecto sobre poderosas piernas musculosas. Sus brazos largos en proporción al resto del cuerpo. Tenía una ancha nariz en forma de pico, una mandíbula saliente que se proyectaba como hocico de perro y se veía, debajo de la piel de venado que le cubría los hombros, una capa hecha con cabellos de varias personas, enemigos muertos ya, seguramente.

Un vello áspero, corto y negro cubría piernas, brazos y pecho.

—Los espíritus están molestos con ustedes porque obedecen al capa negra— me dijo.

—La fiebre ha llegado y nos está matando. El capa negra la trajo como castigo a quienes no crean en su dios—continuó diciéndome, mientras me escudriñaba con sus grandes ojos. El capa negra nos ofrece un sueño. Pide que sólo tengamos una esposa y no matar al enemigo. Si lo obedecemos ya no seremos nunca guaycuras.

Luego el Wama Venado se puso a cantar y a bailar mientras repetía: “Niparajá”... “Niparajá”... “Niparajá”... Entre sonidos guturales cayó de rodillas casi llorando y murmuraba como rezando en voz baja ahora: “cucumié, señor de los cerros, las ardillas y los güeribos”, “cucumié, señor de las nubes y las piedras”... En eso se

escuchó un tiro de arcabuz y el Wama Venado salió huyendo entre las chollas y las piedras.

Llegaban ya los guaycuras con un soldado a recoger el venado y procurar que no me hubiera pasado nada.

El misionero se quedó viendo a Mateo de la Pasión largo rato. Miró la gran cruz de madera clavada fuera de su casa y luego dijo: Quisiera hablar con ese Wama Venado, Mateo.

—Uh, padre; va a estar difícil. Se esconde y huye como los coyotes. Y casi nunca anda solo, lo siguen un grupo de indios que a la menor señal de peligro atacan en bola gritando y lanzando piedras y flechas.

—Han hecho ya mucho daño, Dios. Señor, sé misericordioso con estas criaturas salvajes que nunca te verán.

Mientras esto decía el misionero, la tarde caía y un gran fuego ardía alegremente iluminando ya las caras de quienes desollaban el venado con increíble habilidad.

Trozos de carne eran atravesadas por varas verdes afiladas colocadas sobre ramas en horquetas. El fuego estaba a tal punto que la carne se empezaba a tostar por fuera dejando el jugo en su interior; pronto el fuego convirtió la leña en brasas.

Algunas mujeres raspaban y cortaban raíces y tubérculos. Habían llenado tazones de madera con agua, otras ollas de barro cocían pinole al fuego de unos mautos y, utilizando la vieja costumbre indígena, algunos calentaban el agua echando a los recipientes piedras calientes.

Todavía coexistían costumbres y usos europeos con los usos y costumbres indígenas prehistóricos. Utilizaban lo mismo cucharones de madera que huesos de costillas de venado para revolver guisos; anchos huesos pélvicos eran platos y platones que también se utilizaban. Los huesos de quijada y de la cabeza servían en muchas ocasiones como cucharas o tazas.

El padre se disponía a cenar cuando se quedó viendo al fuego. Consideró que si un indio moría devorado sin piedad por las fieras del monte, como era frecuente, un horror sagrado sería expresión de la naturaleza poderosa, fría e indiferente, que seguía su curso interminable.

## VIDA COTIDIANA EN LA MISIÓN



De pie, desde lo alto, abierto al implacable auditorio de los cerros, el misionero jesuita recibía sobre su rostro el aire recién inaugurado; el mismo que corría por el desierto renovándolo todo. No eran pocos los días en que el padre despertaba y se plantaba frente a los grandes espacios, le daba la impresión de que todo había concluido porque nada tenía otro principio aún que no fuera Dios mismo. El aire entonces era el jinete que persigue al polvo, ese caballo salvaje cuyas llamas que caen de su lomo no tocan el suelo, se retuercen y lengüetean el espacio, como buscando algo. Abre sus brazos en cruz con su cuerpo, deja en blanco su memoria. La naturaleza no la necesita, se deja poseer por esa luz, siempre tierna, siempre niña. La cabeza del padre Baegert era entonces una semilla que se elevaba a los fértiles campos del cielo.

Había salido de explorar unas cuevas cercanas; había pasado entre la rugosa superficie de las rocas, entre filosas ondulaciones que hacían adelgazar las sombras, y con la esbelta luz que les llegaba a través de los estrechos cantiles, las formas jugaban alegremente en los ojos y en el cerebro del jesuita.

Con las imágenes de los paisajes perdidos en la Alsacia natal, con la memoria a la deriva, y el hormiguero rojo a sus pies —jardines y bosques en contraste—, Juan Jacobo Baegert espera, esperará eternamente en su casa del desierto, donde crece su pasión por las cosas más pequeñas, harapos para el prestigio solemne de los altares.

La casa en el interminable desierto, desierto amparado por las enormes nubes maternas de donde salen constantemente pájaros fugaces. Allí las piedras y los cactus abren sus labios de agua, olfatean constantes al ondulate paso de los cuerpos del viento.

Al llegar a la comunidad misional y penetrar a la enramada que da acceso a la cocina, el jesuita se encontró con María de los Dolores que estaba con las dos manos metidas en la batea de madera revolviendo la sal entera a la leche cuajada, antes de ponerla en los moldes de tela, donde esperaba el obsequio de los quesos de cabra.

Mateo de la Pasión se entendía con el cazo de cobre en donde cocía el líquido extraído por prensado de las cañas que esa temporada se habían cosechado. Lo cocía para hacer una especie de azúcar aterronada que llamaban panocha.

El soldado mulato llamado Andrés Perulero y Cuazo se entretenía tratando de confeccionar, como le habían enseñado los indios, una hacha de sílex o pedernal. El sílex era suficientemente duro para poder cortar gruesos cueros o plantas de fibras duras, así como suficientemente quebradizo para romperse dejando un filo tan agudo como un vidrio roto.

El soldado mulato utilizaba un martillo de piedra, que ahora dejaba en el suelo para recoger uno de hueso, más suave y elástico; esto le permitía cortar pedazos más largos y más delgados y filos más rectos que venían del corazón del pedernal. Después de varios golpes medidos y precisos. Andrés tuvo en sus manos una herramienta como de medio palmo de largo que poseía en un extremo una punta con aristas rectas y filosas, otro extremo transversal grueso y liso que podía servir de mango. Podía servir para cortar madera, como un hacha, para hacer utensilios de madera, ahondando un tronco; para romper huesos de animales o para destazar, etc...

El padre Baegert suspendió su recorrido regocijante para atender a un neófito que en esos momentos llegaba de la misión de San Ignacio trayendo consigo dos vasos sagrados y otros ornamentos que se enviaban como parte del generoso donativo que hiciera para toda la empresa misional en la California, don Juan Caballero y Ocio, presbítero natural de Santiago de Querétaro y comisario del Santo Oficio de la Inquisición en México.

San Luis Gonzaga contaba ya con 39 familias integradas por 125 almas, 67 de confesión, 38 de comunión y 20 párvulos. Juan

Ramos era el temastían de la misión, quien auxiliaba al padre Baegert en la enseñanza de la doctrina, preparaba a los neófitos para el bautismo, iniciaba el rezo colectivo por las mañanas y por la noche se encargaba de que se llevara a buen término el canto final de El Alabado, en donde Inés y Chepa llevaban las voces principales por firmes, rítmicas y entonadas. En la jornada diaria, estas catecú menas canoras ayudaban en la enseñanza del canto a los jóvenes.

Este neófito, a quien el padre Baegert designara como temastían de la misión, era un individuo de presencia amable, bonachona. Su estatura no era muy superior a la de las dos varas, gordito, muy moreno, de rostro sereno y nariz roma. Todo mundo lo apreciaba por su optimismo constante y su buen humor; continuamente hacía reír con sus anécdotas y chistes blancos. Incluso el padre Baegert gozaba de su conversación. Juan Ramos era un individuo que había viajado por todo el mundo misional de la Antigua California. Esto lo había nutrido de temas, anécdotas y la capacidad para imitar algunas inflexiones de voz.

El núcleo principal de la catequización era el bautismo. En ello se empeñaba Juan Ramos; aleccionaba a los adultos, se informaba de los niños que recientemente habían nacido y se cuidaba que aquellos moribundos que no lo habían recibido, gozaran de su beneficio. Los jóvenes que iban adquiriendo su preparación religiosa fungían como padrinos, los soldados mismos tenían ya a varios ahijados cada uno en la misión.

Un día en la misión transcurría de la siguiente manera: al amanecer se tocaba la campana y todos acudían a la iglesia. Cantaban el alabado, primero los hombres, luego las mujeres, sentados unos, separados de las otras. Al final cantaba el coro.

De allí, quienes debían preparar el desayuno se encaminaban a sus labores y los demás a la misa diaria. Rezan y cantan de nueva cuenta el Alabado. Posteriormente pasaban a desayunar, generalmente atole.

Se iniciaban sus labores del campo: desmonte, cultivo, riego, la construcción, molienda, cosecha, carpintería, etc...

El padre Baegert contaba con varios libros manuales e instructivos para las labores cotidianas de albañilería, carpintería, agricultura, ganadería. Recientemente le habían llegado diez libros de interés general para iniciar en la biblioteca, una sección especial para que los soldados que supieran leer ocuparan su tiempo libre.

Entrada ya la mañana, venía un nuevo toque de campana para que los niños y niñas, separados, emprendieran las tareas de la doctrina. Siempre se terminaba con el canto del Alabado. El temastían era particularmente hábil para tocar la guitarra y con ello auxiliaba en la enseñanza de la doctrina cantada, a la par que se enseñaban las primeras letras; los niños asistían con alegría, gracias a este toque musical a la enseñanza.

El mediodía se iluminaba de nuevo con toques de campana. Rezar y cantar el Alabado. Los trabajadores comen pozole, ocasionalmente carne de venado, chivo y vegetales; se atiende a ancianos y niños. Todo mundo a descansar. A las dos de la tarde se iniciaba de nuevo la jornada. A las cinco de la tarde van los niños de nuevo a la doctrina; rezos y el Alabado.

El toque de campana era un ritmo invariable al atardecer, rezos y el Alabado. Cena para luego asistir a la iglesia al santo Rosario, las letanías y el Alabado. Luego, la doctrina a cargo del temastían y de la temastiana. La temastiana en San Luis Gonzaga era una hermosa india cochimí de 23 años, soltera que, al parecer, se casaría pronto con el soldado mulato Andrés Perulero y Cuozo. Su nombre era María Candelaria.

De allí a dormir, apartados los solteros de los matrimonios.

Debido a los escasos recursos económicos de la misión era necesario establecer cierto programa de “descansos” en que los indios volvían al monte y un nuevo grupo se establecía temporalmente en la misión. Esto representaba un riesgo en cuanto a la conducta futura de los catecúmenos, muchos de ellos se volvían rebeldes y jamás volvían a la misión, otros, por el contrario no únicamente regresaban, sino que trabajaban con mayor energía y entusiasmo. Esto último alentaba a los misioneros.

La cabecera misional en ciertas fechas recibía la visita de neófitos de las rancherías aledañas, quienes consideraban esta ocasión como

un motivo de fiesta, pues tenían oportunidad de comer bien, sobre todo en época en que escasea el alimento natural en los montes.

Una vez al año, durante estas visitas, los neófitos recibían ropa, previa recitación, de memoria, claro, de la doctrina. Aunque recibían de buen agrado la ropa que se les proporcionaba, los indios se resistían a este cambio de hábito cultural y hubo que realizar una labor tenaz para que, poco a poco, fueran aceptando y acostumbrándose a esos atuendos. Las mujeres, una vez que salían de la comunidad misional, se quitaban las prendas y las dejaban abandonadas en las ramas de algún árbol.

El día de la misión transcurre, matizado por los toques de campana, los rezos y el alabado. Al padre Baegert le gusta mucho un platillo que trajo una india serrana: sopa de arroz aguado con trozos de guisados de chile verde, cebolla, y trozos de carne seca; o aquella otra que prepara la mujer de Mateo de la Pasión a base de papa, calabaza o chayote, con sopa también. Recientemente, dos indias venidas de Sonora empezaron a hacer tortillas de harina de trigo; el jesuita huele desde la iglesia el cautivante aroma de las tortillas y se acerca a comerlas calentitas.

Una vez que todos han desocupado el comedor, las mujeres jóvenes lavan los platos, barren, acarrean el agua, riegan las plantas y dan de comer a los pajarillos. Una guaycura en especial se encarga del aseo de la iglesia y de renovar las flores del altar. En el comedor está un cuadro con la imagen de San Luis, al que no le faltan tampoco las flores y las veladoras.

En San Luis se produce poca vaqueta, ya que casi no se sacrifica el ganado. Cuando se sacrifica alguna vaca o chiva, se guarda la piel envuelta en sal hasta reunir, con otras pieles que envían de las rancherías cercanas, seis u ocho pieles, que, a juicio de Toribio Arce es el número adecuado para sumergirlas en cal durante más de diez días.

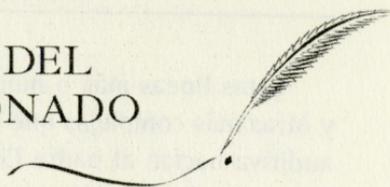
La única tina de curtido que existe en San Luis queda casi al centro del patio, entre los corrales y las casas de los catecúmenos, pegada alojo de agua, muy cerca de las palmeras. Cerca de la tina, como a unas quince varas se encuentra el horno donde el mismo Toribio quema la cal que trae en burros desde el otro lado

del cerro más cercano a la iglesia. Cerca del horno está el enorme metate en donde se muele la cal, una vez quemada con madera de mezquite o palo fierro.

La tina es confeccionada hundiendo unos postes chaparros en el suelo, luego se le amarran en la parte superior unos palos transversales, formando una especie de marco al que se le amarra con tiras de cuero un enorme cuero, como bolsa que colgará y se ensanchará una vez que se le haya llenado de agua y cal. Una vez que han transcurrido los casi quince días o a veces más, a juicio de Toribio y que se han raspado, con raspadores de piedra, que generalmente confeccionan los indios y ahora el soldado mulato, con pedernales o sílex, se llevan a enjuagar en agua limpia en la misma tina, por cuatro o más días. El siguiente paso será remojar nuevamente los cueros pero ahora en una solución de agua y pedazos de palo blanco, hasta que sueltan una sustancia rojiza, llamada casca. Allí se quedan, se cuidan y se baten durante tres meses, al cabo de los cuales, las pieles son colgadas tensas para ser untadas con aceite de caguama o una pasta que se hace con grasa o sesos de animales cazados. Se repite el procedimiento de la casca por un mes y se vuelve a secar las pieles, estiradas, para untarles por última vez el aceite de caguama por ambas caras.

Con cuero crudo o cuero curtido se hacen las camas y las sillas, zapatos, bolsas para acarrear agua u otros objetos. Los guaycuras hacen con el cuero unas ollas que les sirven para calentar alimentos, introduciendo piedras calientes en los líquidas o bien suspendiéndolas en ramas y horquetas de madera, sobre la lumbre; bajando y subiendo la bolsa de cuero con el alimento, procurando que ésta no llegue a quemarse.

## LA VISITA DEL PADRE CORONADO



El sabio español don Miguel del Barco contaba con el respaldo valioso del padre Moisés Coronado para su tarea de Visitador General de la California Jesuítica. Sin el aliento continuo del padre Coronado, don Miguel del Barco hubiera avanzado poco en la obra que le apasionaba como corolario a sus esfuerzos misionales en la península; aquella que fuera compendio de crónica e historia natural; obra que hablara con gran amor y certeza sobre las peculiaridades del indio californiano y las demás criaturas que poblaban este gran país.

Incansable auxiliar del padre Barco, el padre Coronado llegó por segunda ocasión a visitar la misión de San Luis Gonzaga, en donde ya había hecho gran amistad con el padre Baegert y con Juan Ramos, principalmente.

Llegó, como siempre, desplegando la elegancia y soltura del hombre de mundo, visitó las instalaciones, dio cuenta de los progresos, elogió los aciertos, saludó con afecto a soldados y catecúmenos. A pesar de su prestancia poseía también la timidez de los artistas. Era un individuo de no muy fácil personalidad. Alegre a veces, taciturno en otras ocasiones. Amable y solemne a un tiempo, poseía la modesta introversión de los auténticos pensadores. Generoso, aunque en algunas ocasiones se le escapaba algún detalle de egoísmo o egolatría. Voz potente, sólida, serena, con los cuidados matices del hombre de letras y la comprensiva solución de los sicólogos. De tez blanca, casi redonda, mirar franco y profundo, ligeramente fornido. Muy respetuoso de normas y reglamentos, casi inflexible. No obstante, era capaz de sonreír, charlar animadamente y tocar la guitarra y hasta cantar, atributo que desarrolla con soltura y calidad.

Estas líneas más o menos perceptibles de su manera de ser y otras más complejas que no vienen de una observación visual y auditiva hacían al padre Coronado particularmente interesante, tanto al padre Baegert como a Juan Ramos, a catecúmenos y soldados. Por ello se alegraban cuando recibían su visita. Sabían que después de la tarea oficial de revisar los libros y las distintas facetas de la misión, tornaría la camaradería acostumbrada y a salpicar la conversación y la convivencia con anécdotas de todo género de las que pasaba constante a la frase feliz, la observación ingeniosa y los comentarios reconciliadores, siempre haciendo a los demás que se sintieran bien en su compañía y que eran importantes.

A la mitad del día todos hicieron fila para recibir del cocinero un plato de pinole y un poco de carne de caguama que hacía días habían traído de Loreto, viva, sobre el lomo de un enorme burro. Caguama que ahora se había sacrificado con motivo de la visita del padre Coronado.

Todavía estaban recientes en la memoria del padre Coronado los cirios de colores que los niños hacían en el pequeño cuarto instalado al costado del templo. Vuelta, vuelta, vuelta, se trenzaban los hilos en la nata de grasa de ballena. El animal anfibio se prestaba para que el animal terrestre se elevara al cielo.

Esto era otra bendición del cielo. Las velas permitían ir también a los funerales, visitar a los enfermos por las noches, trabajar en la redacción de actas e informes, en crónicas y descripciones, trabajar en la lectura, en construir y conservar reflexiones y pensamientos por escrito, así como algunas arduas navegaciones de la imaginación religiosa y humanística general, muy propias de estos santos jesuitas.

Recordó el padre Coronado, al ver las velas y la fila, aquella carta que le llegara de un hermano jesuita que había vivido en lo más intrincado de la sierra de San Francisco, en donde le narraba que se formaba a los indios frecuentemente para extraerles, a uno por uno, un poquito de cera de los oídos para la fabricación de velas para el altar.

En eso estaban las imágenes del padre Coronado cuando fue súbitamente interrumpido por unos gritos. Salió corriendo de la

enramada en donde estaba instalado y vio que le estaban propinando unos azotes a un catecúmeno.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Juan Ramos.

—Le dijo al padre Baegert unas malas palabras que aprendió de los soldados. El padre le ordenó ayudarlo en las labores a Mateo de la Pasión. Y Toribio le dijo que chingara a su madre. Es un catecúmeno que tiene sólo unos días con nosotros. Frecuentemente se ha mostrado rebelde y grosero. Hoy, que lo escuchó el capitán decidió castigarlo con diez azotes. Se los merece, padre, se los merece.

—Bendito sea Dios. Ya terminó su castigo. Acerquémonos a curarlo.

—Vamos, padre.

En ese momento, cuando le aplicaba a la espalda de Toribio una pomada confeccionada en la misión y que el indio recibía con llantos y gemidos, se dejó sentir una lluvia menuda, tierna, como de oración o agua bendita. Eran tiempos de equipatas. Por ello el padre Coronado encontró aquel desierto de San Luis, verde y florecido.

—Venga, padre Moisés —llamó el padre Baegert. Estos son los momentos en los que me siento como intruso entre estas criaturas de California. ¿Qué derechos tenemos de imponerles la fe? ¿Lo aprobaría esto realmente Dios? Creo que hacemos como quien apaga de improviso una fogata que arde entre las enormes rocas del desierto, en esta tierra dorada, tibia, germinal, en donde crece un amor universal, de nuevos registros para la fe. Creo que contribuimos, sin saberlo, a extinguir otra raza. Y de esa manera empobrecer a Dios.

El padre Coronado iba a decir algo, cuando, de pronto, un canto de mujer, interminable, inundó la noche. Sus ojos cambiaron de color y su rostro dibujó un gesto indescifrable.

Pensó que al prestigio inaugural del desierto, a las infinitas superficies del mar, al presagio futurista, a esa jerarquía del asombro debía el padre Baegert su visión trascendente de las cosas.

¿Cómo seguir impasibles ante el horizonte cubierto de espuma, horizontes que custodian enormes piedras donde el viento

olfatea mientras desplaza el techo inmenso de las grandes nubes? Aire, luz salada para los muertos petrificados en los pisos submarinos y para los cuerpos morenos llenos de mensajes, como espejos errantes entre la insólita marea de la transparencia.

El padre Baegert comprendía que el conocimiento es riesgo, es reto; emplazamiento a la imaginación y a la inteligencia; es vértigo en el pozo espiral de la cultura. Así, la aventura jesuítica era un peligro doble: arriesgaban la vida y arriesgaban la fe.

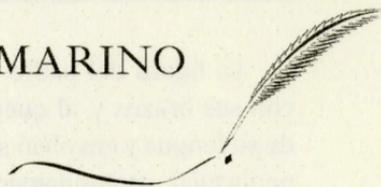
Allí, en los dilatados y lípidos espacios de la California, el padre Baegert creía unir civilización y mundo primitivo; creía encontrar una especie de instinto fundamental que resolvía todas las contradicciones.

No únicamente el día, con la espléndida viveza de la luz le daba flores maceradas y fruta corrompida en las estaciones olfativas, el filoso grito vegetal de las cactáceas y el sabor de las raíces resecas, como ambiente premonitorio de una naturaleza esencial y transgresora: las pausadas noches del verano, ante un mapa interminable de estrellas fragmentadas. La luna, al centro, entre cerros y un mar incandescente, viste al desierto con una pauta de oro antiguo.

—Pero, hermano, padre Baegert —dijo con un tono reticente el padre Coronado. Pero no continuó porque el padre Baegert parecía no escucharlo.

—El dios paciente de la sangre y el inconforme dios de las ideas se rebelan. Ya nada me remite a la certeza; el mundo es un concierto de infundados asertos y categóricas mentiras. Me dirijo sereno al inquieto auditorio de los hormigueros o al diminuto, tibio amigo que es un pájaro que instala su presencia sobre la indiferente agresión espinosa de los cardones. En esta prolongada geografía llena de luz, siento tan cerca mi familia, mis hermanos jesuitas, quienes en todos los rincones del mundo trabajan denodadamente, siento el mundo europeo cerca y distinto. La California me dio una óptica nueva. Dios mismo está más cerca para enseñarme a ver sus otras facetas. Para iluminar y permitirme ver qué dioses detrás de Dios no vislumbraba.

## CEMENTERIO MARINO



Hay un cementerio que flota en los reflejos del mar. A la orilla, el mundo, la ciudad de los huesos enseñoera su canto, desde las bocas secas de los guaycuras que pueblan los balcones del mar. Los pies del padre Baegert tiemblan de emoción a cada paso. El vértigo domina al misionero y siente cómo su cuerpo gira alucinado, mientras observa, desde su expresión estupefacta, aquella alfombra, aquel antiguo cementerio que el ritmo de las olas fue puliendo y presentando a la superficie, como un espejo del arcano.

Cráneos, fémures, tibias, peronés se extienden por la interminable playa del Conchallto guaycura.

Innumerables generaciones se reducen al polvo pétreo de las osamentas. El cosmos es un horror religioso de belleza fascinante, muerte que es piedra, huesos que son espejos, peces de luz.

El padre Baegert no se atrevía a pisar esa leve orilla marina como lo hacían los indios guaycuras que lo acompañaban. Prudencia religiosa, respeto y temor lo detenían.

Aquí estaba explorando lo insólito nuevamente el padre Baegert. En su visita a La paz quería presenciar, desde los primeros momentos de su llegada, el cementerio guaycura que el mar había invadido.

A la orilla del mundo, el cementerio flota en los reflejos del mar. La ciudad de los huesos enseñoera su canto desde las bocas saladas de los guaycuras. Los pies del padre Baegert experimentan la misma sensación que ante la arena. Esta, recibida ahora del mar, era modificada y suavizada por los vaivenes de la luz marina: millones de finísimas partículas transparentes de los cuerpos de los californios se movían minuciosamente en los filos del agua. Los huesos de los californios han venido tejiendo el gran cuerpo peninsular con su materia enfurecida de tanto amor solar.

La figura del padre Bagert flota sobre el mar. Hace una cruz con sus brazos y, al querer invocar a Dios, un vapor intenso salió de su lengua y envolvió su propio cuerpo. Lo hacía levitar un fuego peninsular, profundamente afectivo, como proveniente de la sangre que al incendiarse se petrifica en solidez protectora.

De beber tanto desierto viene la asunción solar de la vida; beber cotidianamente de esta agua solar hace amarillos los huesos, volcánica la sangre, telúrica la piel, ígneos los ojos, vapor la lengua.

“La paz es un oasis a la orilla del mar –le escribe el padre Baegert a su familia. Está custodiada esta ciudad por una bahía de apacible belleza y llena de palmeras. Ha sido fundada en cuatro ocasiones. El 3 de mayo de 1535, por Hernán Cortés y le puso por nombre Santa Cruz. Trescientos españoles varones y treinta y siete mujeres constituyeron la primera colonia, misma que se levantó tras esforzados intentos por sostenerla. La segunda fundación la efectuó Sebastián Vizcaíno, en 1596; llegó para establecerse, pero sólo estuvo dos meses. En esta ocasión comienza a llamársele La Paz, nombre nacido de la actitud pacífica de los californios de esta región. El tercer fundador fue el almirante Isidro de Atondo y Antillón, quien en 1683 se instaló con más de cien hombres. Fracasó a causa de la hostilidad de los naturales, hostilidad propiciada por el abuso que cometían con los indios y en la explotación de las perlas. La cuarta fundación da cuenta del establecimiento de la misión de su nombre por los padres Juan de Ugarte y Jaime Bravo, en 1720. Esta misión fue suprimida en 1749 por falta de población y los escasos habitantes fueron trasladados a la misión de Santa Rosa de Las Palmas o Todos Santos”.

“Llegar a La Paz, después de tantos polvorientos días de camino, es, ciertamente, gran descanso. Su amplia y serenísima bahía representa un suave y lento espacio de alivio hacia la meditación y la libertad en un infinito azul verde. Sólo bahía Concepción me deja esta sensación de paz, equilibrio y serenidad, frente a los cantos de la aridez”.

El padre Baegert se acercó a la orilla de la playa del Conchalito. Empezó a caminar por una especie de calzada, una plataforma

amplia, hecha cuidadosamente utilizando conchas de mar, se diría que era un pavimento amplio, donde bien cabían seis u ocho personas caminando, unas al lado de las otras. Calzada como de unas cien varas de fondo y que desembocaba en una gran plataforma ceremonial, como de veinte por treinta varas, en donde muy bien podían darse cita, cómodamente instaladas, unas cuatrocientas personas.

Todas estas experiencias recibidas a lo largo de su estadía en California, habían tornado el corazón del padre Baegert tan pesado y denso ante el asombro, que tratar de cubrir ese espasmo ante el mundo, ese hueco entre su persona y el extraño mundo californiano lo hacía particularmente sensible a un sin fin de registros plásticos; lo hacían depositario de una estética especial.

En su camino hacia la misión de Santa Rosa o Todos Santos, el padre Baegert pretendía también ver si localizaba a los cuatro caballos que le habían sido robados de San Luis Gonzaga. Los diez indios flecheros que habían venido consigo desde San Luis se habían devuelto ya desde hacía dos días, desde el momento aquel en que encontraron a medio desollar al segundo animal de los robados.

Antes de que encontraran el primer caballo, es decir, sus restos, los flecheros que se ofrecieron a ir sobre el rastro, lo realizaban de una manera por demás cautelosa. Se abrían en abanico para peinar un amplia área, ya que el rastro era dividido, quizá deliberadamente por parte de los cuatreros. Subieron a una loma muy amarga, y desde ahí divisaron, a lo lejos, un movimiento irregular, y al centro del mismo, una humareda. Se convocaron por medio de dos flechas que se cruzaron en el trayecto y bajaron casi al mismo tiempo y al mismo compás hacia las señas encontradas. Encontraron una lumbrada abandonada y cerca de ella, el caballo muerto, que ya habían empezado a desollar con sus piedras filosas que les sirvieron de cuchillo.

Los dos animales habían sido encontrados a medio destazar, lo que le indicaba al padre Baegert que cerca, muy cerca habían andado los ladrones, pero que, seguramente, antes de entregar los animales, los guaycuras rebeldes los sacrificarían. Por esta razón les pidió a los flecheros que volvieran a la misión de San Luis a

protegerla. Mientras él continuaría con su escolta hacia Santa Rosa o Todos Santos.

Todos Santos fue en sus orígenes un pueblo que dependía de la misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz. Ahora esta misión fue trasladada a Todos Santos, por problemas de abastecimiento. Ambas misiones fueron fundadas por el padre Jaime Bravo.

El padre Baegert, junto con los catecúmenos que lo acompañaban, entraba en esos momentos al gran valle del Pilar, en esos momentos en que empezaba a amanecer; un amarillo intenso cubría el cielo y el monte quemado adquiría tonalidades rojizas. El grupo se abría paso entre ramas secas y chollas; algunas piedras estaban diseminadas y medio enterradas al pie de innumerables cardones. El inmenso horizonte se dividía en dos grandes franjas, una ocre, amparada por el monte y la otra amarilla instalada en el vasto cielo del amanecer. El rumor de mar se escuchaba firme y sordo, a lo lejos. El polvo que levantaban los pasos del religioso y sus acompañantes, se elevaba, y en vuelta circular, se impregnaba a los pies y a la sotana, a las ropas de los viandantes, como en una estrategia de la naturaleza para integrarse e integrar a aquellos seres a su propia consistencia.

El pequeño poblado que crecía alrededor de la misión estaba custodiado por corpulentos y aromáticos árboles de eucalipto, mangos y aguacateros. Todos Santos tiene un clima templado muy favorable a un sinnúmero de cultivos. De julio a septiembre se presentan ligeras elevaciones en la temperatura y en invierno se presentan lluvias menudas pero insistentes que llaman los lugareños "equipatas". Es común en el lugar apreciar bugambilias de varios colores, tulipanes africanos, pauginias, jacarandas, adelfas, rosas, geranios, huele-denoche, sanmiguel, etc...

El templo misional está constituido por una planta rectangular orientada de Sur a Norte, techos altos, muros aplanados, recubiertos con mezcla de cal y canto. La fachada principal da al este y se encuentra delimitada al centro por unas pilastras que constituyen una espadaña, muy característica de la arquitectura colonial del siglo XVI.

Otro impacto emotivo que recibió el padre Baegert fue el imponente mar de Todos Santos, al contrastarlo con el tranquilo mar de Cortés.

Caminando como media legua hacia el Sur de la misión de Santa Rosa de Todos Santos se encuentra una bellísima playa que los indios nombran Cerritos. Es una amplia y limpiísima playa entre dos cerros, uno de ellos con algunos acantilados, muy propios para pescar.

El arenal que ha sido empujado por el mar hacia la orilla es muy alto en esta playa. De pie, al borde del mismo, el padre Baegert puede apreciar, no sin cierto temor, el poderoso vaivén continuo de las grandes olas que se estrellan con estrépito y hueco rumor, abajo.

Con ansias de explorador, el padre Baegert camina, junto con sus acompañantes, un poco más de media legua hacia el Sur. Allí encuentra otra playa que un catecúmeno de Todos Santos le dijo se llamaba San Pedrito. Los recibe un amplísimo palmar, pasado el cual se llega al mar. Aquí el arenal es parejo y bajito y el mar alto. Las grandes olas parecen venirse encima de los visitantes. Es un mar alto y poderoso. Un mar que casi vuela sobre ellos.

Como mecido por la violencia afectiva del paisaje, el padre Baegert se deja caer de rodillas sobre la arena. Siente que el mar es una oración tan inmensa que tiene que ser susurrada, una historia sagrada que tiene que contar.

El misionero se siente depositario de una revelación insoponible. Lo envuelve la miel de la molienda, los trapiches lo hacen concurrir a sus ajustados pasadizos, de donde sale envuelto por la curva ala esplendorosa de un ángel totalitario que únicamente lo dejará a filo de cuchillo sobre el mar.

Una nostalgia de islas tiene este mar, un fascinante olor a muchacha desnuda que corre por el monte; un ebrio viento de palmares que transportan un relato prodigioso. La memoria de las olas, los altos tribunales del mar, los llevaría como nunca impresos en su alma este hombre de Dios. Nunca antes como en la California se había encarado a la majestad del mar, a la soberana presencia del desierto. Ambos habían inscrito un himno inédito e indescifrable en lo más íntimo y tibio de su ser.

## DESTERRADO DEL PALEOLÍTICO



“Fuego dormido en la noche  
Agua que ríe despierta”.

O. Paz

Diecisiete años tenía ya el padre Baegert en California. Este año de 1767, y después de su viaje a las playas de la paz y Santa Rosa de Todos Santos, su ánimo entero había sufrido un reacomodo, reacomodo para asimilar e incorporar a su mundo imaginico y a su caudal perceptivo todo aquello que le había hondamente impresionado.

Después de las oraciones nocturnas, sobre todo cuando todo era silencio y tranquilidad en la misión de San Luis Gonzaga, el misionero sentía que el extraordinario mar de vivencias se venía de lleno hacia él; se sumaban a este inventario de imágenes las impresiones de su alma que trata desde su Alsacia natal, los bosques de Europa en contraste con las insólitas imágenes del desierto y la presencia cambiante y poderosa de las atmósferas marinas, los indígenas y sus costumbres, las mil y una penurias, inenarrables momentos de soledad frente a los inmensos espacios abiertos de la California.

En tantos años no lograba aún salir de su asombro.

Con insolente altivez, el rey de España, Carlos III, extraía de un arcón, especialmente labrado en finas maderas incrustadas de joyería, un pergamino:

—Enteráos. Es mi real orden para la expulsión de la Compañía de Jesús de todas las posesiones de España en el mundo entero.

Don José de Gálvez, visitador general de la Nueva España y poseedor de un sinnúmero de títulos que lo harían plenipotenciario

representante del rey adonde quiera que fuese, se quedó con los ojos abiertos y el gesto congelado. No es que fuera inesperada por él tal decisión de su majestad, sino que no creía que fuera una decisión tan repentina. Iba a elaborar una pregunta al rey, pero se le quedó en los labios, muda de discreción. Con una inclinación se despidió del monarca.

“La Compañía de Jesús desaparece para siempre... de Europa, América, África, Asia, de... todo el orbe. No más hábitos negros en las posesiones de España”, se repetía Gálvez para sí.

“Demasiado poder ha acumulado la Compañía de San Ignacio de Loyola; en menos de trescientos años se ha apoderado de todo el mundo católico. Sumamente organizados, temibles y peligrosos, ya que entran en arreglos para acumular fuerzas, como el arreglo que hicieron con Catalina de Rusia para ofrecerles la Alta California. Portugal se vio obligado a desconocerlos, aún a pesar de las recomendaciones del papa Clemente XIII, según su *Apostolicum Pascendi*”, reflexionaba don José de Gálvez como para convencerse.

—Expulsados de España, expulsados de América —medita el padre Baegert. “Mirando este hecho únicamente desde el punto de vista de la vida temporal, quizá se diría que no hubiera podido hacer otro favor más grande a esos misioneros, así como a otros muchos, al sacarlos, por medio de su retiro forzoso, de tanta miseria y mandarlos de nuevo a su patria. Pero puedo asegurar que no hubo ni uno entre ellos que hubiera sentido honda pena al tener que abandonar California, y que no hubiera regresado con gusto a la península, interrumpiendo su viaje de regreso o saliendo nuevamente de su tierra natal”.

Entre la conciencia del sacrificio y la búsqueda de las esencias de la fe a través del sacrificio, el misionero jesuita valoraba profundamente su estadía en la California. Lo que esto representaba para sí como jesuita, como hombre, como humano.

En una acción astuta, medida, simultánea, se apresó a todos los jesuitas, durante los meses de junio y julio de 1767, por las noches, capturándolos de las misiones no muy distantes entre sí y de todos los colegios mexicanos.

A los misioneros de Sonora, Sinaloa y Pimería se les llevó a un prolongado y penoso viaje por tierra a la región llamada Guaymas que da al golfo de California, con la determinación de embarcarlos a Matanchel, a los 21 grados, de donde serían trasladados a pie, durante más de trescientas horas, rumbo a Veracruz. Allí esperarían un barco que los llevaría a su destino final.

La expulsión, las penurias y los sufrimientos de los viajes de los grupos de misioneros, por mar y tierra hacia Veracruz, fue cuidadosamente ocultada por los españoles a sus cofrades de la península a fin de evitar que los jesuitas "ocultaran sus tesoros" o distribuyeran entre los indígenas "los miles de rifles que poseían". Durante más de cinco meses no les llegaron noticias a los habitantes peninsulares.

Mientras un numeroso grupo de jesuitas avanzaba a pie, o en bestia, a través de pantanos y montes, con la presencia frecuente de la lluvia intensa, durante todo el día, mientras varios de ellos morían en la travesía de Matanchel a Veracruz, Don Gaspar de Portolá, primer gobernador de California, hacía su arribo con plenos poderes y facultades para fundar pueblos y consolidar la fuerza y el poderío español. Iba inicialmente a desalojar a los jesuitas. Desembarcó en San José del Cabo, promediando octubre de 1767, en donde fue recibido por el caballero capitán de la vieja milicia californiana, don Fernando de Rivera y Moncada. Conversaron largamente durante horas. Seguramente don Gaspar tuvo noticias contrarias acerca de los supuestos tesoros y maravillas de esta pobre California.

Una vez que hubo inspeccionado las comunidades religiosas de San José y Santiago, Portolá se dispuso a realizar el largo recorrido hacia Loreto, su objetivo central, a donde llegó el día 17 de diciembre del mismo año. Hubo que realizar el trayecto a marchas forzadas, ya que eran muy escasos los parajes en donde se podía descansar y más escasos aún aquellos en los cuales se podía encontrar agua.

—Procederemos a obedecer de inmediato la disposición del rey, dijo el P. Ducrue, superior o prefecto de todas las misiones, a la fecha a cargo de la misión de Guadalupe. Volvió a leer con

cuidadosa atención el escrito del virrey de México, redactado en términos corteses, a través del cual se ordenaba, por mandato de su majestad, el rey Carlos III; "para devolver la paz a la monarquía española". Se preguntó a sí mismo el P. Ducrue ¿cuál paz se le había quitado a la monarquía española?

Cabe señalar que, a diferencia de otras regiones de la Nueva España, que tanto don Gaspar de Portolá como todos los españoles, oficiales y particulares, se mostraron respetuosos, corteses y hasta tristes con los jesuitas, bajo las circunstancias actuales. En todo momento manifestaron la pena que les proporcionaba ser portadores de tal orden y ejecutores de esa disposición real.

Portolá, así como algunos oficiales, daban muestras de asombrado respeto por los jesuitas europeos que habían decidido entregarse en cuerpo y alma a un país de las características y peculiaridades de la California.

El padre Benno Ducrue hizo cuentas con el padre mayordomo con respecto a haberes de los soldados y despachó órdenes a todas las misiones de tomar inventarios y entregar muebles y enseres de las iglesias y casas a los enviados. Envío también una carta a cada misionero para que se presentaran el día 25 de enero de 1768 en Loreto, para su embarque.

Se les había prohibido también hablar o escribir en contra o a favor de la determinación del rey. Debían procurar todos los misioneros irse juntando con sus compañeros más cercanos con el propósito de llegar juntos a Loreto, y "Que en una petaca o baúl pudiesen llevar la ropa de vestir necesaria, un sólo libro espiritual, otro de moral y otro histórico, pero nada de plata y mucho menos oro".

Un grupo de catecúmenos de la misión de Nuestra Señora de Loreto, al enterarse de la noticia se sentó en el suelo a llorar, desconsoladamente. El padre Ducrue se acercó a ellos y tratando de levantarlos les dijo:

—Vida os dé Dios, hijos míos. Levantaos y venid conmigo a rezar. En ello encontraremos la paz y el sosiego para nuestras almas. Camino os dé Dios en esta nueva etapa de sus vidas. Vendrán otros hermanos a hacerse cargo de la misión. Tengan para

ellos el mismo cariño y atención que han tenido para nosotros, porque traerán la fe y la palabra de Dios.

Así obedecían los misioneros las recomendaciones de calma y orden a los indios y que predicaran por el mantenimiento de la paz.

No fue posible que se reunieran todos los misioneros en la fecha prevista, debido a una epidemia que había entre los indios de la región de San Borja. Los últimos religiosos llegaron a Loreto el día consagrado a la Purificación de la santísima Virgen. Se embarcaron al día siguiente, a las 9 de la noche.

A pesar del sigilo extremo, toda la población de Loreto se acercó a la playa. Formaron una valla y, al paso de los jesuitas, algunos caían de rodillas y tomaban con cierta furia y ternura puñados de arena y se los llevaban al seno mientras dejaban escapar algún lamento o francamente gritos pidiendo a los padres que no se fueran. Otros besaban manos y pies de los sacerdotes y los jalaban de sus sotanas negras.

Después de que don Gaspar de Portolá abrazó al último padre que subió a la embarcación "La Concepción", misma que había sido construida por los jesuitas en California, se inició el recorrido hacia Matanchel, a donde arribarían el día 8 del mismo mes.

Diez y seis jesuitas partían de California. Al destierro iban aquellos hombres de Dios que habían encomendado su seguridad física y su espíritu a la empresa misional. Quince sacerdotes y un lego. Acompañaban a nuestro personaje siete alemanes: Wenzeslaus Linck, de Joachimstal, en Bohemia; Franciscus Inama, de Viena; Benno Ducrue, de Munich, Baviera; Ignatius Tirs, de Comotau, en Bohemia; Georgius Rheds, de Coblenza; Lambertus Hostel, de Münsterereifel, en el ducado de Juliers, y Xavierus Bischof, de Glatz, en Bohemia. Seis españoles y dos mexicanos.

Cansado, lleno de mundo y renovada fe, Juan Jacobo Baegert volvía a su lugar de origen. Las experiencias recibidas de este Mundo Nuevo le dejarían una marca para toda la vida. Al llegar a Alsacia y luego de establecerse en Neustadt, se dispuso a escribir lenta, pero con toda seguridad, sus memorias de California. Un largo tratado en donde hablaría del asombro ante la naturaleza geográfica, animal y vegetal, así como de la naturaleza huma-

na. Forzando su cansada vista y su no menos fatigada memoria construía, con mano temblorosa, y en un continuo salivar, y con las pupilas en continuo movimiento, sus Noticias de la península americana de California. El libro fue terminado en 1771 y publicado en Manheim.

Pocos meses después de su muerte, que ocurrió en 1772, el libro de Baegert fue calificado como "la leyenda negra de California", por el realismo, la exactitud, la sinceridad con que describe la penuria geográfica y cultural de la California de ese siglo XVIII. El enfrentarse a la vida paleolítica de la California le produjo encontradas impresiones.

A lo largo de la lectura de su obra, que es la lectura de su vida, se logra advertir con claridad un hecho paradójico: el encuentro de esos dos mundos, de esas dos culturas expresadas a través de dos lenguas no logró hacer entender jamás una a la otra.

Por otro lado subyace el ansia de libertad, no únicamente en el sentido dual de cuerpo y espíritu, sino como pasión límite, como avidez por la belleza que no se comprenderá ni aprehenderá nunca.

*A toque de campanas*  
*Los cantos de la aridez*

se terminó de imprimir  
en julio de 2014 en el Taller de Encuadernación  
e Impresiones Flores.  
En su tipografía se utilizaron las familias  
Amerigo e Ibarra Real.

solares. *Génesis, fundación y tráfigo de la Antigua California* (2002). Ha publicado también dos novelas: *A toque de campana* (2000) y *La niña. Memorias de una adolescente* (2005).

Ha sido merecedor de diversos premios, como el Latinoamericano de Poesía Colima, en 1984, el Nacional de Poesía "Tepic de Nervo", en 1985, y el Nacional de Poesía "Ciudad de La Paz", en 1990. Ha coordinado talleres de creación literaria y de análisis de textos con niños, adolescentes y adultos, desde 1980. Fundó y dirigió, durante más de dos décadas, la revista de poesía *La cachora*, presidió la Asociación de Escritores Sudcalifornianos, formó parte del Consejo editorial de la revista *Tierra Adentro* del CNCA, y aparece en el *Diccionario de escritores mexicanos*, editado por el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.

A TOQUE DE CAMPANAS. Una novela en donde "hasta la contundente luz no es más que un artificio de la aridez y en donde el padre Juan Jacobo Baegert, profundamente sensitivo e imaginativo, no dejaba de experimentar, desde un principio, una profunda deconstrucción de sus impresiones vivenciales anteriores. Ese heroísmo desatendido y casi efímero de ser misionero en una tierra tan extraña, grave y anónima como la California del siglo XVIII, le concedía a su existencia, ahora ante el desierto, una posibilidad imaginica de amplísimos registros. Desde el primer amanecer ante el desierto desmontó geométricamente el horizonte: el sol en espléndidos trozos; los cortes del cerro y del mar en líneas irregulares; los muebles de la luz, el laberinto de colores del aire. Penetró a través de un enorme hueco rectangular suspendido en el espacio. Se veía a través de él que todo era invadido por una violentísima luz rojiza y ambarina que permitía apreciar en sus márgenes líneas negras y blancas. Umbral del desierto, entrada a un mundo pétreo, en donde la carne es ritmo tenso, los cuerpos sin brazos ni piernas, siluetas de roja consistencia mineral."

